- ¿Cómo se puede llegar a practicar la tortura sistemáticamente?
- ¿Por qué se da tanto el machismo entre los salvadoreños?
- ¿Somos los centroamericanos menos inteligentes que los norteamericanos?
- ¿Se vuelven más violentas las personas que viven hacinadas?

El sentido común tiene respuestas para cada una de estas interrogantes: los que torturan son degenerados sádicos, el clima tropical y la sangre latina nos hacen más agresivos sexualmente, nuestra raza es menos inteligente que la nórdica, y la proximidad física nos enerva e irrita. Sin embargo, el análisis científico muestra que estas explicaciones son en gran medida falsas: no todos los que torturan son sádicos, hay muchos latinos que no son nada machistas y nada hay en los genes de nuestra raza que nos haga menos inteligentes que los yanquis. En lugar de explicar, el sentido común oculta a menudo las verdaderas causas y razones de los hechos.

La psicología social consiste precisamente en el estudio científico del comportamiento humano, individual y grupal, en cuanto causado por factores sociales de los que no se suele ser consciente. Así, la psicología social pretende poner en claro lo que el sentido común, determinado por las fuerzas dominantes en cada sociedad, tiende a encubrir.

Las presentes páginas presentan los tres primeros capítulos de una psicología social enraizada en la realidad latinoamericana. El análisis psicosocial se enfoca a la clarificación de los problemas cotidianos de los pueblos oprimidos de Centro América, sin que el rigor conceptual y metodológico se utilice como excusa para rehuir el compromiso científico con las aspiraciones de liberación histórica de esos pueblos.

IGNACIO MARTIN-BARO

PSICOLOGIA SOCIAL

I. Entre el individuo y la sociedad
La naturaleza social
Clase y conciencia de clase

Universidad Centroamericana José Simeón Cañas
San Salvador, El Salvador
1982

M: Baró





INDICE

CAPITULO PRIMERO

ENTRE EL INDIVIDUO Y LA SOCIEDAD

1. ¿QUE ESTUDIA LA PSICOLOGIA SOCIAL?

A juzgar por el número de ediciones masivas lanzadas al mercado en estos últimos años, las obras de psicología han gozado de gran popularidad y aceptación. Cabe dudar, sin embargo, que este proceso de difusión haya producido un mejor conocimiento de las personas sobre sí mismas y los demás; lo que ciertamente sí ha producido ha sido el enriquecimiento de un vocabulario aparentemente esclarecedor para uso cotidiano y una consagración de las tendencias más individualistas de las personas como ideales de la vida humana. Así el individuo calificado ayer de idealista será tildado hoy de "paranoide", el acto de exigir responsabilidades será calificado como "una proyección" y las aspiraciones insolidariamente egoístas de quien no quiere renunciar a sus privilegios se ampararán bajo el multicolor paraguas de "necesidades de auto-realización".

Con la excepción de la llamada "dinámica de grupos", los estudios de psicología social han tenido menor difusión que los análisis sobre la personalidad individual, la sexualidad o los problemas patológicos. Sin embargo, últimamente hemos visto multiplicarse la edición de obras que global o sectorialmente se ocupan de la psicología social. Es obvio que esta multiplicación responde a las necesidades competitivas de las empresas editoriales más que a las necesidades objetivas de los lectores, ya que los mismos planteamientos se repiten con una monotonía digna de mejor causa, y la innovación en el diseño editorial pretende suplir la ausencia de

origi..lidad en el pensamiento.

Este defecto se vuelve más notorio cuando los libros son examinados desde la perspectiva latinoamericana. El contraste entre la propia realidad vivida y la realidad presentada en estos estudios resulta cuando menos chocante. En lo fundamental, el mundo descrito por los psicólogos sociales parece ser otro mundo, otra sociedad. De hecho así es: el mundo presentado por la mayoría de psicólogos sociales es el mundo de los Estados Unidos, sobre todo el mundo del estudiante universitario norteamericano, con sus problemas de identidad sexual y su capacidad para entrar en el juego de grupos pequeños realizando tareas sin sentido alguno.

El lector latinoamericano no puede menos de sentir que los aspectos más cruciales de su propia existencia, de su propia historia, no son ni siquiera tangencialmente considerados y mucho menos estudiados en profundidad. Siente, así mismo, que cuando algunos de los propios problemas son examinados sufren un descarnamiento similar a la desexualización con que ciertos artistas caracterizan a los personajes religiosos. Son problemas llevados a la abstracción, donde se han recortado las aristas hirientes y se han eliminado los contextos de significación comprometedora.

Lo grave de este contraste entre la realidad histórica vivida en nuestros países y la realidad tal como se presenta en los textos de psicología social, es que parece existir más coherencia en el mundo fantasmal de los libros que en el mundo desgarrado de la cotidianidad. Se trata de una lógica implícita, pero arrastrante. Una lógica enajenadora, en la medida que produce la impresión de completar un universo de sentido. Tras la lectura, el lector puede incluso experimen-

tar una confianza ingenua en el conocimiento adquirido. Sin embargo, los esquemas propuestos le llevan las más de las veces a aplicar prismas asépticos, que imponen camisas de fuerza y barbarismos presuntuosos a los hechos, personas y procesos de la realidad social. El mundo de estos textos de psicología social es un mundo percibido, es decir, donde la realidad cotidiana parece depender más de los propios esquemas perceptivos que de los procesos objetivos de producción y reproducción social; las personas se guían por pequeños indicadores estimulantes que observan en el ambiente o en las demás personas, y no por las necesidades fundamentales de lo-
-rar un trabajo, una tortilla y un techo en una sociedad o-
a e inhóspita; los grupos parecen elaborar sus normas
nvivencia a fin de que cada cual encuentre su función
ıl en un universo armonioso, en lugar de soportar los
tes de una estructura social discriminadora que impone presiones y aplica represiones desde las exigencias insaciables de quien controla el poder.

¿Es ésto la psicología social? Ciertamente, es una psicología social, apta para el consumo masivo de estudiantes universitarios o "dinámicos" empresarios capitalistas. Por desgracia, para muchos ésta es la psicología social. En nuestra opinión, ni es la única ni es la mejor —al menos, para nosotros— ni en modo alguno el quehacer del psicólogo social tiene que asumir sus lineamientos.

El problema central de la psicología social en uso no está tanto en algunos de sus hallazgos o en algunas de sus proposiciones específicas, cuanto en el enfoque global que adopta sobre el objeto de su estudio. Dicho de otra manera, el problema se cifra más en sus presupuestos, las más de las

veces implícitos, que en sus logros finales, cuya valoración objetiva sólo puede realizarse desde una perspectiva histórica y no aplicando los mismos esquemas que los generan. Examinemos esta afirmación de una forma concreta.

La mayoría de los autores de textos de psicología social apenas dedican uno o dos párrafos a definir la psicología social y prefieren precisar su objeto enumerando los temas que de hecho se han estudiado y van a examinar en su obra (ver, por ejemplo, la interesante discusión de Brown, 1972, págs. 1-5). Esta postura recuerda la respuesta de Binet a la pregunta de qué era la inteligencia. Aunque el creador del primer test contemporáneo había dado definiciones más eruditas (ver Binet, 1903), se cuenta que prefería definir la inteligencia como "aquello que mide mi test". El problema de estas definiciones es que delimitan la realidad por lo conocido y confunden ideológicamente lo factual con lo posible. Es bien sabido que el conocimiento es parcial, relativo y limitado, que la propia perspectiva determina aquello que se puede captar. A ningún astrónomo sensato se le ocurre afirmar que el universo espacial termina allá donde terminan los astros y planetas detectados por sus telescopios; ni tampoco pretenden que astros y planetas no sean más que la imagen que de ellos obtienen a través de sus instrumentos de observación. Precisamente la identificación de inteligencia con lo medido por los tests de inteligencia ha llevado a la crisis actual del concepto de "cociente intelectual" y al cuestionamiento sobre la validez de todo este tipo de medidas (ver Martín-Baró, 1977; Liungman, 1972; Salvat, 1972).

Reducir la psicología social a lo que de hecho han estudiado y cómo lo han estudiado los psicólogos sociales significa aceptar que una ciencia es definida por aquellos que han dispuesto del poder económico y social para determinar los problemas que debían ser estudiados y las formas como debían resolverse. En el presente caso, es bien sabido que los problemas actuales tratados por los textos de psicología social son fundamentalmente los problemas que los centros de poder de la sociedad norteamericana han planteado a sus académicos, y las respuestas que los psicólogos sociales norteamericanos han proporcionado a estos problemas para afirmarse al interior del mundo científico de los Estados Unidos (ver Danziger, 1979). Estas respuestas, claro está, son lógicas en el contexto de este sistema social y de esta estructura productora de conocimiento. Sin embargo, el alcance y sentido de las preguntas están determinados por los intereses de la clase que tiene el poder para plantearlas. El problema no hay que buscarlo tanto en la lógica interna de la respuesta, cuanto en el sentido de la pregunta; no hay que mirar tanto si la solución es válida al interior del esquema, cuanto si el esquema es históricamente aceptable.

El caso de la llamada "dinámica de grupo", al que volveremos en varios lugares de esta obra, es paradigmático (ver Deleule, 1972, sobre todo págs. 104-123). El mismo nombre traduce el engaño. Cuando se habla de grupo se está entendiendo aquí, fundamentalmente, al grupo pequeño (microgrupo), no a los grupos más amplios y mucho menos a las clases sociales. Más aún, en su gran mayoría el conocimiento existente sobre estos grupos proviene no de los grupos pequeños más importantes y estables, como la familia, sino de agrupa

ciones circunstanciales, reuniones de estudiantes y hombres de negocios tratando de realizar tareas intrascendentes o de aliviar sus tensiones internas. Por otro lado, la dinámica se entiende fundamentalmente como las fuerzas y procesos que se producen al interior del grupo, en la interacción de sus miembros, como si el grupo pequeño fuera una entidad cerrada e independiente del mundo.

No es que muchos de los procesos descritos y analizados por los investigadores de la "dinámica de grupos" carezcan de validez, al menos parcial, o que los métodos propuestos para el trabajo en grupos pequeños no produzcan los efectos buscados. Como decíamos, los logros tienen o pueden tener sentido una vez que se penetra en la lógica de sus presupuestos implícitos. El problema se cifra en el enfoque que pretende reducir la esencia del grupo humano a la realidad factual de estos grupos, analizados desde la perspectiva de quien persigue llevar al grupo a que acepte unas metas convenientes a quienes tienen el poder social (ver Lewin,1943; 1951) o a aliviar al interior del grupo tensiones o conflictos cuyas raíces se encuentran en la macroestructura social (ver Moreno, 1962). Recuerdo que, en una ocasión, asistía yo a una reunión en la que se iban a ventilar importantes conflictos de una institución académica. Al saber que los dos primeros días de la reunión se iban a dedicar en su integridad a ejercicios de "dinámica de grupos", uno de los participantes comentó públicamente su recelo: "La experiencia me dice -señalaba- que estos ejercicios le amansan a uno y luego, cuando hay que discutir los problemas, se está más atento a no herir u ofender a los miembros del grupo que a resolver los problemas reales de la institución".

Es difícil afirmar que en esta obra lograremos superar los límites y condicionamientos de que adolece la psicología social por las pautas y logros impuestos desde los centros de poder académico y científico. Pero ciertamente nuestro punto de partida será la realidad cotidiana tal como es vivida por la mayoría de la población centroamericana y,más particularmente, salvadoreña. No pretendemos tampoco ser imparciales en la elección y enfoque de los temas, con esa pretendida asepsia de quien selecciona por inercia, sin examinar los criterios que, consciente o inconscientemente, están determinando la elección. Elegimos precisamente aquellas situaciones, procesos y fenómenos que nos parecen reflejar mejor los conflictos claves que confronta hoy el pueblo centroamericano.

Ahora bien, muchas son las ciencias que afirman estudiar la realidad social. ¿Cuál es la óptica particular de la psicología social? ¿Existe algún aspecto de esa realidad social que sea objeto peculiar de estudio para la psicología social? ¿O la psicología social estudia los mismos fenómenos que otras ciencias, pero desde una perspectiva propia? Examinemos esta cuestión a partir de tres situaciones concretas.

Es bien sabido que la tortura a los enemigos capturados es una triste realidad, casi tan antigua como la humanidad. Sin embargo, la tortura sistemática a enemigos políticos ha alcanzado recientemente en nuestros países cotas de crueldad repugnantes a la conciencia contemporánea así como un carácter institucional que abiertamente contradice la llamada "vocación democrática" de la que los gobernantes de turno gustan proclamarse fieles seguidores. Existen pruebas feha

cientes de que la tortura es práctica normal para los cuerpos de seguridad en El Salvador. La declaración jurada del reo político Reynaldo Cruz Menjívar (1978), que logró escapar de la cárcel, es un desgarrador testimonio de los niveles de salvajismo e inhumanidad a que puede llegar la relación entre seres humanos (Ver Recuadro 1; ver, también, Carpio, 1979).

Ciertamente, la tortura no ha sido uno de los temas de interés de las ciencias sociales, que apenas le han dedicado en el mejor de los casos una atención marginal. Esta falta de atención resulta tanto más sospechosa cuanto que la psicología ha empleado como uno de sus métodos de investigación favoritos el castigo mediante pequeñas descargas eléctricas o aislamiento sensorial que, aunque menores, son claras formas de tortura.

La sociología estudia la tortura desde la perspectiva del control social como característica necesaria a cualquier sistema político. ¿Qué sistemas políticos y en qué circunstancias necesitan recurrir a la tortura? La sociología también puede estudiar la tortura y, en general, las formas de represión social como aspectos del conflicto de clases en una sociedad concreta, o como expresión de las contradicciones internas a que puede abocar una determinada organización social. La psicología, por otra parte, estudiará la personalidad de quienes ejecutan los actos de tortura, las formas psicológicas de tortura, o las reacciones psicosomáticas del torturado. Finalmente, la psicología social estudiará la tortura como una forma de relación humana (por irónico que pueda aparecer este calificativo en el presente caso) y, por tanto, como un proceso que no puede explicarse simplemente

a partir de la realidad de los individuos que en él participan. ¿Cómo puede mentalmente una persona llegar a convertirse en torturador? ¿Cuál es el significado social del proceso de tortura? ¿Cómo reaccionan las personas a la tortura? ¿Qué efectos transitorios y permanentes produce en los grupos sociales el peligro real de la tortura?

La tortura es, desgraciadamente, un acontecimiento cotidiano, pero que afecta a pequeños sectores de la población. La vivienda, sin embargo, es una de las circunstancias claves en la vida de cualquier población. Según cálculos confiables, el 50% de la población salvadoreña carece de vivienda adecuada, es decir, que reúna unos mínimos esenciales de espacio, seguridad, servicios e higiene. Una de las formas más típicas de vivienda popular en El Salvador es el llamado mesón (del que volveremos a hablar más adelante). El mesón o casa de vecindario genera una especie de sistema social espacialmente determinado que constriñe la vida de los inquilinos e induce particulares formas de comportamiento. La vida en el mesón representa uno de los capítulos más importantes o, por lo menos, más comunes de la vida social salvadoreña (ver Recuadro 2).

La sociología estudiaría la vida en el mesón con respecto al problema de la vivienda, su demanda y oferta, así como los movimientos migratorios, económicos y laborales vinculados con ella. También estudiaría las formas de organización familiar y comunitaria que se producen en estas circunstancias, las clases sociales involucradas, la emergencia de economías marginales, y los procesos de delincuencia y anomia que aparecen vinculados a esta forma de vida.

RECUADRO 1
TORTURA

"Cuando ingresamos en el citado cuerpo de seguridad de inmediato me arrancaron a tirones la ropa hasta quedar desnudo y siempre vendado y esposado fui sometido a un interrogatorio... Tales interrogatorios duraban desde dos horas y media hasta cinco o seis horas seguidas, sintiendo el calor de presumiblemente potentes reflectores y temblores a raíz de los choques eléctricos recibidos... Cuando me veían desfallecido, casi sin aliento y desmayado, ensangrentado y entumecido por los golpes y malos tratos, me iban a tirar como si fuera un fardo a la celda que me habían asignado, en la cual las cucarachas, los mosquitos, zancudos, moscas, ratas y gran cantidad de otros insectos pululaban entre los excrementos y orines, ya que la celda carecía de algún orificio en el suelo para que la suciedad pudiera salir.... Cuando llegaban a buscarme para otro interrogatorio y no podía moverme de debilidad por el hambre y la sed, así como por las lesiones que presentaba, me halaban de los pies y a puñetazos me hacían volver un poco en mí; al octavo día me llevaron en un bote sucio con restos de pintura, un poco de agua en la que habían unas cucarachas, pero era tan grande la sed que me devoraba, que como pude, tome entre mis manos tumefactas ese bote y bebí ávidamente su contenido, inclusive la cucaracha, cuya existencia dentro del agua comprobé hasta que la tuve en la boca; ese hecho me produjo un vómito inmediato, expulsando de nuevo el agua sucia que acababa de ingerir, y quedando peor que antes. Así era la rutina durante los primeros veintiséis días".

(Testimonio del reo político Reynaldo Cruz Menjívar. ECA, 1978, 360, 850-858).

La psicología social, por su lado, se interesaría también por muchos de los aspectos estudiados por la sociología, pero examinaría más particularmente la vida del mesón como un sistema de interacción humana, con unos mecanismos y procesos peculiares de comunicación, donde los requerimientos de las necesidades de unos y otros van generando normas explícitas o implícitas de convivencia, y donde las fuerzas de los miembros dan sentido a los conflictos y a la estructuración de las relaciones y comportamientos.

En los momentos de agudización de los conflictos sociales, los procesos de grupo adquieren una especial importancia. Las manifestaciones callejeras (ver Recuadro 3), las huelgas laborales y políticas, las ocupaciones de edificios y otras acciones semejantes alteran la evolución normal de la cotidianidad establecida. Los grupos (y las personas) tienen que adoptar decisiones para las que no tienen normas claras y a veces ni siquiera criterios orientadores. En uno de los múltiples conflictos laborales que se plantearon en San Salvador en 1979, los trabajadores de una fábrica nacional ocuparon las instalaciones y retuvieron a un buen número de rehenes, sobre todo de mandos intermedios. Reunidos los propietarios y administradores de la fábrica, consideraron las peticiones de los huelguistas, peticiones en su conjunto muy razonables y a las que la fábrica podía atender sin mayor dificultad. Mientras el gerente de la fábrica era partidario de acceder a las demandas de los huelguistas y ocupantes, el principal accionista adoptó la postura dura de no negociar en tanto los rehenes no hubieran sido liberados. Los días empezaron a pasar, sin que el grupo propietario flexibilizara su postura. Tras un mes de ocupación, y unos minutos antes

RECUADRO 2
LA VIDA EN EL MESON

Angela se encarga de atender las necesidades familiares. A las seis de la mañana se levanta y va a la tienda a comprar las cosas para el desayuno. Cuando se van Carlos (su esposo), lava en el patio y atiende al desayuno del niño . Después, desayuna ella, arregla la pieza y se queda allí, leyendo el periódico o entreteniendo el tiempo. Hacia las once vuelve a salir a la tienda, a comprar las cosas para el almuerzo. Después, descansa en la pieza, leyendo el periódico o dormitando. Hacia las tres, sale con el niño a caminar por el patio. A veces le compra una paleta donde la Niña Lupita, y algunas tardes se quedan en la pieza de ella, viendo televisión. "Antes salía al parque con el niño; pero des de que oí cómo la Ana María decía que la señora de José Luis había salido toda una mañana para irse a un hospedaje con otro hombre, ya no me gusta salir. Unicamente salgo los domingos con Carlos"

Angela es bien considerada por sus vecinos, aunque ella trata de eludir el conversar frecuentemente con otras mujeres para evitar la acusación de "chambrosa" (murmuradora).

(Herrera Morán, A. y Martín-Baró, I. Ley y orden en la vida del mesón. ECA, 1978, 360, 803-828).

de que fuerzas de seguridad recuperaran violentamente la fábrica, los obreros la abandonaron y -no se sabe si intencional o casualmente- la fábrica fue incendiada, quedando totalmente destruida.

Las huelgas y su resolución son acontecimientos de gran significado para las ciencias sociales, aunque, lamentablemente, la corriente dominante de científicos sociales ha rehuido a menudo el estudio profundo de las formas concretas de conflicto social. La sociología se interesa por una huelga en la medida en que expresa las áreas problemáticas en el funcionamiento de una estructura social, y en cuanto revela los dinamismos que pueden alterar un ordenamiento social concreto. La psicología social se interesa, sobre todo, por la interacción de personas y grupos que se produce en el desarrollo del proceso conflictivo . Ante situaciones para las que no existen claras prescripciones, ¿cómo se llega a adoptar una decisión? ¿Cómo y por qué llegaron los trabajadores a la decisión no sólo de declararse en huelga, sino de extremar su postura mediante la ocupación de la fábrica? ¿Cómo y por qué la dirigencia de la fábrica decidió adoptar una postura totalmente intransigente, y, a pesar de los obvios peligros, la mantuvo hasta el final? ¿Cómo intervinieron las distintas personalidades y factores en juego en el proceso de adoptar esas decisiones que condujeron a consecuencias tan desastrosas? ¿Hubo algún tipo de liderazgo en las decisiones de trabajadores y propietarios? ¿Qué determinó ese liderazgo y cómo fue ejercido?

Un examen de los tres casos presentados —tortura a un prisionero, la vida diaria en un mesón urbano, y el desarrollo y resolución de una huelga— y el tipo de preguntas que la

RECUADRO 3

UNA MANIFESTACION POPULAR

Contra la voluntad de la extrema derecha y del sector prooligárquico de la Fuerza Armada, a pesar de la supresión del transporte público, a pesar de los retenes en las ciudades del interios del país, a pesar de las amenazas, los rumores, a pesar de la agresión abierta a comunidades rurales para impedir su asistencia, se oyen las voces de los organizadores, la cabeza de manifestantes da los primeros pasos... ¡el desfile se ha iniciado! Hacia el oriente, sobre la calle Rubén Darío, miles de simpatizantes y observadores se agolpan para ver pasar y saludar a las organizaciones. El espectáculo es epopéyico. Una verdadera verbena popular, con colores, proclamas y canciones. ¡Pueblo que lucha, triunfa! ¡Pueblo que lucha, triunfa! ¡El pueblo unido jamás será vencido! ¡El pueblo unido jamás será vencido!

El primero en avanzar es el partido UDN que, movilizando a más de 25.000 personas, pasa entre banderas rojas y amarillas. Llevan mantas con inscripciones alusivas a la Unidad, con exigencias sobre el cese de la represión y la libertad para los reos políticos. Enormes carteles, sobre armazones de madera y rodos, avanzan luciendo proclamas de solidaridad. Entre los grupos que desfilan bajo las banderas del UDN van el Partido Comunista Salvadoreño, la Juventud Comunista, la Asociación de Estudiantes Salvadoreños, el Frente de Acción Universitaria y una delegación de la Confederación Unitaria de Trabajadores Salvadoreños.

¡Pueblo: únete! ¡Pueblo: únete! ¡Pueblo: únete!

(Francisco Andrés Escobar, En la línea de la muerte (La manifestación del 22 de enero de 1980). ECA, 1980, 375-6, 21-35.)

psicología social se formula, nos permite llegar a una delimitación provisional del objeto de la psicología social.

Ante todo, es claro que la psicología social no es lo mismo que psicología de los grupos (pequeños o grandes). La psicología social ciertamente analiza procesos grupales como la toma de decisiones en una huelga. Pero la psicología social también estudia la acción de personas individuales, como el torturar o la jornada normal de una mujer al interior de un mesón. Social no es lo mismo que grupal, aunque todo grupo humano es obviamentede naturaleza social. Lo social es una categoría más amplia que con perfecto derecho se aplica también a los individuos humanos (personas sociales). La constante de la psicología social en los ejemplos examinados, es decir, lo específico social es el atender a la acción de individuos o grupos en cuanto referida o influída por otros individuos o grupos. En la medida que una acción no es algo que se puede explicar adecuadamente a partir del sujeto mismo, sino que, explícita o implícitamente, en su forma o en su contenido, en su raíz o en su intención, esté referida a otro y a otros, en esa misma medida la acción es social y cae bajo la consideración de la psicología social.

Las personas no somos seres arrojados al vacío, sino que formamos parte de una historia, nos movemos en una situación y circunstancia, actuamos sobre las redes de múltiples vinculaciones sociales. La psicología social trata de desentrañar la elaboración de la actividad humana en cuanto es precisamente forjada en una historia, ligada a una situación y referida al ser y actuar de unos y otros. La pregunta central sería entonces hallar en qué medida una determi-

nada acción ha sido configurada por el influjo de otros sujetos, de qué manera su sentido total le viene precisamente de su referencia esencial al ser y hacer de los demás. Tenemos así una primera aproximación al objeto de estudio de la psicología social: la acción huamana, individual o grupal, en cuanto referida a otros.

La mayoría de autores utilizan variantes de este tipo de definición. Como dice Gordon W. Allport (1968, pág.3) en su síntesis histórica sobre la psicología social, "con contadas excepciones, los psicólogos sociales consideran que su disciplina es un intento por comprender y explicar la manera en que los pensamientos, sentimientos y comportamientos de los individuos son influidos por la presencia actual, imaginaria o implícita de los demás". En nuestro medio, Jesús Arroyo (1971, pág. 16) definió la psicología social como "aquella parte de la psicología que se ocupa del estudio de la conducta humana en el aspecto en que está referida a los demás, estimulada o reaccionada, que implica (la conducta) una conciencia social conforme a situaciones múltiples meta-individuales, en cuanto dicho comportamiento requiere de asociaciones motivadas por las necesidades individuales y del grupo".

Esta primera aproximación al objeto de la psicología social nos orienta hacia el comportamiento en cuanto relación, es decir, al influjo interpersonal. Es importante, entonces, preguntarnos cuál es la esencia última del influjo interpersonal, no en un sentido metafísico, sino en un sentido empírico. En otras palabras, ¿en qué consiste el influjo interpersonal reducido a sus mínimos elementos?

Esta pregunta ha sido una de las primeras en formularse experimentalmente. Ya en 1897 N. Triplett trataba de averiguar qué influjo tenía en ciertas competencias ciclísticas y en ejercicios de ritmo la presencia de observadores. De alguna manera, todos hemos tenido la experiencia de sentirnos espoleados a correr más o a desempeñarnos mejor cuando sabemos que alguien nos está observando. Sin embargo, probablemente también habremos experimentado cierto embarazo e incluso agarrotamiento cuando nos ha tocado hablar ante un numeroso público o realizar alguna tarea difícil en presencia de "mirones" (peor aún si la presencia es de algún capataz o supervisor). ¿Cómo influyen los demás en nuestro comportamiento? ¿Es la presencia de espectadores o compañeros un estímulo positivo o un obstáculo para el desempeño de la actividad humana? En otras palabras, ¿hay alguna diferencia entre realizar una acción en solitario y realizarla ante otros? ¿La ejecución de esa acción mejora, empeora o es igual?

Muchos autores han investigado estas cuestiones experimentalmente. En 1920, Floyd Allport publicó los resultados de una serie de experimentos en los que comparaba los resultados entre realizar una serie de tareas en solitario o en compañía de otros. Las tareas examinadas eran relativamente sencillas, como asociar palabras, realizar ciertas operaciones aritméticas, o tratar de distinguir entre pesos y olores. Allport halló que, en general, la presencia de otras personas influía positivamente en las tareas, con la excepción de la solución de problemas y ciertos juicios. Por ello, Allport señaló que la presencia de los otros constituía un estímulo "facilitador" de la conducta, y calificó este influjo como una "facilitación social". Ciertamente, estos resultados parecían conformarse al modelo conductista propues

to por Watson para la psicología, según el cual podía explicarse todo comportamiento como un encadenamiento de estímulos y respuestas, sin tener que profundizar en el interior inaccesible de las personas. Según Allport, la presencia de otros era un estímulo facilitador en la ejecución de las propias respuestas. El calificativo de "social" se debía a que el "estímulo facilitador" lo constituían otras personas. Todavía en la actualidad psicólogos sociales de orientación conductista consideran que la psicología social debe estudiar "las reacciones de un individuo a los estímulos socialmente relevantes" (Berkowitz, 1975, pág. 8). En este sentido, el influjo interpersonal sería un simple influjo externo, de orden casi mecánico.

En 1928, L. E. Travis repitió algunos de los experimentos de Allport, pero con sujetos tartamudos. Los resultados obtenidos fueron contrarios a los de Allport, es decir, las personas lograban un rendimiento mejor trabajando en solitario. En general, una de las características más interesantes en los experimentos sobre "facilitación social" es la aparente inconsistencia de los resultados. De hecho, la ejecución de ciertas respuestas motoras o de ciertas asociaciones suele mejorar con la presencia de otras personas, mientras que el aprendizaje de sílabas sin sentido, o ciertas tareas de memorización empeoran cuando se realizan en público.

Tratando de encontrar un principio que pudiera dar cuenta de unos y otros resultados, Robert B. Zajonc (1971, pág. 80) propuso en 1965 que "la presencia de espectadores facilita el emitir respuestas bien aprendidas, mientras que obstaculiza el aprender nuevas respuestas", en otras palabras, "la

presencia de espectadores facilita la ejecución y obstaculiza el aprendizaje". Según Zajonc, este efecto se explicaría porque la presencia de otras personas es un estimulante, que excita o activa al sujeto, el cual incrementará la emisión de la respuesta dominante a la situación en que se encuentra. Por tanto, si la respuesta dominante del sujeto es la respuesta correcta (como sucede en tareas bien aprendidas), obviamente mejorará la ejecución; pero si la respuesta dominante es una errónea (como sucede cuando aún no se ha aprendido a ejecutar un ejercicio o a desempeñar una tarea), la mayor excitación incrementará la emisión de respuestas erróneas.

La solución de Zajonc al problema de la facilitación social se basa en el modelo sobre aprendizaje de Hull (1943), según el cual el potencial de reacción en un momento determinado depende de la interacción entre la fuerza del hábito y la pulsión:

$$E = f\,(D \times H)$$

E = Potencial de reacción (energía)
D = Pulsión (drive)
H = Hábito

Según Zajonc, la presencia de otras personas constituye una fuente de incremento pulsional para el individuo, pero, como tal, se trata de una energetización o activación genérica, que no determina de por sí una dirección específica de la conducta. En cada caso será la respuesta dominante la activada por el aumento pulsional, es decir, la "facilitada" socialmente.

A pesar de la aparente elegancia de esta conclusión, el problema sobre el efecto de la presencia de otros en el comportamiento de un individuo está lejos de haber sido zanjado definitivamente. Apenas tres años más tarde de que Zajonc

propusiera su solución al problema, Nickolas B. Cottrell (1968, 1972) señalaba que la mera presencia física no parecía suficiente para explicar el fenómeno de la facilitación. Según Cottrell, el incremento pulsional es mediado por la conciencia del sujeto que se siente ansioso ante la eventualidad de que los presentes evalúen su comportamiento. El individuo experimenta esta "aprensión evaluativa" como la llama Cottrell, ya que la presencia de otros le lleva a anticipar las eventuales consecuencias negativas que su conducta le puede acarrear. En este sentido, la presencia de otros se convierte en una señal desencadenante de la anticipación temerosa.

En la misma línea de pensamiento, Henchy y Glass (1968) opinaron que el incremento pulsional es mediado por el temor de los individuos a ser juzgados. De ahí que si la audiencia no constituye una presencia evaluativa, la respuesta dominante no resulte significativamente "facilitada". Ahora bien, Weiss y Miller (1971) ampliaron este punto de vista al afirmar que la aprensión evaluativa sólo es efectiva cuando el sujeto espera o anticipa que la presencia de otros le va a acarrear resultados negativos.

Estos autores confirman en lo fundamental la solución de Zajonc y mantienen los supuestos del modelo de Hull. Sin embargo, plantean el problema a un nivel más complejo y, ciertamente, más realista o, si se quiere, más humano. Lo que se pone en cuestión es que la presencia de otras personas tenga un efecto de orden mecánico o automático sobre el comportamiento de un individuo. De hecho, dos aspectos parecen mediar el efecto de la presencia de otros: la conciencia de esa presencia, y su particular significación. Por un lado,

parece evidente que la presencia de otros sólo puede afectar al sujeto cuando éste es consciente de esa presencia, a no ser que se quiera suponer la existencia de efluvios misteriosos o parapsicológicos. El mismo Zajonc (1972, pág. 8) indicó posteriormente que por lo general el individuo sólo se siente afectado por la presencia de otros cuando sale de un ambiente relativamente sereno y tiene que prestar atención al hecho de que hay espectadores o personas presentes. Dicho de otra manera, el influjo de la presencia de los otros pasa por el filtro del propio individuo, que cae en la cuenta de esa presencia. Por otro lado, la conciencia siempre es una conciencia de algo; los otros presentes tienen una significación para el sujeto, quien valora positiva o negativamente esa presencia y anticipa las consecuencias buenas o malas que le puede acarrear. Así, la presencia de otras personas pondrá nervioso al individuo o le dejará tranquilo, le estimulará o le será indiferente, le agradará o le molestará.

Más recientemente, Zajonc ha retomado el tema y ha precisado su posición. Evidentemente, Zajonc (1980, págs. 41-2) reconoce que hablar de una "mera presencia" de otras personas constituye una abstracción que no existe en la realidad. En la vida, toda presencia tiene algún sentido, por mínimo que sea, y ese sentido es fuente principal de estimulación social. Sin embargo, Zajonc mantiene que hay efectos producidos por la presencia de los otros que no son atribuibles al sentido de esa presencia, sino al dato (abstracto, en el sentido de una variable experimental independiente) de la "mera" presencia, y que esos efectos consisten en un incremento pulsional no directivo en el individuo. Recientes revisiones del tema (Geen, 1980; Geen y Gange, 1977) han tendido a sustentar esta visión de Zajonc.

Con todo, la postura de Zajonc sigue siendo insatisfactoria, no porque se niegue el influjo activador sobre el sujeto de la presencia de otros, sino porque ese influjo se produce necesariamente en un contexto más amplio. El esquema de Zajonc despoja al proceso de relación o influjo social de su carácter específicamente social. Incluso en el caso de una mera presencia , es decir, en el caso de una presencia pasiva en la que no hay ningún otro tipo de acción interpersonal, el influjo que se produce es precisamente social porque ocurre a través del significado que unos sujetos tienen para otro. Más aún, si se acepta que la mera presencia es una abstracción que nunca tiene lugar en la realidad, es porque se reconoce también que la activación mutua de las personas se produce a través de la conciencia que las unas tengan de las otras, es decir, de las significaciones que las vinculan -siempre sobre el supuesto de que no se da más que una presencia pasiva de los unos ante el otro. En este sentido, Richard Borden (1980) ha propuesto recientemente una modificación al esquema de la facilitación social, según el cual el sujeto interpreta activamente la situación de los otros presentes y trata de lograr la mejor evaluación posible de su propio comportamiento. Ahora bien, Borden insiste en que este esfuerzo por lograr una evaluación óptima será tanto mayor cuanto más importante o significativa socialmente considere el sujeto que es su acción.

Fuera del laboratorio, en la vida real, las cosas son todavía menos "puras", pero quizás más claras. El influjo interpersonal no es algo mecánico. La excitación de una persona por la presencia de otros no proviene únicamente del hecho de que se domine o no una acción o tarea; quizá el dominio no sea ni siquiera la principal variable en juego. A un nivel más básico, influye en la excitación el tipo de tarea que se está realizando y la significación que para las personas presentes (el actor y los observadores) tiene esa tarea. La presencia de otros me influye de manera muy distinta si estoy realizando mis labores de aseo cotidianas, si voy a torturar a otra persona, si estoy representando una obra teatral o si estoy tratando de resolver un complicado problema de matemáticas. Obviamente, todas estas tareas suponen un aprendizaje por mi parte, pero, de una manera mucho más importante, estas tareas tienen un contenido de valor, una significación social, aparte de que su producto tiene efectos muy distintos en mí mismo y en la sociedad en la que vivo. Toda tarea, aprendida o no, sea o no una "respuesta dominante", tiene una significación social que es resaltada, positiva o negativamente, por el hecho de que la sociedad se hace reduplicativamente presente a través de los otros. Un guardia puede verse estimulado por la presencia de otros guardias para torturar a un prisionero (ver Carpio, 1979), pero se sentiría totalmente cohibido para realizar la misma operación delante de sus padres o de sus propios hijos. El otro, no es simplemente "una persona presente"; es un espectador, un crítico, un amigo, mi jefe, mi profesor o mi esposa.

El influjo interpersonal, es decir, aquello que constituye una acción como social y que estudia la psicología social, no es un proceso de simple conexión externa entre un estímulo y una respuesta ya constituídos. Se trata más bien de un elemento interno a la misma acción, que adquiere una significación transindividual en esa referencia a los otros,

y mediante esa significación recibe un impulso estimulante o un impulso inhibidor. El problema fundamental sobre la "facilitación social" consiste en preguntarse qué es lo que se facilita y qué es lo que se dificulta en una determinada sociedad o grupo social en un determinado momento histórico y para una determinada persona. Sólo en segundo lugar interesa preguntarse cómo, a través de qué procesos y mecanismos concretos, este influjo tiene lugar.

Cuatro elementos son esenciales para que se dé un influjo interpersonal: un sujeto, los otros, una acción concreta y un sistema o red de significaciones propio de una sociedad o de un grupo social. Toda acción se realiza en la tela de este sistema de significaciones, que constituyen la interioridad del acto mismo más allá de su forma externa. Así, el influjo interpersonal, la relación del quehacer de una persona a otras personas, no es algo genérico o abstracto en la conducta, ni mucho menos algo sobreañadido a la acción ya constituida. Se trata, por el contrario, de algo bien concreto y algo constituyente. Concreto, ya que es esta o aquella relación con tal o cual persona o grupo en tal o cual significación. Por otro lado, se trata de algo intrínseco al acto —su significación—, que es como la imagen que el sujeto trata de actuar. Una acción humana no es una simple concatenación de movimientos, sino la puesta en ejecución de un sentido: torturar a un enemigo, o castigar a un subversivo, o darle una lección a este inmundo comunista, o mostrar que soy muy macho y puedo hacer sentir mi superioridad a esta alimaña socialista.

La psicología social estudia pues al comportamiento humano en la medida en que es significado y valorado, y en esta significación y valoración vincula a la persona con una sociedad concreta. Se trata de encontrar las referencias concretas entre cada acción y cada sociedad. En definitiva, la psicología social es una ciencia bisagra, cuyo objeto es mostrar la conexión entre dos estructuras: la estructura personal (la personalidad humana y su consiguiente quehacer concreto) y la estructura social (cada sociedad o grupo social específico). En otros términos, la psicología social pretende examinar la doble realidad de la persona en cuanto actuación y concreción de una sociedad, y de la sociedad en cuanto totalidad de personas y sus relaciones. La psicología social examina ese momento en que lo social se convierte en personal y lo personal en social, ya sea que ese momento tenga carácter individual o grupal, es decir, que la acción corresponda a un individuo o a todo un grupo.

A la luz de este análisis, podemos proponer una definición más significativa de la psicología social como el estudio científico de la acción en cuanto ideológica. Al decir ideológica, estamos expresando la misma idea de influjo o relación interpersonal, de juego de lo personal y social; pero estamos afirmando también que la acción es una síntesis de objetividad y subjetividad, de conocimiento y de valoración, no necesariamente consciente, es decir, que la acción está signada por unos contenidos valorados y referidos históricamente a una estructura social.

Puede sorprender esta definición, ya que el término ideología es usado de muy diferentes maneras para expresar realidades a veces muy distintas. En términos muy generales,

hay dos concepciones fundamentales sobre la ideología: una de tipo funcionalista y otra de tipo marxista. La concepción funcionalista entiende la ideología como un conjunto coherente de ideas y valores que orienta y dirige la acción de una determinada sociedad y, por tanto, que cumple una función normativa respecto a la acción de los miembros de esa sociedad. La concepción marxista (que tiene sus raíces en Maquiavelo y Hegel) entiende la ideología como una falsa conciencia en la que se presenta una imagen que no corresponde a la realidad, a la que encubre y justifica a partir de los intereses de la clase social dominante.

Estas dos concepciones parten de presupuestos diferentes acerca de la sociedad y del ser humano. La visión funcionalista supone que la sociedad es un sistema coherente y unitario, regido por un esquema único de valores y normas, en el que el sujeto actúa principalmente como individuo. La visión marxista encuentra que la sociedad se configura por el conflicto entre grupos con intereses contrapuestos y que el individuo es fundamentalmente un representante de su clase social. La corriente del estructuralismo marxista, principalmente avanzada por Louis Althusser (1968), concibe la ideología como un sistema o estructura que se impone y actúa a través de los individuos, pero sin que los individuos configuren a su vez esa ideología. Se trata de una totalidad actuante pero sin sujeto propiamente dicho ya que, en la ideología así entendida, el sujeto actúa en la medida en que es actuado. "Los hombres viven sus acciones, referidas comúnmente por la tradición clásica a la libertad y a la 'conciencia', en la ideología, a través y por la ideología; en una palabra, que la relación 'vivida' de los hombres con

el mundo, comprendida en ella la Historia (en la acción o inacción política), pasa por la ideología, más aún, es la ideología misma" (Althusser, 1968, pág. 193).

Lo interesante de este enfoque es que, así concebida, la ideología no es algo externo o añadido a la acción (individual o grupal). La ideología es un elemento esencial de la acción humana ya que la acción se constituye por referencia a una realidad significada y ese significado está dado por unos intereses sociales determinados. La ideología puede ser así vista desde la totalidad de los intereses sociales que la generan, pero también en cuanto dota de sentido a la acción personal y, por consiguiente, en cuanto esquemas cognoscitivos y valorativos de las personas mismas. Estos esquemas son personales y es el individuo el que los actúa, pero su explicación adecuada no se encuentra en el individuo, sino en la sociedad de la que es miembro y en los grupos en los que el individuo echa raíces.

Ahora bien, el enfoque estructuralista de Althusser elimina en la práctica el papel del sujeto. Esto parece absurdo y más desde una perspectiva psicológica. El individuo actúa en el medio de la ideología, pero no se acaba en ella; dicho de otra manera, la persona no se reduce a la ideología a la que incluso puede trascender mediante una toma de conciencia. Así concebida, la ideología viene a ser como los presupuestos o "por supuestos" de la vida cotidiana en cada grupo social, supuestos triviales o esenciales para los intereses del grupo dominante. En la medida en que una acción es ideológica, dice referencia a una clase social y a unos intereses, es decir, está influída por unos intereses grupales respecto a los cuales adquiere sentido y significa

ción social. No toda acción es, por supuesto, igualmente ideológica. Respirar, dormir o pasear no tienen el mismo carácter social que tomar la decisión de irse a la huelga, transmitir un rumor acerca de un golpe de estado o torturar a una persona.

Se ha afirmado que la ideología cumple una serie de funciones: ofrecer una interpretación de la realidad, suministrar esquemas prácticos de acción, justificar el orden social existente, legitimar ese orden como válido para todos, es decir, dar categoría de natural a lo que es simplemente histórico, ejercer en la práctica la relación de dominio existente y reproducir el sistema social establecido. Ahora bien, cabe preguntarse qué es lo que hay de psicológico en todas estas funciones. Dicho de otra manera: si la psicología social estudia la acción en cuanto ideológica y estas son las funciones de la ideología, ¿qué es lo psicológico en estas funciones? La respuesta es clara aunque su desarrollo lleva al desarrollo de toda la psicología social: en la ideología las fuerzas sociales se convierten en formas concretas de vivir, pensar y sentir de las personas, es decir, la objetividad social se convierte en subjetividad individual y al actuarla, la persona se realiza como sujeto social. Bien analizado, un temario conservador de cualquier de los textos de psicología social actualmente en boga coincide parcialmente con las funciones de la ideología.

(a) Ante todo, el tema de la percepción trata de explicar las causas y mecanismos mediante los cuales se capta e interpreta la realidad, especialmente las relaciones interpersonales y los procesos de carácter social. Rara vez la psicología social profundiza este análisis en el sentido de

examinar los procesos de justificación y legitimación cognoscitiva de esa realidad. Sin embargo, el complemento necesario del análisis de los mecanismos perceptivos es el análisis de las causas de esos mecanismos, y esas causas hay que buscarlas a nivel social, no simplemente individual. Si percibir es configurar de alguna manera la realidad, la psicología social que estudia la percepción tiene que estudiar la ideología, es decir, las fuerzas sociales que llevan al individuo a captar de una u otra manera la realidad.

(b) Sea mediante el estudio de las actitudes o mediante el estudio de los roles, la psicología social intenta comprender, explicar y predecir los esquemas de acción de los individuos y grupos sociales, los mecanismos por los que se forman estos patrones de comportamiento, así como los fines y motivos que están a su base. No otra cosa pretende el análisis ideológico, que trata de descubrir los esquemas de acción brotados de los intereses de grupo a fin de ejercer normativamente el dominio social existente y reproducir el sistema establecido. Resulta interesante observar qué pocas veces los psicólogos sociales pasan de observar la consistencia o inconsistencia de los esquemas actitudinales con respecto a la acción a analizar el porqué social de esa consistencia o inconsistencia, es decir, qué pocas veces pasan del examen positivista de los procesos al examen de su sentido histórico.

(c) La psicología social contemporánea dedica mucha atención a los procesos de sumisión, obediencia y conformismo, de manera análoga a como la ideología se interesa por las formas de actuar el dominio social y reproducir el sistema establecido. Es significativo que la psicología social haya

adoptado prioritariamente la perspectiva del dominador, mientras que apenas excepcionalmente ha contemplado el proceso desde la perspectiva del dominado —es decir, la desobediencia, el inconformismo y el cambio social (ver Moscovici, 1972).

Por tanto, incluso el temario de la psicología social más tradicional responde parcialmente al enfoque que centra su objeto en examinar la ideología y sus funciones, es decir, la acción humana en cuanto ideológica. En gran parte, la dispersión que hoy se da en la psicología social es debida a la carencia de un marco conceptual adecuado que permita unificar críticamente las diversas investigaciones y datos disponibles. Al proponer que la psicología social estudie la acción en cuanto ideológica se ofrece un marco teórico unificador que, además, exige a la psicología social una profundización histórica y conceptual mucho mayor que la usualmente ofrecida.

Esta definición de la psicología social nos permite también descubrir el mayor fallo en los enfoques más corrientes: el olvido de los contenidos de la acción humana, su significación en cuanto referidos a las fuentes de su producción y, por tanto, el determinismo configurador de esas fuentes sociales (ver Braunstein, 1975). Lamentablemente, muchos estudios de psicología social se contentan con verificar correlaciones y dependencias entre formas de conducta, sin analizar suficientemente la diferenciación radical aportada por sus contenidos y sus productos. Esta es la razón de que aquí optemos por hablar de "acción" y no de conducta. Una acción supone, ciertamente, una conducta, es decir, una respuesta externamente verificable (en el sentido conductista), pero supone también una interioridad, es decir, un sentido y, sobre todo, un producto: toda acción consiste en un hacer, un producir o generar algo, y este producto afecta a la totalidad social (ver Sève, 1973).

Al examinar los casos de tortura, la toma de decisiones en un conflicto laboral o el quehacer cotidiano en un mesón entendemos la importancia de ir más allá de un esquema de estímulos y respuestas al estilo de la facilitación social. Los influjos sociales no son estimulaciones asépticas, sino impactos valorativos de acuerdo a la actividad e intereses en juego. Si la presencia real o imaginaria de otros excita o inhibe la acción del sujeto es porque de los demás proviene y se espera una valoración e incluso una re-acción. Por tanto, no va a haber un influjo facilitador o inhibidor meramente formal y externo, sino un influjo concreto, que facilita o dificulta determinadas conductas, que potencia u obstaculiza determinadas actividades, de acuerdo con las exigencias del grupo social concreto en que se está. Un análisis como el de la facilitación social no es adecuado ni completo mientras no se discrimine la función ideológica, es decir, el determinismo selectivo que se ejerce sobre las acciones de las personas y grupos reales a partir de los intereses y valores sociales dominantes. Por otro lado, al tomar conciencia de la función ideológica, se siente por lo mismo la necesidad de ubicar cada proceso psicológico en la totalidad de los procesos sociales, desbordando la mera comprensión de los mecanismos parciales de la que está plagada la actual psicología social. Así, un problema como el de la facilitación social, sobre todo aplicado a procesos concretos como la tortura, la huelga o los rumores al interior de un mesón, adquiere significaciones muy diferentes cuando

se la ubica en el contexto de problemas más amplios: el problema del desempleo, el problema de la disidencia política, el problema de la reproducción social de la fuerza laboral, el problema de la organización social, el problema de los conflictos y luchas de clase (ver Cuadro 1).

CUADRO 1

COMPARACION DE DEFINICIONES DE PSICOLOGIA SOCIAL

OBJETO DE ESTUDIO	ESPECIFICIDAD PSICOSOCIAL
(1) LA CONDUCTA	INTERPERSONAL o INFLUIDA POR LOS OTROS
Respuesta	influjo extrínseco a la acción misma
"Vacía"	los "otros" como seres abstractos genéricos
Es seguida por refuerzos	supone una cierta continuidad en el influjo, una linearidad en el vínculo (claridad)
(2) LA ACCION	EN CUANTO IDEOLOGICA
Actividad	influjo intrínseco a la acción misma
Sentido	referencia a otros concretos históricamente, agrupados en clases mediante el ejercicio del poder
Culmina en un producto	supone que pueden existir niveles de influjo aparentemente contradictorios, y que el vínculo real es ocultado por el vínculo aparente

2. PERSPECTIVAS Y MODELOS

2.1. Orientaciones en psicología social.

Precisamente porque la psicología social es una ciencia bisagra, a caballo entre lo que compete a la sociedad como tal y lo que es propio del individuo en cuanto persona, corre siempre el peligro de abandonar la tensión interdisciplinar y dejarse absorber por la dinámica de uno de los dos polos. En este sentido, ha habido y sigue habiendo una psicología social como ha habido y hay una sociología psicológica. Cuál sea el sustantivo y cuál el adjetivo en el nombre usado no es una arbitraria decisión lingüística, sino la expresión de una opción teórica.

La sociología psicológica es primero y fundamentalmente sociología y, por consiguiente, su unidad principal de análisis es de carácter colectivo: bien sea el sistema social o la acción en cuanto social (ver, por ejemplo, Parsons, 1968). Ciertamente, muchos temas que hoy constituyen capítulos obligados de la sociología son claros estudios de psicología social, aunque no siempre son tratados desde la perspectiva de la sociología psicológica. Un ejemplo típico lo constituye el tema de la socialización.

La psicología social, por su lado, suele tender a ser psicología en sentido restringido y, por consiguiente, a tomar al individuo como la unidad central de análisis. Esto crea problemas principalmente cuando se estudian procesos grupales o fenómenos colectivos. Por otro lado, es raro encontrar en textos de psicología temas de sociología psicológica, a no ser en aspectos relacionados con variaciones culturales o raciales. El que aquí usemos como título genérico

el de psicología social no presupone de parte nuestra una opción por la perspectiva más psicológica. Lo usamos sencillamente porque se ha impuesto de hecho como nombre común en ciencias sociales sea cual sea la perspectiva adoptada (ver Rosenberg y Turner, 1981).

La vida cotidiana en un mesón (ver Herrera y Martín-Baró, 1978) puede ser examinada desde ambas perspectivas. La sociología psicológica partiría probablemente del presupuesto de que el mesón es un sistema social, y examinaría el comportamiento de sus habitantes como roles regulados por una normatividad explícita o implícita. La perspectiva de psicología social examinaría el comportamiento de los individuos a partir de sus necesidades, su percepción y su conciencia de la situación y, por tanto, trataría de examinar los aspectos más importantes de la situación del mesón, así como los hábitos personales reforzados o castigados en el acontecer cotidiano.

En principio, las dos perspectivas son aceptables como punto de partida. Resulta perfectamente lícito y hasta enriquecedor el poder examinar un mismo fenómeno desde atalayas diversas, aun cuando las posibilidades de comprensión no sean las mismas en cada caso. El problema surge cuando la perspectiva pierde su carácter de relatividad y se absolutiza. Es el peligro del reduccionismo, psicológico o sociológico. De hecho, los psicólogos sociales suelen incurrir más frecuentemente en el reduccionismo psicológico o psicologismo que en el sociologismo.

Podríamos brevemente definir el psicologismo como aquella comprensión de los fenómenos y procesos sociales que los reduce y explica como la simple adición de procesos puramen

te psicológicos. Al igual que otros "ismos" el psicologismo se expresa por el empleo de la fórmula "no es más que" con la que se transforma una categoría (en este caso la social) en otra (aquí, de orden psicológico). Un ejemplo típico de reduccionismo psicologista se encuentra en Peter Homans (1967) quien afirma que cualquier proceso histórico y social puede ser explicado con las categorías y principios enunciados en el conductismo operante de Skinner.

El psicologismo es una de las tendencias culturales más acentuadas actualmente en los países capitalistas y sus zonas de influencia (ver Lasch, 1978). Ricardo Zúñiga (1976) señala tres graves errores psicologistas en los que suelen incurrir los psicólogos sociales al utilizar un análisis "centrado en la personas":

(a) La transformación del objeto de estudio. Al redefinir un problema o proceso social con variables psicológicas se produce una alteración esencial en el objeto de análisis. No es lo mismo hablar de cambio social que de cambio de actitudes, de ideología que de motivación, de alienación que de imágenes del yo.

(b) La abstracción de los problemas sociales analizados respecto a los procesos históricos concretos que los producen. "Un análisis centrado en la persona produce un sutil, pero significativo efecto de descontextualización y atemporalización, que encubre el juego de las fuerzas sociales en un momento histórico específico"(Zúñiga, 1976, pág. 36).

(c) En tercer lugar, el análisis centrado en la persona tiende a atribuir la causalidad de los hechos a los individuos y sus características, lo que en el fondo es consecuencia de la ideología política liberal-burguesa. Los problemas sociales se convierten así en problemas de personas, y los problemas políticos en problemas de caracteres o personalidades. Se incurre en el personalismo a todos los niveles, tanto para el éxito como, sobre todo, para el fracaso. El problema es la "vagancia" de los campesinos, las tendencias paranoicas de los políticos o el carácter sociópata de los terroristas, y no los conflictos estructurales de fondo. De este modo las soluciones sociales y políticas recomendadas por este tipo de análisis tienden siempre a asumir como intocable el sistema social establecido y a estimular a los individuos a plegarse a sus exigencias.

El peligro del sociologismo es precisamente el opuesto, es decir, reducir todos los problemas a variables sociales, hasta el punto de que la persona "no es más que" una simple expresión de fuerzas estructurales o sistémicas. Este peligro se cierne claramente sobre aquellos autores influidos por Louis Althusser; por ejemplo, algunos análisis de Eliseo Verón sobre procesos comunicativos (Verón, 1972). Ya Wilhelm Reich (1974) reprochaba al movimiento socialista el no haber analizado suficientemente los factores personales y subjetivos en la conciencia de clase en el período del desarrollo fascista en Europa.

De acuerdo con la definición propuesta de psicología social, pretendemos acá adoptar una perspectiva dialéctica. El término dialéctica se ha vuelto en ocasiones un expediente para salir nominalmente del paso teórico, sin que en la práctica concreta de quienes se dicen dialécticos haya ninguna diferencia con quienes practican el psicologismo o, sobre todo, el sociologismo. Otros identifican dialéctica con interacción, lo que es una comprensión bien superficial. El

método dialéctico tal como lo entendemos aquí, asume que el objeto se constituye precisamente por una mutua negación de polos, y que esto ocurre en un proceso histórico. En el caso concreto de la psicología social, aplicar el método dialéctico quiere decir que al estudiar los problemas se parte del presupuesto de que persona y sociedad no simplemente interactúan como algo constituido, sino que se constituyen mutuamente y, por consiguiente, que negándose uno y otro, se afirman como tales. El individuo es persona porque existe una sociedad (no individual) que le hace persona; pero la sociedad es sociedad porque existen individuos (negación de la sociedad) que la plasman y dan realidad. En la práctica, el método dialéctico va a significar que no podemos entender los procesos ideológicos de la persona sin atender como parte esencial a su estructuración social. En este sentido la acción humana es por naturaleza ideológica ya que está intrínsicamente configurada por las fuerzas sociales operantes en una determinada historia. La acción, cada acción concreta, simultáneamente plasma y configura ambas realidades, sociedad y persona, en un hacer que es al mismo tiempo hacerse y ser hecho (ver, también, Castilla del Pino, 1966, 1968).

La psicología social no puede abstraer su objeto de la historia, pues es la historia social concreta la que da sentido a la actividad humana en cuanto ideológica. Esto no es lo mismo que afirmar que la psicología social es o deba ser simplemente historia (Gergen, 1973). Claro que de alguna manera lo que aquí se plantea es la concepción que se tenga sobre lo que deba ser una ciencia y la posibilidad de la psicología de ser científica en sentido restringido una vez que se acepta su necesaria referencia histórica. En todo

caso, si la psicología social examina la acción en cuanto ideológica, no puede evitar (precisamente para ser científica) esta necesaria referencia a un contexto y situación concretas. En buena parte, la psicología social en uso consiste precisamente en la organización de "referencias" históricas de los distintos comportamientos sociales; sin embargo, las más de las veces estas referencias son desfiguradas convirtiéndolas en simples "condiciones" asépticas para que se produzca o no un proceso o para que una forma de comportamiento social aboque a uno u otro resultado (ver Holland, 1978).

Examinemos estas tres perspectivas con un ejemplo concreto. ¿Cómo analizarían el fenómeno de la tortura una psicología social sociologista, una psicologista y una dialéctica? Con el peligro de distorsionar los aportes de ciertos autores, intentemos aplicar a este caso algunos estudios bien conocidos.

Desde una perspectiva de corte sociologista, podría aplicarse al caso de la tortura una visión puramente sistemática: es la estructura de una determinada organización penal y la adopción de unos roles ya prefigurados lo que hace posible que una persona pueda atormentar físicamente a otra persona. El estudio de Philip Zimbardo (1973) sobre la fuerza condicionante del papel de carcelero podrpia ser extrapolado a la condición de tortutador. Ciertamente, la forma en que un sujeto desempeñe su papel de carcelero o, para el caso, de torturador, puede depender en gran medida de las ideas que en un determinado grupo hay sobre lo que es ser carcelero o torturador (Banuazizi y Movahedi, 1975). Pero que el papel desempeñado al interior de una institución legitimada tiene una gran fuerza constriñente, incluso para forzar a acciones contrarias a los principios del sujeto, se puede deducir de los conocidos estudios de Stanley Milgram (1980). De

los estudios tanto de Zimbardo como de Milgram podría sacarse la consecuencia de que la estructura institucional (a través de los mecanismos de normatividad de un rol y de obediencia legitimada) bastan para explicar el comportamiento de un torturador, sin que su personalidad, sus convicciones o su experiencia anterior alteren fundamentalmente este proceso. Por el contrario, algunas de las condiciones de los experimentos de Milgram (pérdida de la legitimidad institucional, fuertes principios éticos personales, etc.), así como la conciencia de las repercusiones a largo plazo en cosas fundamentales, y no simplemente una situación de laboratorio referida a aspectos relativamente transitorios o de poca importancia personal y social, llevarían a dudar de una fácil explicación de la tortura a nivel puramente sistémico.

Una explicación de orden psicologista trataría de encontrar en las características personales del torturador las razones de su comportamiento como tal. En otras palabras, no sería el rol el que crearía al sujeto y su comportamiento, sino que sería el sujeto el que de una u otra manera terminaría ocupando aquel rol que se adaptara a sus necesidades profundas y a las características de su personalidad. Esta ha sido la visión de algunos psicoanalistas, que han explicado la acción del torturador como un comportamiento de sujetos profundamente sádicos, y de sistemas sociales que generan "estructuras" como respuesta a estas necesidades destructivas de los individuos (ver Guiton, Bettelheim, y otros, 1973).

Otro tipo de análisis, también de corte psicologista, se limita a analizar el cómo formal de la tortura (u otras formas de violencia abusiva), sin ver que el contenido mismo

de la acción está esencialmente vinculado a determinadas fuerzas sociales. Este es, al menos parcialmente, el caso de los estudios sobre la "víctima inocente", que muestran la necesidad del torturador de devaluar a su víctima y así acallar los posibles reclamos de su conciencia (ver, por ejemplo, Lerner y Simmons, 1966).

Un enfoque dialéctico tendría que examinar el problema de la tortura como un proceso interpersonal al interior de una determinada estructura sociopolítica. El análisis de S. Milgram (1980) sería parcialmente aplicable, en la medida en que se enfatizara más el papel de la persona concreta, su conciencia ética y política, así como las características específicas de la situación que desencadena la tortura —no las características de la situación como dato inmediato (es decir, la habitación de la tortura, la cercanía de torturador y torturado, etc.), sino las características del grupo en el poder y sus necesidades de llegar a la tortura como instrumento de control social. Algunos de los análisis sobre los procedimientos utilizados en los hospitales psiquiátricos podrían ofrecer un inmediato paralelo de cómo analizar dialécticamente el fenómeno de la tortura (ver Basaglia, 1972; Berlinguer, 1972).

2.2. <u>Una visión histórica de la psicología social</u>.

Entendida en su forma más amplia como el estudio de las relaciones entre el individuo y la sociedad, la psicología social ha sido un tema de larga tradición filosófica. El hecho de que los análisis fueran elaborados especulativa y no empíricamente, no quita valor ni a las conclusiones a las que los filósofos fueron llegando ni a las observaciones en que buscaban apoyo para su especular ni menos a las pre-

guntas que originaban su reflexión. No deja de sorprender penosamente el que, tras haber despreciado una larga y rica tradición de filosofía psicológica, algunos psicólogos (sociales y generales) lleguen con dificultad a conclusiones mucho mejor formuladas en tiempos pasados por la filosofía (ver Chateau y otros, 1979). Cuando esta confluencia añade el enriquecimiento empírico a la conclusión especulativa, la ignorancia real o funcional queda de algún modo justificada. Por desgracia éste no es el caso las más de las veces y, tras rechazar la "metafísica" teórica, se nos ofrecen pobres recetas de filosofía casera bajo la apariencia de sofisticados productos de laboratorio.

Aunque no es éste el lugar para recuperar explícitamente la tradición filosófica de psicología social (ver Lana, 1969), es necesario mencionar al menos algunos autores cuyos planteamientos siguen vivos de una forma u otra en la reflexión contemporánea sobre la acción social de los seres humanos. Una de las tradiciones de pensamiento más rico sobre la relación entre hombre y sociedad comienza con los clásicos griegos. Sócrates, por ejemplo, insistía en la importancia de analizar la acción de las personas referida a su circunstancia concreta. Un individuo separado de su medio es una abstracción, algo irreal. Más aún, "lo que una persona es sólo explica parcialmente lo que esa persona hace. Nadie puede resistir las fuerzas de su medio ambiente. O el hombre conquista al mundo o el mundo le conquista a él" (Collingwood, 1956, pág. 40).

Platón desarrolla esta visión socrática cuando, al esbozar la estructura de su República (que no es concebida como la forma absoluta de un estado ideal, sino como la mejor

forma de estado en un período de crisis social), asigna diferentes tipo de personas a diversas funciones en el sistema social. El hombre necesita de la estructura social; pero qué clase de sociedad se llegue a formar depende del tipo y carácter de los hombre que la rigen. De ahí que el problema nuclear de una sociedad sea el de la educación. El ser humano es perfectamente maleable, y es función del educador forjar al ciudadano (socializarle, se diría hoy) proporcionándole ese saber moral conocido como sentido común. El fracaso de esta tarea produce hombres asociales o antisociales, es decir, "idiotas". El idiota (que en griego significa hombre privado o particular, profano) es el individuo aislado "puesto que carece de la atadura interna, interpretada como un 'saber', al sistema de normas de la sociedad en cuyo seno vive" (Hosfstatter, 1966, pág. 36).

Frente al relativo optimismo de Platón respecto a la maleabilidad social del ser humano, Nicolás Maquiavelo piensa que la naturaleza humana es mucha más fija y que los hombres se guían por los mismos motivos y las mismas pasiones, principalmente el ansia de poder y el ansia de seguridad. Como todos tratan de satisfacer sus deseos, las leyes no bastan para regular la convivencia social y los jefes políticos tienen que acudir a la fuerza y a la violencia. Aunque separados por muchos siglos, es interesante subrayar que tanto Platón como Maquiavelo enfrentan momentos de grave crisis política en sus respectivas sociedades. Sin embargo, proponen soluciones muy diversas a la pregunta de cómo integrar al individuo en la sociedad. Mientras Platón piensa que el individuo puede llegar a interiorizar la ley que lo vincula a los demás y así actuar moralmente por convicción personal, Maquiavelo piensa que en última instancia, el hombre sólo

se pliega a la ley común por el miedo o la coacción física impuesta por la autoridad.

Tomás Hobbes llega un siglo más tarde a una conclusión parecida. Para Hobbes el hombre es antisocial por naturaleza y, como todos los hombres tienen las mismas apetencias, cada semejante es un rival, un lobo para los demás (homo homini lupus), contra el que hay que luchar en una guerra de todos contra todos (bellum omnium contra omnes). Por ello, la única forma de convivir sin destruirse unos a otros es mediante un pacto o contrato social que regule de alguna manera la satisfacción básica de las necesidades de todos. Este contrato social sólo puede ser preservado por una autoridad fuerte, sea el estado o un soberano absoluto: Leviatán. Leviatán es así el poder común de la sociedad, surgido de la renuncia de cada individuo a sus tendencias de aniquilar a los demás miembros de la sociedad.

Es interesante que, un siglo después, Juan Jacobo Rousseau postula también la necesidad de un contrato social, pero a partir de unas premisas diferentes. Para Rousseau, el hombre es fundamentalmente bueno (el mito de "buen salvaje"), pero la sociedad corrompe sus sentimientos bondadosos al tiempo que induce la emergencia de la razón y de la conciencia. A fin de hacer posible el que los hombres desarrollen en común sus mejores potencialidades, hace falta establecer un contrato social, por el que los individuos renuncian a actuar de una forma egoísta y aceptan respetar los derechos de los demás. Mediante este contrato social los hombres se vinculan a una sociedad concreta, en la que el control ejercido por las leyes de la voluntad general hace precisamente posible la libertad de cada persona.

Para Karl Marx (Marx y Engels, 1848/1969) la idea de un contrato social es una ficción engañosa que oculta la verdadera relación de fuerzas existentes en una sociedad concreta. Lo que hay son grupos con intereses contrapuestos, una sociedad escindida por el conflicto no entre las apetencias de los individuos como tales, sino de los individuos en cuanto miembros de diversas clases sociales. No hay una ley surgida por el consenso mayoritario, sino una ley impuesta por la clase dominante que canaliza sus intereses, ejecuta su control y reproduce su situación de dominio social. Los hombres son forjados por aquellas fuerzas que actúan sobre el punto en el que se insertan socialmente, principalmente el entorno de su propia clase social. Los hombres llevan interiorizada esa norma social que responde a los intereses de la clase dominante, se impone como una estructura no consciente y guía el proceso de alienación y deshumanización de las personas.

Mientras para unos autores el individuo y sus necesidades determinan en última instancia lo que ha de ser la sociedad, para otros es la sociedad la que determina lo que el hombre concreto va a ser. Por tanto, mientras para unos qué sea la sociedad hay que entenderlo desde la óptica de lo que es el individuo, para otros qué sea el individuo sólo se puede entender desde la óptica de lo que es cada sociedad histórica. En definitiva, la misma dualidad de perspectivas que encontramos en la psicología social contemporánea ha dividido a los filósofos en su reflexión sobre las relaciones entre individuo y sociedad. Sin embargo, entre la filosofía tradicional y la moderna psicología social hay también diferencias importantes. Cuatro hechos históricos

son necesarios para comprender estas diferencias y el nacimiento de la psicología social así como de las ciencias sociales en su acepción moderna: una mayor conciencia sobre las diferencias entre los grupos humanos, una concepción secularizada del ser humano, la revolución industrial y el desarrollo de una nueva metodología.

Sería ingenuo pensar que sólo el hombre moderno ha tomado conciencia de las diferencias existentes entre los diversos grupos humanos. Desde antiguo los pueblos han viajado y emigrado de un lugar a otro y han observado la diversidad de lenguas, razas, costumbres y estilos de vida. El bello mito de la torre de Babel expresa literaria y teológicamente la conciencia de esta diversidad de pueblos y los problemas que de ahí se pueden seguir. A pesar de todo, sólo modernamente este hecho se ha convertido en un cuestionamiento sobre la naturaleza humana. Al conquistador ibérico le costaba aceptar que el indígena tuviera alma, es decir, fuera humano como él. Y cuando al fin aceptó su humanidad, no se le ocurrió extender esta generosa concesión mental a los esclavos negros. Por supuesto que se trataba de una visión etnocéntrica, muy enraizada en los intereses materiales de la conquista. Pero el hecho es que ésa era la concepción generalizada entre los cultos pueblos europeos.

En el período romántico, la diferencia recibe carta de ciudadanía humana. Cuando Rousseau proyecta su imagen del "buen salvaje", del hombre no corrompido por la sociedad egoísta, de alguna manera está señalando la potencialidad humana de formas distintas. La búsqueda romántica del misterio, la pureza y lo natural, entendido todo ello en un sentido de incontaminación social, logra que las diferencias

entre los pueblos adquieran el grado de pregunta antropógica. A ello contribuyen también los numerosos viajes y las exóticas narraciones de tierras extrañas que florecen en Europa durante ese período. Finalmente, los continuos conflictos entre los pueblos europeos así como el surgimiento de nuevas unidades políticas acrecienta la conciencia inmediata sobre las diferencias culturales y raciales de los diversos grupos que, por primera vez, se sienten "nacionales", es decir, miembros de una "nación".

Por el mismo tiempo -mediados del siglo XIX- la idea sobre la evolución de las especies empieza a ser aceptada en los medios intelectuales. Si las teorías evolucionistas eran correctas, quería decir que el hombre no era un ser absoluto e inmodificable, sino que era un animal entre otros (aunque fuera sobre ellos) y, como tal, sujeto a los influjos y presiones del medio ambiente. Para la psicología social tiene una especial importancia el pensamiento de Herbert Spencer, no sólo como expositor brillante de las ideas evolucionistas, sino porque aplicó estas ideas al ser social, al que comparó con un organismo viviente (Spencer, 1972). De hecho, la mayoría de los principios del moderno funcionalismo en las ciencias sociales se encuentran ya formulados en los escritos de Spencer.

Si el conocimiento sobre las diferencias humanas en tiempos anteriores no se había convertido en cuestión filosófica se debía en parte a una antropología teocéntrica, cristiana o no. Cierto, había diferencias entre los seres humanos, pero eran diferencias producidas directamente por Dios. Así, el hecho de la diversidad humana no planteaba una cues

ción histórica y social, sino que se remitía al misterio insondable de Dios y su infinita providencia.

Pero la sociedad moderna poco a poco abandonó el teocentrismo. Las preguntas humanas tenían que ser respondidas en términos humanos, es decir, con respuestas comprensibles a la inteligencia de los hombres. En parte la visión secularizada del ser humano encontró un camino en el enfoque positivista que, junto con la creencia en la posibilidad de un progreso sin fin, forjó la ilusión de que las ciencias podrían responder cualquier pregunta y resolver cualquier problema. Ya no se podía remitir el hecho de las diferencias entre pueblos al misterio divino; había que explicarlas en términos humanos. Más aún, probablemente la filosofía no era el instrumento adecuado para resolver esta cuestión; la ciencia, en un sentido positivista, tendría que asumir la tarea.

Un tercer factor crucial para el nacimiento de las ciencias sociales fue la revolución industrial del capitalismo. El proceso de industrialización conmovió hasta sus raíces todo el orden social occidental, juntando verdaderos rebaños de seres humanos en condiciones de gran miseria, movilizando poblaciones enteras, minando todo tipo de estructura comunal o familiar, y alterando profundamente costumbres, tradiciones y hábitos de comportamiento (Castells, 1976). De hecho la revolución industrial produjo una nueva forma de organización social, en la que los individuos eran simples números al servicio de un sistema productivo insaciable y en la que la explotación humana y los contrastes sociales (que, por supuesto, siempre habían sido grandes) adquirieron nuevas dimensiones exasperantes.

La conmoción radical producida por la revolución industrial planteaba con más urgencia que nunca la cuestión de si era posible mantener unida la sociedad humana. Las relaciones entre individuos y grupos -tanto al nivel macrogrupal de la ciudad como al nivel microgrupal de la familia- ya no podían desarrollarse por cauces tradicionales y el sistema de producción capitalista imperante no posibilitaba de hecho la formación de nuevos cauces adecuados. De hecho, se ha afirmado (Asplund, Dreier, y Morch, 1975) que la psicología social surgió y se desarrolló como una disciplina especial cuando la separación de los individuos con respecto a la sociedad se volvió problemática en un momento de la evolución del sistema capitalista, especialmente al transformarse en capitalismo monopólico (ver también Israel, 1979).

La revolución industrial fue posible, al menos en parte, debido al progreso tecnológico. La máquina de vapor representa como la partera técnica de la revolución industrial.

La tecnología capacitó a las sociedades occidentales para enfrentar nuevos problemas de una manera práctica y para resolverlos también empíricamente. De ese modo, la tecnología daba cauce a la aplicación de las ciencias a los problemas cotidianos e incluso permitía una comprensión nueva de problemas viejos. Frente a la tradicional visión aristotélica, el conocimiento técnico empezó a considerarse como superior al mismo razonamiento.

La tecnología no consistía en un simple canal pragmático de la ciencia, sino que representaba un nuevo enfoque metodológico en la sempiterna tarea de resolver los problemas humanos. Fue precisamente esta nueva metodología la que hizo posible que los estudios sociales adquirieran aquella

consistencia formal que los hacía candidatos al grado de científicos, al menos en la aceptación positivista en boga. Ciertamente, las ciencias sociales adquirieron unas herramientas de trabajo que les permitió enfrentar con alguna confianza (quizás un tanto ingenua) cuestiones sociales tanto antiguas como nuevas. Las que hasta entonces habían sido ramas peculiares del gran árbol de la filosofía, empezaron a actuar con una creciente independencia y a reclamar una autonomía que prometía frutos maravillosos. Fuera lo que fuera de estas pretensiones y sus resultados finales, lo cierto es que una nueva metodología, requerida y promovida por los avances tecnológicos, permitió a los científicos sociales formular importantes preguntas antropológicas a niveles diferentes del meramente filosófico.

Posiblemente se podrían señalar otros antecedentes históricos de las ciencias sociales además de los cuatro aquí indicados. Sin embargo, estos cuatro hechos -la nueva conciencia sobre la diversidad humana, la concepción secularizada del hombre, la revolución industrial capitalista y un nuevo enfoque metodológico- constituyen los factores cruciales para la aparición de la moderna ciencia social y, por supuesto, de la psicología social. No es que estos cuatro hechos constituyan cuatro causas distintas por sí mismas; se trata de su conjunción en un momento histórico dado (la segunda mitad del siglo XIX), la que, junto con otros factores, hace posible el surgimiento de las ciencias sociales en su acepción actual.

No es arriesgado situar los orígenes de la moderna psicología social a finales del siglo XIX. De hecho, los primeros libros con el título de Psicología social aparecen en

1908. Sus autores, William McDougall y Edmund A. Ross, son dos académicos norteamericanos que muestran ya en embrión la posibilidad de poner el énfasis en lo psicológico (McDougall) o en lo social (Ross). En buena medida, el texto de McDougall sería considerado hoy como un texto de psicología general más que de psicología social. McDougall mantiene que todos los hombres nacen con las mismas tendencias innatas o instintos y que es tarea de la psicología social analizar cómo la sociedad va "moralizando" al individuo, es decir, cómo va configurando las tendencias egoístas de la persona en tendencias socializadas. Por su parte, Ross afirma que la psicología social debe estudiar la interacción entre los seres humanos, principalmente los procesos a través de los cuales unos seres influyen a los demás, para diferenciar entre las influencias racionales y constructivas y los influjos irracionales y socialmente desintegradores. De ahí que Ross, con un prejuicio muy común a los sociólogos de su tiempo, se muestre enemigo -al menos teórico- de la vida urbana, en la que los individuos se verían afectados por todo tipo de influjos masificadores e irracionales.

A fin de abarcar significativamente la evolución de la psicología social contemporánea, podemos sintetizar su historia en tres períodos correspondientes a tres preguntas o perspectivas fundamentales: (1) ¿qué nos mantiene unidos en el orden social establecido?; (2) ¿qué nos integra al orden establecido?; y (3) ¿qué nos libera del desorden establecido? Por supuesto, no se trata de tres períodos sucesivos, sino de tres enfoques fundamentales que toman cuerpo en un momento y en unas circunstancias históricas determinadas, pero que permanecen junto a los otros como alternativa académica.

(1) Primer período.

El primer período corresponde a la pregunta primigenia en las ciencias sociales acerca de qué es lo que nos mantiene unidos en una sociedad y, más específicamente, en un determinado orden social. Como pregunta para la moderna psicología social, surge en Europa ante la profunda crisis social desencadenada por el proceso de industrialización capitalista. Es una pregunta de tipo funcional que se plantea desde una perspectiva filosófica y que exige ser respondida como parte de una visión antropológica global.

En general, la respuesta va a consistir en alguna variante sobre el tema central de la "mente de grupo": de una u otra forma, todos los miembros de una misma sociedad participan de algo común, algo que no es material sino espiritual, y que los mantiene unidos más allá de las diferencias e intereses individuales.

Este tipo de respuesta se encuentra ya en Wilhelm Wundt, a quien la psicología experimental reconoce como fundador y a quien sus muchas inquietudes intelectuales le llevaron a escribir una voluminosa "psicología de los pueblos".

Para Wund (1904/1926), la psicología popular consiste en aquellos productos mentales creados por una comunidad humana que no se pueden reducir a la conciencia individual, sino que presuponen la acción recíproca de muchos individuos. Esta acción recíproca es histórica y, por consiguiente, la psicología de los pueblos tiene una génesis que en cada caso dependerá de condiciones particulares. Serían estos productos de la interacción colectiva los que van dando carácter a un pueblo y mantienen a sus miembros vinculados entre sí.

La respuesta que da Emile Durkheim (1895/1964) es bastante similar: una sociedad mantiene su unidad debido a la existencia de una conciencia colectiva. La conciencia colectiva consiste en un saber normativo, común a los miembros de una sociedad e irreductible a la conciencia de los individuos, ya que constituye un hecho social. Como tal, no sólo es un fenómeno colectivo, sino que trasciende a los individuos a los que se impone desde fuera como una fuerza coactiva.

En tanto Durkheim se esfuerza por dejar en claro el carácter social de la conciencia colectiva, Max Weber (1904/1969, 1925/1964) subraya su naturaleza psicológica. Para Weber, los intereses objetivos de un grupo social actúan en los individuos mediante la ideología que traduce esos intereses en valores y objetivos existenciales. El caso clásico y bien conocido es el de la ética protestante, que sirve para operativizar la dinámica del incipiente capitalismo europeo haciendo de los intereses burgueses principios religiosos de salvación individual.

En la misma línea de pensamiento cabe situar la visión psicoanalítica. Según Freud (1921/1972), lo que mantiene unidos a los miembros de una misma sociedad o grupo son los lazos afectivos que los vinculan a un mismo dirigente o líder en un proceso de identificación colectiva. En la medida en que el objeto de la identificación de todos los individuos es uno mismo, hay entre ellos una comunidad de lazos afectivos que los mantiene unidos. De ahí la importancia que el psicoanálisis concede a la cabeza política como punto esencial en el que reposa la solidez de las estructuras sociales.

En conjunto, esta línea de pensamiento psicolosocial presupone el dato de la sociedad como un todo común y unitario, al que la evolución de los procesos históricos parece poner en peligro. El problema fundamental consiste entonces en compaginar las necesidades del individuo con las necesidades del todo social, y para ello examinar los vínculos entre la estructura social y la estructura de la personalidad. Este tipo de enfoque perdurará hasta nuestros días en la mayoría de los estudios sobre la cultura y la personalidad que postulan una "personalidad de base" (Kardiner, 1939/1955; Dufrenne, 1959), un "carácter social" (Fromm, 1966) u otra estructura común a los miembros de una sociedad, como la "motivación de logro" (McClelland, 1968).

(2) Segundo período.

El segundo período en la historia contemporánea de la psicología social surge con la americanización de la psicología y, en general, de las ciencias sociales, cuyos centros rectores pasan de Europa a Estados Unidos. Este segundo período puede encuadrarse bajo la pregunta sobre qué integra a las personas en el orden social establecido y representa una sutil transformación de la pregunta del primer período llevada al terreno de las conveniencias pragmáticas de los grupos sociales en el poder.

Si el primer período de la psicología social presuponía como real la unidad de la sociedad como un todo homogéneo, este segundo período da un paso más y asume la incuestionabilidad del orden social bajo el que el todo social se encuentra. La pregunta funcional primera de qué es lo que mantiene unidos a los miembros de una sociedad se transforma en una pregunta sobre qué hay que hacer para que cual-

quier individuo o grupo se integre armoniosamente en el orden social dado. No se trata, por tanto, de examinar qué función pueda cumplir determinado individuo o determinado grupo al interior de una sociedad dada; se trata de ver cuáles son las necesidades del orden social establecido, cuáles los requisitos para su supervivencia, a fin de ayudar a los individuos y grupos a satisfacer esas necesidades y requisitos adaptándose a las formas existentes de vida.

Sin duda alguna, esta reorientación de la psicología social corresponde muy estrechamente a su americanización. El que los dos primeros textos con el título de "psicología social" fueran elaborados por académicos norteamericanos (aunque McDougall era de origen inglés) es un índice de que ya desde comienzos del presente siglo los Estados Unidos empiezan a tomar su dirección, hasta el punto de que lo que hoy se suele conocer como psicología social constituye casi en su totalidad un producto típicamente norteamericano.

A comienzos del siglo, los Estados Unidos enfrentaban dos grandes problemas sociales: por un lado, la integración de muchos y muy diversos grupos de inmigrantes; por otro lado, las crecientes exigencias del capitalismo industrial y las presiones que esas exigencias imponían a la vida social y comunitaria.

La avalancha de grupos con lenguas, creencias, tradiciones y formas de vida muy diferentes planteaba problemas inmensos a la convivencia norteamericana, en el sentido de lograr un esquema común lo suficientemente flexible como para poder asimilar valores y modalidades humanas muy diferentes, pero lo suficientemente unitario como para que la división no impidiera el progreso social. A los norteamericanos les

gusta pensar que su sociedad fue y sigue siendo una "mezcladora" (melting pot), aunque hoy ya no estén tan seguros de que ése fuera el ideal y de que en el proceso no hayan perdido una gran riqueza de tradiciones y diversidades culturales. El hecho es que, en el momento de la avalancha inmigratoria, la exigencia inmediata era la de integrar a los recién llegados al orden y sistema establecidos, la de adaptarlos a la cultura y estilo de vida dominantes, es decir, el aculturamiento primero, la socialización después. Así, la psicología social constituía un eventual instrumento de gran valor en esta tarea integradora del individuo al orden imperante.

Junto al problema de la integración de grupos nuevos a la sociedad norteamericana, los Estados Unidos se encontraban también con el problema de las exigencias que el proceso de acelerada industrialización imponía a la vida social. Si los orígenes de la industrialización contribuyeron a la aparición de las ciencias sociales, en Estados Unidos el aceleramiento y volumen de este proceso planteó problemas muy críticos tanto a los individuos como a las comunidades de vida que obligó a las ciencias sociales a afirmarse dando respuestas prontas y prácticas. La búsqueda del máximo beneficio llevaba también a perseguir un máximo de eficiencia, y a ello podía contribuir eficazmente la psicología social, tanto determinando los individuos más adecuados para las tareas requeridas (procesos de selección) como ayudando a los individuos a adaptarse a las exigencias y condiciones de esas tareas (procesos de formación, mediación de conflictos, "relaciones humanas").

Estas necesidades sociales de los Estados Unidos determinan muy esencialmente el particular enfoque y desarrollo de la psicología social durante su segundo período. Desaparece, incluso por opción consciente, cualquier residuo de justificación o preocupación filosófica, tan típica de la psicología europea, y se busca preponderantemente el suministrar respuestas prácticas a los problemas concretos planteados por la estructura social dominante. La teoría es en buena parte relegada al ámbito de la metafísica, que pasa a ser un término despectivo en el gremio de los psicólogos. El producto prototípico de esta concepción pragmática en psicología (aunque todavía no específicamente en psicología social) lo constituye la obra de John B. Watson (1925/1972). Watson dictamina que para que la psicología llegue al nivel científico, debe despojarse de todo lastre filosófico y metafísico y adoptar con rigor los métodos de las ciencias físico-químicas. Ahora bien, esta reducción metodológica trae como consecuencia una drástica reducción del objeto de la psicología, de ese modo limitada a estudiar la "conducta", entendida única y exclusivamente como las respuestas o movimientos externamente observables de un organismo. Watson no niega la existencia de la subjetividad y de la interioridad de las personas, las intenciones buscadas o el sentido puesto a los actos; pero opta por ignorar todos estos aspectos como algo individual que son y, por tanto, inútil para la ciencia como tal.

Floyd Allport (1924) se encarga de trasladar a la psicología social el enfoque conductista propugnado por Watson. Allport, al que muchos consideran el padre de la moderna psicología social experimental, plantea con toda claridad que su trabajo se basa en el enfoque conductista y en el método

experimental, lo que le lleva a reducir la psicología social a una psicología individual: "No hay psicología de los grupos que no sea esencial y completamente una psicología de los individuos" (1924, pág. 4) y, por consiguiente, "la conciencia y la conducta colectivas son simplemente la suma de los estados y reacciones de los individuos" (pág. 6). Según Allport, la única diferencia entre la psicología social y una psicología estrictamente individual consiste en que aquella estudia la conducta de los individuos en cuanto estimulada por otros individuos. La diferencia, por tanto, no está en la naturaleza de la conducta o respuesta misma, sino en el tipo de estímulo.

Con Allport aparece ya con toda claridad el carácter de la psicología social norteamericana: la pretensión científica conduce a un reduccionismo radical, en el que lo eliminado es precisamente lo social en cuanto tal, mientras que la búsqueda de respuestas pragmáticas a los problemas de la sociedad yanqui lleva a concentrarse en fenómenos microsociales o situaciones individuales, prescindiendo del contexto social más amplio. El resultado es una psicología social positivista, inconsciente cuando no ignorante de sus propios presupuestos, ciega al carácter histórico de los procesos humanos y, por consiguiente, con tendencia a elevar al rango de universal elementos o procesos circunstanciales o rasgos propios de ciertos medios específicamente norteamericanos. En buena medida, la proyección de psicología social que Skinner plasma en su "Walden dos" (1976), donde describe lo que, según los presupuestos conductistas, sería una sociedad utópica, refleja caricaturescamente el mecanismo y la ideologización que impregna la mayor parte del trabajo psicosocial de este período.

La Segunda Guerra Mundial ofrece la oportunidad para que esta psicología social de corte norteamericano despliegue todas sus potencialidades, tanto para bien como para mal. Como muestra de este desarrollo vinculado a las necesidades y exigencias de la guerra mundial, tres áreas aparecen particularmente significativas: el estudio de los fenómenos grupales, sobre todo en lo concerniente a las relaciones del individuo con los grupos pequeños y a las relaciones interindividuales al interior de los pequeños grupos; el análisis de los procesos de formación y cambio de actitudes; y el estudio de la personalidad en cuanto reflejo y motor, al mismo tiempo, del carácter de una sociedad.

El estudio de los grupos era particularmente atractivo para los norteamericanos precisamente por su interés en la integración de diversos grupos étnicos en una sola y misma sociedad. La guerra planteaba problemas muy particulares sobre la integración de los individuos en las unidades militares y las consecuencias que las relaciones al interior de esos grupos militares tenían en su actuación y eficiencia. Esta misma pregunta sobre integración grupal y eficiencia se la habían formulado repetidas veces en el área industrial, de modo que había una convergencia de intereses que potenció el estudio de los primeros grupos.

Desde una perspectiva psicoanalítica, J.L. Moreno (1962) ya ponía en 1934 los fundamentos teóricos de la "sociometría", con la que trataba de sacar a la luz la complejidad de estructuras informales de orden afectivo escondidas bajo la aparente unidad de un grupo social; por su lado, Muzafer Sherif (1936) mostraba experimentalmente el origen de aquellas mismas normas sociales que, como Durkheim había indica

do, el individuo experimenta posteriormente como externas y obligatorias.

Con todo, fue el particular genio y liderazgo de un alemán emigrado a Estados Unidos, Kurt Lewin, el que dió nombre e identidad definitiva al estudio de los grupos, orientando la atención de los investigadores a las fuerzas que configuran la estructura y carácter de un grupo en manera similar a como los físicos habían dirigido la atención hacia las que configuran la estructura y carácter de la materia (ver Lippit, 1969; Deutsch y Krauss, 1970). Desde 1945, Lewin dirigió un programa de investigación sobre la dinámica de los grupos pequeños que tuvo una gran importancia teórica y empírica. Lewin no sólo desarrolló un rico arsenal de conceptos, principios y datos empíricos, sino que supo generar un notable entusiasmo entre sus discípulos quienes han continuado su trabajo y prolongado su visión hasta el presente.

En forma paralela y desde una perspectiva más sociológica, un equipo de investigadores encabezado por S. Stouffer (Stouffer y otros, 1949) estudiaba los problemas del individuo al interior del ejército, su adaptación y eficiencia, sus motivaciones y frustraciones. De estas investigaciones seminales, Merton y Rossi (1968) elaborarían una teoría sobre los grupos de referencia, como marco de normas y valores que el individuo utiliza para orientar su comportamiento y la evolución de sus actitudes sociales.

Los modelos y datos acerca de los grupos empezaron a abundar (ver Cartwright y Zander, 1971; Shaw, 1980). Sin embargo, todo el área de la dinámica de grupos ponía de manifiesto dos gravísimas limitaciones que condicionaron negativamente su desarrollo. Por un lado, el paralelo con las ciencias físico-químicas, tanto desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista metodológico, llevó a la reducción factual del estudio de los grupos al estudio de los grupos pequeños, las más de las veces con el supuesto implícito de que, con pequeñas variantes, los grupos grandes eran una ampliación de los grupos pequeños y las macroestructuras sociales reproducían a gran escala las microestructuras grupales. Por otro lado, el haber adoptado desde el principio (aunque no necesariamente de una forma consciente) la perspectiva del poder establecido, social, industrial o militar, llevó a concebir la dinámica de grupos como las fuerzas y procesos que producían la integración de los individuos en los grupos, y no como las fuerzas y procesos que podían llevar a los individuos a cambiar los grupos o a unos grupos a modificar a otros. Se trataba de una perspectiva de adaptación individual y el supuesto era que, en caso de conflicto, la modificación correspondía al individuo no al grupo.

Estas dos serias limitaciones hicieron crisis precisamente en los momentos en que la llamada "dinámica de grupos" logró su máximo de influjo social, es decir, durante los años sesenta. Por todas partes brotaron en los Estados Unidos y otros países europeos multitud de grupos que trataban de aplicar los métodos y recomendaciones de la dinámica de grupos, buscando la comprensión interpersonal mediante la creación de un ambiente supuestamente permisivo y la riqueza en la comunicación. Sin embargo, ni este tipo de grupos resultaban aceptables para la gran mayoría de las organizaciones sociales norteamericanas, sobre todo las más importantes (industriales, estatales, militares o educativas),

ni los problemas de fondo mejoraban a pesar de los esfuerzos individuales por mostrar comprensión y aceptación incondicional de los demás. Así, mientras la psicología social centraba sus esfuerzos en desarrollar las potencialidades del individuo y la comunicación interpersonal, socialmente seguían aumentando las diferencias intergrupales, la falta de comunicación y los controles totalitarios sobre las diversas comunidades.

Una segunda área de estudio impulsada por las necesidades y los problemas planteados por la Segunda Guerra Mundial fue la del cambio de actitudes. Ya en 1918, dos autores norteamericanos, W.I. Thomas y F. Znaniecki (1918-1920), habían indicado que la psicología social debía consistir en el estudio de las actitudes. Las actitudes, entendidas como predisposiciones adquiridas para actuar de determinada manera ante determinado objeto, constituían una unidad de análisis que parecía satisfacer la tendencia norteamericana a enfatizar los factores ambientales y del aprendizaje en el comportamiento de las personas, sin ignorar los factores genéticos. El fracaso de la propaganda norteamericana en lograr que los alemanes cambiaran en lo más mínimo sus actitudes, puso en crisis el conocimiento que se tenía al respecto y planteó la cuestión de si las actitudes no estarían más profundamente enraizadas en las personas y grupos de lo que se había creído hasta entonces.

Un grupo de psicólogos sociales, bajo la dirección de Carl Hovland (ver Hovland y otros, 1953, 1960), inició un amplio proyecto de investigación sobre el cambio de actitudes, desde una perspectiva que pretendía integrar los principios de la teoría de la forma (Gestalt) con los principios del aprendizaje, sobre todo como habían sido propuestos por Hull (1943). Desde entonces y hasta mediados de los años sesenta, el área de las actitudes ha florecido como uno de los pilares básicos de la psicología social, multiplicándose los modelos y acumulándose los datos empíricos. Sin embargo, no sólo ha faltado quien lograra una visión sintética, sino que el estudio de las actitudes ha ido mostrando también serias deficiencias. El problema más insistentemente señalado por los psicólogos al modelo de las actitudes es su limitación respecto a la predicción del comportamiento específico. Pero probablemente un problema más grave ha sido su tendencia a ignorar la vinculación entre las estructuras personales (conceptualizadas como actitudes o de otro modo) y los determinismos macrosociales, sobre todo a través del poder social. Así, el estudio de las actitudes ha supuesto en buena medida el análisis ideologizado de la ideología de algún grupo particular.

Un tercer área impulsada por los problemas de la guerra fue el del condicionamiento social de la persona humana así como el influjo de las personas en el sistema social. La preocupación surgía del hecho de que uno de los pueblos más cultos, como el pueblo alemán, hubiera podido llegar a cometer o participar en las atrocidades a que le había conducido el régimen nazi. ¿Cómo era posible que el nazismo hubiera florecido de tal manera en la patria de Goethe y de Beethoven? La subsiguiente pregunta se centraba en la inquietud de si un proceso similar no estaría incoándose en otros países, aparentemente cultos y democráticos, como los Estados Unidos.

La pregunta, desde la perspectiva particular de la Escuela de Frankfurt e impulsada principalmente por científicos sociales de origen judío emigrados a Estados Unidos, condujo a numerosas visiones psicosociales. Sin duda alguna, la más conocida e influyente es la expuesta por T. W. Adorno y sus colaboradores en lo que, con bastante poca fortuna, se dió en llamar el modelo de "la personalidad autoritaria" (Adorno y otros, 1965). Esta visión representaba una modalidad interesante de freudo-marxismo y, por consiguiente, replanteaba el problema de las relaciones entre estructura social y personalidad. Con todo, el enfoque enfatizaba excesivamente los aspectos psicológicos del problema, llevando casi a la conclusión de que la transición entre regímenes políticos podía ser entendida con categorías psicológicas.

El segundo período en la historia de la moderna psicología social ha sido el de más vigor y entusiasmo. Sin embargo, a la hora del saldo final, se puede apreciar que los errores originales de enfoque, implícitos en la pregunta con que hemos calificado este período, han pesado tanto o más que los indudables logros obrenidos. En este sentido, el segundo período presenta tres constantes, precisamente vinculadas a la norteamericanización de la psicología social: el individualismo, el psicologismo y la perspectiva desde el poder establecido. En su segundo período, la psicología social no sólo se inclinó definitivamente hacia la socio-psicología, sino que optó por una visión individualista, según la cual la realidad debe ser estudiada tomando al individuo como unidad de análisis y como principio epistemológico. En otros términos, lo social debe ser visto y entendido des-

de lo individual. Así, buena parte de la psicología social ha bordeado continuamente el psicologismo, en el que más de un autor y un modelo cayeron plenamente. Este psicologismo ha abocado en los últimos años a un subjetivismo a ultranza, cuya semilla ya estaba echada tanto en la dirección adoptada por la dinámica de grupos como en la conceptualización de las actitudes. Todo esto resalta más la tercera constante de este período, es decir, la visión desde el poder. El presupuesto implícito es que la sociedad constituye un dato previo, un punto de partida y, como tal, no se cuestiona. Es el individuo el que debe adaptarse a la estructura social, militar o industrial, no la estructura la que debe cambiar. Lamentablemente, esta perspectiva ha permeado la mayor parte del trabajo de los psicólogos sociales, haciendo de ellos instrumentos al servicio de las necesidades del poder establecido, ayudando a cambiar al individuo, a contener su rebeldía y protesta, fortaleciendo así la estructura del sistema social capitalista, basado en la desigualdad y la explotación. No toda la psicología social de este período ni todos los psicólogos sociales pueden ser acusados de haber sido instrumentalizados por el poder; pero el predominio de esta perspectiva ha marcado sin duda la línea central de su quehacer teórico y empírico.

(3) Tercer período.

En los últimos años, un creciente desencanto ha empezado a invadir a numerosos psicólogos sociales sobre los logros obtenidos por esta rama de la ciencia social, desencanto que incluso ha llevado a no pocos a un claro escepticismo sobre sus posibilidades reales. La crisis estalló como un corolario de la derrota militar y política de la visión social norteamericana en la guerra del Vietnam. La derrota

sirve para desenmascarar la sumisión del quehacer de las ciencias sociales a la perspectiva y necesidades del poder establecido, so capa de asepsia científica (como si la ciencia pudiera ser ajena a los conflictos históricos y evitarse el optar por unos valores) y de pragmatismo (como si la ciencia fuera más valiosa cuanto más huyera de la teoría y se abocara a los problemas inmediatos).

Al cuestionarse el poder establecido y la sumisión de las ciencias sociales a los dictámenes e intereses de ese poder, se abre una nueva perspectiva sintetizada en la pregunta con la que enmarcamos este período: ¿qué nos libera del desorden establecido? El cambio es radical en varios respectos. Ante todo, el marco social se acepta como un dato, pero precisamente un dato criticable en su facticidad y en su negación de posibilidades sociales distintas (ver Marcuse, 1969). Por consiguiente, aunque el orden social sea un necesario marco de referencia, no es por lo mismo criterio normativo respecto a las personas y grupos. De ahí que si es importante saber qué integra a las personas al orden social establecido, más importante es saber cómo las personas pueden cambiar ese orden, liberarse de sus exigencias e imposiciones y construir un orden social diferente, más justo y humano.

El nuevo enfoque no desplaza totalmente a los dos anteriores y ni siquiera llega a constituirse en corriente central de la psicología social. Sin embargo, la crítica permea prácticamente todos los ámbitos explorados y las aportaciones más originales provienen precisamente de esas iniciativas críticas. Podemos señalar tres de estas revisiones, que abren importantes perspectivas nuevas a la investigación: la visión de la realidad social como construcción, el enfoque conflictivo del orden social y el papel político de la psicología social.

La concepción de la realidad social como una construcción histórica más que como un marco estructural ya dado ha sido mucho más propia de los enfoques de orientación marxista que de los de orientación funcionalista. No es por tanto de extrañar que la visión histórica de la sociedad haya permanecido notoriamente ausente del ámbito de la psicología social, fundamentalmente desarrollada en Estados Unidos. Incluso estudios como el de Sherif (1936), que apuntaban al carácter dinámico de los grupos sociales respecto al orden social, constituían la excepción a la visión imperante de carácter reactivo y adaptacionista.

El influjo de una serie de autores europeos, muchos de ellos emigrados a Estados Unidos a causa de la guerra mundial, prepara el terreno para la crítica a esta visión imperante. El marxismo y la fenomenología son las dos corrientes cuyo influjo se siente con más claridad, aunque los sociólogos tiendan a abrirse más al primero y los psicólogos a la segunda. En concreto, los psicólogos sociales se vieron estimulados por una obra sobre sociología del conocimiento, escrita en colaboración por un sociólogo norteamericano, Peter Berger, y un sociólogo alemán, Thomas Luckmann. Berger y Luckmann (1968) consideran la sociedad en su doble vertiente de realidad objetiva y de realidad subjetiva, de conjunto de roles y de actitudes interiorizadas, de organización normativa y de contexto para la identidad personal. Los individuos son ciertamente hechura de su sociedad, pero la sociedad, cada sociedad concreta, es hechura del quehacer

de los grupos y personas. La sociedad aparece así en su relatividad histórica, como producto de un proceso humano y, por consiguiente, susceptible de transformación y cambio. La dialéctica de la realidad social contiene tres momentos, que Berger y Luckmann sintetizan en la triple afirmación de que la sociedad es un producto humano, la sociedad es una realidad objetiva, y el hombre es un producto social (1968, pág. 84). Lamentablemente, añaden Berger y Luckmann, la sociología norteamericana -y, más aún, la psicología social- han tendido a omitir el primer momento dialéctico de la realidad social, incurriendo en lo que Marx llamó su reificación, es decir, la visión de la realidad social con categorías cosificadas, apropiadas sólo para el mundo de la naturaleza.

Esta visión de la sociología del conocimiento ha sido recogida, aunque sólo parcialmente, en el enfoque conocido con el término de "etnometodología" (Turner, 1974). La etnometodología mantiene como punto central que los individuos aprender a construir la estructura social de valores y normas a través de la actividad rutinaria (ver Garfinkel, 1967). En este sentido, la etnometodología supone que la realidad social está siendo continuamente generada por la actividad de las personas y, por consiguiente, que los valores sociales más importantes son aquellos subyacentes al sentido común, a las prácticas rutinarias, cotidianas. De manera parecida, Goffman (1971) trata de comprender la realidad social en términos teatrales, donde las personas actúan desempeñando papeles que definen esa realidad.

El acierto de la etnometodología está en el énfasis concedido al individuo como sujeto activo en la producción de

la sociedad. Su debilidad se cifra en la pendiente subjetiva que tienden a seguir estos estudios, según la cual la realidad social es, en última instancia, cuestión de perspectivas. Esta subjetivización es perceptible en áreas tan de moda como los estudios de atribución (Jones y Davis, 1965). El mismo interaccionismo simbólico, corriente heredera de la visión de G.H. Mead (1972), ha tendido a adoptar una postura subjetivista. En el fondo late el desencanto ideológico frente a la incapacidad por cambiar la realidad social mediante la acción social (espíritu kennediano propio de la década del sesenta) y de ahí la tendencia a cambiar al individuo y su propia visión de la realidad.

A pesar de su subjetivización, la concepción de la realidad social como construcción sirve para disipar el espejismo de su carácter absoluto, su reificación; así mismo sirve para deshacer el engaño de la unidad social, como si las fuerzas sociales funcionaran uniformemente para todos los sectores, los intereses fueran los mismos para todos los grupos, y las mismas normas y valores rigieran el comportamiento de todas las personas. La realidad social es una y múltiple, y existen contradicciones y diferencias que no pueden asimilarse sin más a una estructura uniforme y unitaria.

Una segunda perspectiva crítica que aparece en este tercer período de la psicología social cuestiona la concepción de la realidad social como una unidad armoniosa, al interior de la cual los grupos e individuos se adaptan o no. Por el contrario, la realidad social empieza a ser vista como el producto de una confrontación de fuerzas sociales y el orden social imperante como el resultado de la imposición de

unas fuerzas sobre otras. La sociedad no alberga una población simplemente distribuída a lo largo de un continuo de características, sino que la sociedad se compone de grupos enfrentados entre sí a partir de intereses contrapuestos.

La visión conflictiva de la sociedad es también una visión preponderantemente marxista, y son una vez más autores europeos los que tratan de abrirla campo en el ámbito de la psicología social. Pero en este caso no se trata de autores que emigren a Estados Unidos, cuanto de autores que tienen que enfrentar los problemas de sus propias sociedades europeas. Una larga experiencia histórica y aun la simple evidencia de la realidad conflictiva en que viven les hace sentir con más agudeza las limitaciones, teóricas y prácticas, de una psicología social basada en la concepción de la sociedad como un todo armonioso. Esta misma conciencia les lleva a afirmar la parcialidad del análisis de la vida intragrupal mientras no se analice y conozca mejor la vida intergrupal. El punto central no consiste ya en examinar al individuo al interior del grupo, cuanto en examinar las relaciones entre grupos y las relaciones entre las personas no como simples individuos, sino como miembros de grupos (Billig, 1976).

Una de las áreas donde esta visión conflictiva ha tenido más repercusión es en el análisis realizado por la "antipsiquiatría", donde confuyeron influjos teóricos y experiencias prácticas muy diversas. La psiquiatría ha sido uno de los instrumentos tradicionales a través de los cuales la clase social dominante ha impuesto su poder y ha mantenido su orden social (Basaglia, 1972; Berlinguer, 1972). De ahí que las instituciones psiquiátricas hayan cumplido una mi-

sión paralela a la de las cárceles y que incluso sean las mismas instituciones las que, a través de su poder ejercido totalitariamente (Goffman, 1970), hayan generado el mal que supuestamente pretendían eliminar.

Quizá hayan sido los autores del movimiento antipsiquiátrico los que mejor han puesto de manifiesto el carácter de la psiquiatría y, en general, de las ciencias psicológicas como instrumento al servicio del poder establecido. Ese punto constituye precisamente el tercer área crítica donde se perfila el nuevo enfoque de la psicología social.

La psicología social y, en general, toda la psicología, deseosa de adquirir estatuto científico y reconocimiento académico, tendió a desprenderse demasiado radicalmente de sus raíces filosóficas, a someterse con excesiva estrechez a los limitados márgenes del método experimental, y a pretender una asepsia científica que la ubicaba por encima de las preocupaciones y conflictos concretos de la vida social, ahorrándole al psicólogo la dolorosa necesidad de tener que optar por unos u otros valores.

La psicología social se convirtió así en una rama de las ciencias sociales en la que se multiplicaron indefinidamente los modelos de corto alcance, las teorizaciones referidas a casos específicos, pero donde brillan por su ausencia teorías ambiciosas que ofrezcan visiones globales de la realidad psicosocial. Cuantos más datos empíricos se acumulan, más se nota la carencia de una teoría que los englobe y dé sentido, hasta el extremo de que los autores de textos lleguen a asumir como algo normal el que ni siquiera puedan ofrecer una definición precisa de su especialidad, y prefieran afirmar que la psicología social es la ciencia que estu

dia lo que de hecho estudian los psicólogos sociales. Por otro lado, al someterse a los requerimientos estrechos del método experimental, entendido restrictivamente, se cierra fuertemente el campo de estudio y se excluyen casi automáticamente las preguntas más importantes que se pueden plantear las personas y grupos. Como escribe un agudo crítico inglés, "sentimos que la psicología social debería explicar de algún modo nuestra propia experiencia, pero no lo hace, y esto nos ha descepcionado" (Armistead, 1974, pág. 7).

Todas estas limitaciones, teóricas, axiológicas y prácticas, hicieron que la psicología social se limitara a estudiar lo que el sistema le pedía y como el sistema se lo pedía, reduciéndose a un servilismo social incapaz de cuestionar a ese mismo sistema tanto por el ámbito en que se movía como por los instrumentos que había elegido. Se estudiaba la sumisión y el conformismo, no la independencia y la rebeldía. No es de extrañar así que se haya llegado a pensar que la psicología social no es más que una forma de historizar los procesos sociales (Gergen, 1973), y ello desde la perspectiva del poder establecido.

Al cuestionarse todo este enfoque genérico de la psicología social, se va a insistir por un lado en la necesidad urgente de volver a teorizar, y no sólo a elaborar modelos de corto alcance (Moscovici, 1972), así como a someter los métodos a la teoría y las técnicas a los problemas, no al contrario. Por otro lado, aparece la necesidad de que el psicólogo social, como otros científicos sociales, tome conciencia de su enraizamiento social y, por consiguiente, de los intereses histórico a los que, por opción o por inconsciencia, está sirviendo. El ideal no consiste en buscar la

asepsia a toda costa, cuanto en tratar de adecuar el propio quehacer científico a los valores por los que uno opta en su vida. No se trata simplemente de una tarea de decisión subjetiva, sino primero y fundamentalmente de una tarea objetiva, es decir, de que la ciencia realice mediante sus propias virtualidades aquellos valores por los que se ha optado, independientemente de la intención subjetiva de cada científico.

A pesar de que muchos psicólogos sociales siguen insistiendo en la necesidad de que la ciencia permanezca ajena a la opción axiológica, la crítica formulada ha roto el espejismo de la asepsia científica. Quien se atrichera en su negativa a optar conscientemente, sabe que sirve de hecho a aquellos bajo cuyo poder opera, es decir, a la clase dominante en cada sociedad, y ello no sólo en las aplicaciones prácticas de su quehacer, sino, más fundamentalmente, en la estructuración misma de su saber y operar científico.

El cuestionamiento introducido en el tercer período de la historia de la psicología social contemporánea cambia no sólo los presupuestos, sino el objeto mismo al que concretamente aboca la psicología social. Al no aceptar como un punto inmutable de partida la realidad social, el problema central ya no se cifra tanto en la relación entre individuo y sociedad, su adaptación o inadaptación, cuanto en la oposición de grupos que genera un orden social concreto en cuyo interior los individuos actualizan intereses, perspectivas y situaciones sociales distintas y conflictivas. Esta perspectiva puede aún incurrir en alguna forma de psicologismo individualista o subjetivista, pero ciertamente tiende a valorar de manera primordial los influjos objetivos y

las fuerzas grupales. Finalmente, es posible que algún psicólogo social opte por ponerse al servicio del orden establecido, ya sea por interés de clase, por convicción o simplemente por interés personal. Sin embargo, la opción por la postura opuesta queda abierta, y no sólo a nivel de la intención subjetiva o de las aplicaciones prácticas, sino también de la configuración misma del saber y hacer científico.

3. OBJETIVO DE LA PSICOLOGIA SOCIAL.

Al definir el objetivo de una actividad o de un quehacer, es necesario distinguir entre la finalidad perseguida por el sujeto y la finalidad objetivamente realizada o posibilitada por la naturaleza específica de la actividad o quehacer en cuestión. La voluntad e intención del sujeto puede dar en muchos casos una orientación definitiva a su quehacer; pero es importante subrayar que la naturaleza objetiva de los procesos no es cambiada a voluntad y que, como se suele decir, "el infierno está lleno de buenas intenciones". El no hacer esta distinción entre la naturaleza objetiva de una actividad y la intención subjetiva del individuo que la realiza ha oscurecido la gran mayoría de las discusiones sobre problemas éticos en psicología así como el carácter éticamente aceptable o rechazable del conductismo.

De una forma un tanto estereotipada, se afirma que el objetivo de la psicología consiste en "entender, predecir y controlar" la conducta de los individuos. Consecuentemente, el objetivo de la psicología social consistiría en "entender, predecir, y controlar" la conducta en cuanto social, ya sea que ésta se entienda como interacción ya sea que se entienda como respuesta ante estímulos sociales. Esta definición del objetivo de la psicología social presupone una concepción de ciencia y un consiguiente objeto de estudio de la psicología social sumamente problemáticos. Se trata, por consiguiente, de una dificultad objetiva, independientemente de las buenas o malas intenciones del psicólogo social.

"Entender" suele definirse operativamente como el encontrar la causa de alguna conducta. Ahora bien, la causali-

dad en cuanto determinación de algo a partir de algo no pue de entenderse en el mismo sentido cuando se trata de los fenómenos naturales estudiados por las ciencias físico-químicas que cuando se trata de procesos humanos (Peters, 1960; Toulmin, 1969). En la práctica, el esfuerzo por limitar la comprensión psicológica de una conducta a la definición de su causa (eficiente, en sentido aristotélico), obliga a eliminar la interioridad de ese comportamiento, es decir, la eventual intención subjetiva de la persona así como el significado particular que un comportamiento pueda tener en determinada situación para cada sujeto. De hecho, esta visión del "entender" suele quedarse en una descripción, más o menos precisa, de la conducta así como de sus antecedentes y de sus consecuencias externamente observables. Esto supone un empobrecimiento inadmisible de la realidad psicológica, que se ve limitada a considerar conductas intranscendentes o a considerar de un modo intranscendente conductas (acciones) importantes en la vida humana.

Al quedar en cuestión la particular comprensión que se puede adquirir sobre la conducta, por lo mismo entra en cuestión el sentido que se le pueda dar a los términos "predecir" y "controlar". La predicción se basaría, precisamente, en el conocimiento de la causa de una conducta, en el supuesto adicional de que, puesta la causa, tendrá lugar la conducta. Pero si esa causa encontrada es sólo un antecedente más, ya que se ignora un elemento esencial en la determinación de la acción humana, como es el sentido y la intencionalidad, la predicción no pasará de ser un ejercicio probabilístico, en muchos casos de valor muy cuestionable. Más aún, la predicción en ciencias naturales suele presuponer

condiciones ideales para que un determinado fenómeno se produzca. Ahora bien, la precisión de esas condiciones ideales resulta poco menos que imposible en el caso de fenómenos humanos y sociales, donde las variables son indefinidas. De ahí la tendencia de muchos psicólogos sociales a reducir el campo de su quehacer a aspectos mínimos de la conducta humana, aspectos en el que se limitan al máximo las variables en juego. Pero al reducirse a aspectos mínimos de la conducta se reducen por lo general también a aspectos socialmente insignificantes o intranscendentes.

El control sobre la conducta depende de que se haya sido capaz de entenderla y predecirla, y requiere además la capacidad de influir en el proceso. Por tanto, las dificultades acumuladas en la comprensión y predicción de la conducta repercuten en la posibilidad misma de lograr su control. Además, el control mismo supone la presencia de nuevas variables, por lo general imprevisibles. Resulta entonces comprensible que de hecho no se haya logrado real control más que en conductas de laboratorio o en utopías intelectuales (Skinner, 1976). Finalmente, el término de control es, en el mejor de los casos, de una deplorable ambiguedad, no ajena a una fuerte carga de ideología tecnócrata.

"Entender, predecir y controlar" representa un objetivo comprensible en el marco de una psicología social cuyo objeto lo constitya una interacción abstraída de los determinismos macrosociales y de las concreciones históricas, o de una psicología social conductista que trate la conducta como una "cosa" más de estudio experimental. Pero ése no puede ser el objetivo si la psicología social, como se ha expuesto aquí, debe estudiar la acción humana en cuanto ideo-

lógica. Y no puede serlo precisamente como consecuencia del mismo abismo conceptual que separa a la acción de la conducta, y a la acción en cuanto ideológica de la interacción. La inclusión de intencionalidades, significaciones y procesos de conciencia así como de las grandes variables históricas hace del entender un objetivo necesario, pero conscientemente aproximativo y parcial; la comprensión del ser humano como un sujeto histórico, que produce y se produce, hace de la predicción un juego engañoso; la necesaria referencia sobre la vinculación de los actores sociales a los grandes intereses de clase hace del control un ejercicio de falsa conciencia en el mejor de los casos, cuando no un instrumento de políticas de dominación social.

Tal como aquí se ha definido, la psicología social debe buscar como objetivo el posibilitar la libertad social e individual. En la medida en que el objeto de estudio lo constituye la acción en cuanto ideológica, es decir, en cuanto determinada por factores sociales vinculados a los intereses de clase de los diversos grupos, se pretende que el sujeto tome conciencia de esos determinismos y pueda asumirlos (aceptándolos o rechazándolos) mediante una praxis consecuente. Ejercer la libertad va a constituir así, en muchos casos, un verdadero proceso de liberación social. Por eso se presenta como objetivo el hacer posible la libertad, ya que actuarla es por principio una praxis social en la que no sólo interviene el conocimiento. Pero ello mismo muestra la distinta comprensión que desde esta perspectiva adquiere el "entender" o el "predecir". No se trata de anticipar mecánicamente el futuro; se trata de poner a la disposición de los actores sociales los conocimientos que les permitan proceder más adecuadamente en cada circunstancia,

en función de unos valores y principios sociales. Cuanto mejor es el conocimiento, con más claridad se abre al sujeto el ámbito para su decisión y acción consciente, es decir, más campo se presenta a su verdadera libertad social.

Este último punto está ya indicando que un objetivo como el aquí postulado supone una opción axiológica y un rechazo de la pretendida asepsia científica. A la psicología social corresponde desenmascarar los vínculos que ligan a los actores sociales con los intereses de clase, poner de manifiesto las mediaciones a través de las cuales las necesidades de una clase social concreta se vuelven imperativos interiorizados por las personas, desarticular el entramado de fuerzas objetivadas en un orden social que manipula a los sujetos mediante mecanismos de falsa conciencia. La psicología social como ciencia, y no sólo el psicólogo social como científico, debe tomar una postura ante esta realidad, pues presupuestos, principios y conceptos van a estar condicionados por los intereses de clase que el psicólogo, como actor social que es también, va a asumir en su quehacer. Si las ciencias naturales son o no son ajenas a los valores es una discusión que aquí no nos concierne; ciertamente, las ciencias sociales no son ajenas a los valores ya que el propio científico social y su quehacer son parte de su mismo objeto de estudio. Hay una inevitable imbricación de sujeto y objeto, siendo el sujeto a la vez objeto y el objeto a la vez sujeto. Por ello, la comprensión en ciencias sociales tiene lugar desde el interior del proceso social estudiado y la opción se da en el quehacer científico mismo independientemente de que se tome o no conciencia de que se da esta opción.

La psicología social que aquí se presenta surge en una situación muy concreta: la situación de El Salvador, en los momentos en que todo un pueblo lucha organizadamente por liberarse de una opresión secular. Esta psicología social toma partido por ese pueblo, por sus luchas y aspiraciones, y pretende ser un instrumento para que el pueblo pueda tomar sus decisiones con mayor claridad, sin dejarse engañar por espejismos o resabios de su conciencia tradicionalmente manipulada. No se trata de indicar al pueblo lo que tiene que hacer o no; se trata de incorporar el quehacer científico a una praxis social liberadora, que desenmascare y destruya la manipulación, promoviendo una sociedad basada en la solidaridad y en la justicia.

CAPITULO SEGUNDO

LA NATURALEZA SOCIAL DEL SER HUMANO

El punto de arranque de la psicología social lo constituye la comprobación de que buena parte del ser y hacer humanos no puede ser adecuadamente explicada sin acudir a las relaciones del sujeto (individuo o grupo) con otras personas y grupos, es decir, con sus raíces sociales. Esta relación o referencia es precisamente la que constituye el carácter social, y el supuesto es que la acción humana tiene siempre y necesariamente ese carácter. Afirmar que el ser humano es un animal social por naturaleza equivale a decir que su ser y su actuar están referidos o vinculados al ser y actuar de los demás.

Aunque la acción humana es siempre social no toda acción humana es igualmente social. El carácter de social va aparejado con el carácter de humano, y el ser humano, como organismo biológico que es, ejecuta un buen número de acciones de naturaleza adaptativa que en nada son específicas. Así, por ejemplo, dormir, estornudar o rascarse. Por supuesto, cada una de estas acciones puede ser asumida socialmente y presentar variables específicamente humanas: cuándo, cuánto y cómo dormir, aceptación o rechazo del estornudo, etc. A este respecto, Castilla del Pino (1978, págs.

78ss.) ha distinguido entre actos aconductuales y actos de conducta o sencillamente conducta. Los actos aconductuales tienen carácter adaptativo, tienden a restablecer el equilibrio intraorgánico y acontecen en virtud de regulaciones preestablecidas en el organismo. Los actos de conducta, en cambio, suceden como respuesta a una situación, a veces inédita, y constituyen actividades con sentido. Son los "actos de conducta" los que, precisamente al constituirse en referencia a una situación, son en mayor o menor grado socialmente configurados.

Conviene no confundir social con sociable: que el ser humano sea por naturaleza social no quiere decir que todos y cada uno de los seres humanos sean de hecho sociables. Habiendo crecido en una sociedad rabiosamente capitalista, donde la competencia intergrupal e interindividual es casi un principio de supervivencia, y donde el dominio sobre la propiedad privada es valorado por encima de toda forma de convivencia, no es de sorprender que la sociabilidad de las personas termine allá donde comienzan sus intereses particulares. Pero es que socialidad no es lo mismo que sociabilidad. La socialidad de los seres humanos se muestra tanto en la aceptación como en el rechazo, en la solidaridad como en la agresión, en la cooperación como en la competencia, en la sociabilidad como en la insociabilidad. En cada caso, el proceder de las personas está referido al otro, ya sea que se le considere amigo o enemigo, compañero o rival, y sea cual sea la naturaleza específica de esa vinculación o referencia mutua.

En el capítulo anterior hicimos un análisis sobre la naturaleza de lo social en cuanto vinculación interpersonal.

Pero, existen enfoques muy diversos en psicología social respecto a la naturaleza social del ser humano y, por consiguiente, respecto a la naturaleza del vínculo constitutivo de lo social en la acción humana. Estos enfoques parten de supuestos filosóficos distintos, que sólo excepcionalmente llegan a explicitarse y de cuyas consecuencias con frecuencia no se es suficientemente consciente. Aquí agruparemos los enfoques de psicología social en tres grupos: los que conciben el carácter social como un dato biológico, los que lo conciben como una circunstancia externa y los que lo conciben como una construcción histórica.

A fin de reflexionar sobre aspectos concretos, tomemos un caso de gran actualidad: el terrorismo. Nada más ascender a la presidencia de los Estados Unidos en 1981, Ronald Reagan declaró que su gobierno concedería al problema del terrorismo la importancia que su antecesor en la Casa Blanca, Jimmy Carter, había concedido a la defensa de los derechos humanos. El primer caso en que el gobierno de Reagan habría de combatir al terrorismo lo constituía El Salvador, donde la Junta militar democristiana se debatía agónicamente contra poderosas organizaciones populares insurgentes, a las que calificaba como "bandas terroristas". Así, la comprensión del fenómeno del "terrorismo" nos ubica en el plano de un comportamiento, grupal y personal, cuyo explícito carácter político lo vincula directamente con planteamientos ideológicos, pero cuya inclusión en el discurso racionalizador de las instancias en el poder lo hace doblemente ideológico y, por tanto, de gran interés para la psicología social.

RECUADRO 4: 3 MUJERES TERRORISTAS

Ulrike Meinhof



En 1976, a los cuarenta y un años, fue encontrada muerta en su celda de la prisión de Stammheim (Stuttgart), Alemania Federal, mientras esperaba un juicio por su participación en actos terroristas. Una versión oficial indicó que se había suicidado ahorcándose con una toalla. Se inició en la vida política en 1956, cuando se opuso activamente al rearme de la RFA y a la prohibición del Partido Comunista decretada por el canciller Adenauer. Huérfana desde joven, fue adoptada por la catedrática Renate Riemeck. Entre 1959 y 1969 fue una bien conocida columnista política de la revista de izquierda *Konkret*. Se casó en 1962 con el editor de la revista, Klaus Roehl, y tuvieron dos gemelas. Su frialdad era legendaria entre los compañeros de redacción. Se le apodaba «Madre Coraje» –como el apasionado personaje de Bertold Brecht– y se comentaba que en el espacio que medió entre una cesárea y una operación de tumor cerebral encontró tiempo para escribir un artículo contra las leyes de excepción promulgadas entonces (1964) por el Parlamento alemán. Hizo un panegírico del incendio de unos almacenes en Frankfort (1968) provocado por Andreas Baader y Gudrun Ensslin, y la policía decretó la orden de busca y captura contra ella en 1970, ofreciendo una recompensa de 250.000 pesetas a quien ofreciera pistas. Fue la ideóloga y cerebro de la resistencia armada y fundadora del grupo Baader-Meinhof. Se supone su participación en multitud de acciones violentas reivindicadas por su grupo que dejaron el saldo de cuatro muertes.

Leila Jaled



Palestina, treinta y cinco años. En 1968 ingresó en el Frente Popular de Liberación de Palestina, dirigido por Georges Habache, y en 1969, ya curtida por entrenamientos en campos militares, entró a formar parte de las Brigadas de Operaciones Especiales. El 29 de agosto de 1969, integrada en el Comando Che Guevara, secuestró hasta Damasco un Boeing 707 que volaba de Roma a Atenas. En 1970 su intento de secuestrar un avión de la compañía El Al se frustró por intervención de un policía a bordo. Fue detenida en Inglaterra. Casada aquel mismo año, tras ser puesta en libertad por las autoridades británicas, ha pasado a desempeñar un papel más teórico dentro de la causa palestina y representó a la OLP en la Conferencia Mundial de la Mujer celebrada en Copenhague en 1980. Su extraordinaria belleza la convirtió en un mito viviente de la guerrilla durante toda la última década. Israel ha pretendido reiteradamente su extradición.

Patty Hearst



Veintiséis años, norteamericana, hija del magnate periodístico Randolph Hearst. Criada en un ambiente de extraordinario lujo, Patty fue una díscola estudiante de enseñanza media. Sus amistades de juventud eran, principalmente, estudiantes de Berkeley, el campus universitario donde se inició la gran contestación a la guerra del Vietnam. La Hearst fue secuestrada en 1974 por el Ejército Simbiótico de Liberación, una organización armada que operaba en California combatiendo, con modos guerrilleros, la «civilización occidental». Aunque Hearst padre se avino a las condiciones de rescate que impusieron los guerrilleros, Patty no fue nunca liberada y dos meses después de su secuestro ella misma envió a su padre una cinta magnetofónica anunciando su pase al ESL. Fue identificada como participante en varias acciones del grupo y escapó milagrosamente a una matanza en Los Angeles donde perecieron cinco miembros del grupo. Detenida en el año 1975 con ocasión de un asalto, fue juzgada en 1976 en un proceso escandaloso. Una fianza de cien millones de pesetas aportada por su padre permitió a Patty salir de la cárcel de esto hace ahora tres años.

Tras salir de la cárcel, la Hearst contrajo matrimonio con uno de los guardianes.

En el Recuadro 4 se presentan tres casos de mujeres a las que, en un momento u otro, el poder político establecido definió como terroristas: una alemana, Ulrike Meinhof, una palestina, Leila Jaled, y una norteamericana, Patricia Hearst. U. Meinhof apareció muerta en 1976 en su celda de la prisión de Stammheim (Stuttgart, Alemania), y su muerte ocasionó fuertes acusaciones contra los guardianes de la prisión. L. Jaled sigue trabajando con la Organización para la Liberación de Palestina, aunque ya no como activista militar, sino como ideóloga. Finalmente, P. Hearst fue materialmente recuperada por su familia que con sus millones la libró de la justicia norteamericana y la devolvió a su vida "normal" como heredera de una gran fortuna.

1. EL CARACTER SOCIAL COMO DATO BIOLOGICO.

Para algunos autores, el carácter social del ser humano se cifra en la posesión de una misma dotación genética que plantea a los individuos exigencias comunes. Por lo general, estos autores enfocan preponderantemente su atención al comportamiento animal y sólo en forma derivada aplican sus análisis al caso del ser humano. Konrad Lorenz, quien compartió el Premio Nóbel de Medicina con Niko Tinbergen por sus trabajos en etología (ciencia del comportamiento animal en su medio natural), es uno de los mejores y más conocidos expositores de este enfoque.

Lorenz concede una importancia fundamental a los instintos como mecanismos innatos del comportamiento comunes a cada especie. Para Lorenz (1965, 1971), los instintos constituyen coordinaciones hereditarias que forman el esqueleto de los diversos comportamientos. Por tanto, para Lorenz no debe identificarse en principio una actividad tan compleja

como la reproducción o la maternidad con un instinto, pero estas actividades presentan constantes específicas que muestran la presencia de elementos instintivos. Los elementos instintivos del comportamiento son normalmente completados con otros elementos aprendidos, formándose así la cadena del comportamiento visible. El caso más conocido y uno de los mejores documentados es el del troquelado (Prägung), en que una tendencia instintiva se fija sobre un objeto en un momento determinado de la maduración del organismo, sin que la naturaleza del objeto esté genéticamente determinada. De esta manera Lorenz en persona pudo suplir a la madre animal como objeto tras cuyos pasos marchaba un ganso.

Frente al optimismo de la psicología de corte norteamericano acerca de la modificabilidad del comportamiento, Lorenz se muestra bastante más reservado al respecto. Existen grandes limitaciones a las posibilidades de cambiar aquellos comportamientos de una especie articulados alrededor de núcleos instintivos. Las posibilidades más importantes hay que buscarlas no tanto en la transformación de la estructura comportamental, cuanto en la reorientación del objeto al que se dirige ese comportamiento y su progresiva ritualización. De hecho, Lorenz parece opinar que el punto fundamental consiste en desarrollar mecanismos que permitan controlar la orientación y canalización adecuada de los comportamientos instintivos y que esos mecanismos funcionarán tanto mejor cuanto más se integren como parte de los ritos de un grupo o especie.

¿Cómo analizaría Lorenz el caso del terrorismo? Tenemos una respuesta bastante aproximada en su análisis sobre la agresión. Según Lorenz (1971), la agresión no es en principio un instinto malo, sino un instinto adecuado para la

conservación de la especie. El problema es que los hombres han desarrollado mecanismos que amplían en gran medida la capacidad de agredir (sobre todo las armas), pero no han desarrollado simultáneamente mecanismos de control e inhibición, es decir, normas y ritos sociales que permitan canalizar en forma constructiva la agresión reorientando su objeto. El terrorismo representa desagües incontralados de agresión instintiva, socialmente potenciada y estimulada, pero no canalizada hacia objetivos constructivos.

Aquellas sociedades o grupos sociales que más estimulen la agresividad y menos posibilidades ofrezcan para su desahogo verán florecer con más frecuencia fenómenos como el del terrorismo.

¿Qué es en definitiva lo social para Lorenz y los etólogos? Por un lado, la universalidad específica de los instintos, que plantea exigencias y soluciones comunes para todos los miembros de una misma especie. Por otro lado, la posibilidad de orientar y canalizar en forma productiva los comportamientos instintivos, sobre todo aquellos en los que los mismos individuos son los desencadenantes de la reacción instintiva (instintos sociales) y generan los vínculos que ligan a unos individuos con otros en grupos de diversa naturaleza. En concreto, lo social en los seres humanos viene dado por el conjunto de ritos y normas que se han ido formando y transmitiendo históricamente de generación en generación y que permiten a las personas controlar y orientar positivamente sus instintos.

2. EL CARACTER SOCIAL COMO CIRCUNSTANCIA EXTERNA.

Una de las corrientes más importantes en psicología, el conductismo radical, mantiene una visión del hombre que pue

de calificarse como individualismo hedonista. Aunque la unidad fundamental de análisis conductista lo constituye el bloque formado por el estímulo y la respuesta (E - R), el conductismo sólo reconoce respuestas de los individuos, en el sentido de que los constitutivos últimos del mundo social son los individuos. A esta visión se le suele llamar "individualismo metodológico" (ver Lukes, 1973).

En la perspectiva del individualismo metodológico, una sociedad no es más que la suma de individuos y, como afirma explícitamente Skinner, la conducta social no es distinta que la conducta individual (Skinner, 1970, pág. 283). La conducta es aprendida y su adecuada comprensión exige la aplicación de los principios del aprendizaje operante, que es una versión contemporánea del tradicional hedonismo filosófico. En su forma más escueta, se afirma que los individuos tienden a producir aquellas respuestas que en cada situación les producen más satisfacción o con las cuales tienen más posibilidades de conseguir su satisfacción. La propia satisfacción del individuo es, por consiguiente, el criterio y raíz última de la conducta. La sociedad, en este contexto, no es más que la fuente de recursos necesarios para la satisfacción de los individuos. El individuo es una totalidad completa en sí misma; los otros son estímulos o circunstancias externas, incluso si se les considera necesarias para la propia supervivencia.

¿Qué es entonces lo social? Sencillamente el lugar de la estimulación o el refuerzo. Una conducta es social cuando es estimulada o reforzada por otros individuos de la misma especie, independientemente de que la misma conducta pueda, en otras circunstancias, ser estimulada por otro tipo de objetos.

G. C. Homans, un historiador y sociólogo "convertido" a los principio del conductismo skinneriano, pone un ejemplo que bien puede aplicarse al caso del comportamiento terrorista. Tratando de entender por qué Guillermo el Conquistador nunca invadió Escocia, Homans (1967, pág. 44) formula el siguiente silogismo: "1) cuanto mayor sea el valor de una recompensa para una persona, más probablemente tratará de actuar para conseguirla; 2) en las circunstancias del caso, Guillermo el Conquistador (una persona particular) no juzgó que fuera valioso el conquistar Escocia; 3) por consiguiente, no era probable que hubiera actuado para lograr Escocia".

Más allá del carácter probabilístico del argumento, lo que es normal en ciencias sociales, el razonamiento no deja de ser un hábil artificio para probar "post factum" (una vez ocurrido el hecho) que los principios del aprendizaje skinneriano se aplican en cualquier situación. En teoría, se trataría de definir cuáles serían esas "circunstancias del caso" que le hicieron sentir a Guillermo el Conquistador que la conquista de Escocia no era valiosa. Pero el argumento se hace circular, ya que, si tiende a conquistar Escocia, es porque era valioso, pero se sabe que era valioso porque lo fue a conquistar; o, respectivamente, si no lo fue a conquistar es porque no era valioso, y se sabe que no era valioso porque no lo fue a conquistar.

El argumento es aplicable a las acciones terroristas. Por supuesto, esta visión trataría de explicar la conducta terrorista como la conducta de individuos que, por las circunstancias que fueren (y esas circunstancias serían importantes), habrían aprendido a lograr una satisfacción mediante ese tipo de conductas. En la medida que otros individuos

hubieran reforzado y siguieran reforzando de alguna manera (recompensa monetaria, publicidad, aceptación en el grupo, admiración explícita, etc.) ese tipo de conductas, el terrorismo sería una conducta con gran probabilidad de ser socialmente adoptada y mantenida.

3. EL CARACTER SOCIAL COMO CONSTRUCCION HISTORICA.

Frente a las concepciones del ser humano como un despliegue de potencialidades heredadas o como una estructuración de respuestas frente a las circunstancias externas, están las concepciones del ser humano como una construcción histórica. Existen muchas y muy diversas maneras de concebir la historia y la realidad histórica; desde la perspectiva de la psicología social, tres importantes aspectos suelen caracterizar las visiones históricas del ser humano: el papel esencial de las particularidades espacio-temporales propias de cada situación y proceso social (humano), el carácter fundamentalmente activo del sujeto en la determinación de su propio desarrollo y de los procesos sociales, y la apertura de todos los procesos a lo nuevo. Como veremos, la coincidencia en estos aspectos no elimina importantes diferencias en otros aspectos esenciales sobre lo que es el carácter social del ser humano.

De las concepciones del carácter social como construcción histórica, hemos distinguido tres visiones diferentes, de gran importancia en psicología social. La distinción se establece a partir de aquel factor que cada una de ellas considera más importante para el proceso de construcción histórica: para el psicoanálisis este factor son las pulsiones o fuerzas instintivas, para el culturalismo este factor es la relación funcional del individuo, para el marxismo este factor son las relaciones macrosociales que confluyen en la persona.

Resulta discutible el excluir al conductismo radical de este grupo de concepciones históricas, siendo así que considera al individuo como producto de su medio ambiente. Ahora bien, la reducción de estos procesos a una concatenación de estímulos y respuestas, con ignorancia de su significación y peculiaridad más allá de su carácter "reforzante", así como la reducción del ser humano a una estructura puramente refleja (respondiente) y de las condiciones macrosociales a condicionamientos individuales, hacen que el conductismo maneje en la práctica la concreción de los datos y de los procesos sociales como realidades abstractas, no históricas.

3.1 <u>El carácter social como construcción instintivo-interpersonal</u>.

Para Freud (1920), todos los seres humanos comparten unas mismas raíces pulsionales, los instintos de vida, que constituyen la fuente y motor de su existencia. Las pulsiones de vida o Eros, se contraponen en la última formulación de la teoría freudiana a las pulsiones de muerte o Tánatos. Las pulsiones de vida tienden a construir nuevas unidades vitales y conservar las ya existentes, mientras que las pulsiones de muerte tienden a su destrucción y al retorno al estado inorgánico, considerado como un estado de reposo absoluto. Con el término "pulsiones de vida", Freud intentó señalar el carácter común a aquellas fuerzas que primero había caracterizado como pulsiones de autoconservación, pulsiones del yo y, sobre todo, como pulsión sexual, que constituye el paradigma psicoanalítico de las pulsiones.

Pero si las raíces pulsionales son comunes a los seres humanos, su evolución depende de la historia peculiar de cada individuo. Las personas se van configurando en relación con los otros, en un auténtico diálogo social que conduce a la estructuración de la personalidad. El esquema básico y paradigmático de las relaciones humanas está dada en el triángulo familiar Padre-Madre-Hijo. Al interior del triángulo familiar tienen lugar los procesos básicos a través de los cuales se irá determinando la personalidad de cada individuo, en una dialéctica entre la afirmación y la negación, el deseo y la ley, el principio del placer y el principio de realidad. El complejo de Edipo representa el núcleo de esas relaciones y el punto nodal en los procesos evolutivos del ser humano: el hijo tiende a la posesión de la madre (la hija, del padre) y desea la muerte del padre, su rival, que opone el no de la ley a su deseo. La resolución del complejo pasa por la identificación con el padre (lo que supone la constitución inicial del superyó y del ideal del yo) y, de esa manera se logra la satisfacción indirecta, "socializada", del deseo. Para Freud, la forma como la persona resuelve su Edipo constituye la piedra angular para entender su personalidad así como su evolución ulterior. En este sentido, la historia fundamental de los seres humanos tendría lugar en los primeros años de la vida, en la infancia.

Para Freud, entre el deseo y la ley hay un inevitable conflicto y aunque este conflicto es interior a cada persona, representa la vivencia del conflicto fundamental entre el individuo y la sociedad, entre el principio del placer individual y las exigencias sociales de un bien común. Desde esta perspectiva, lo social en el ser humano es negación, primero, y canalización, después, de las pulsiones indivuales en cuanto movidas por el principio del placer. Esta negación, estructurada en el superyó, y esta canalización, asentada tanto en el superyó como en el yo de la personalidad, representan lo social del individuo humano y funcionan de acuerdo con el principio de realidad.

El terrorismo constituye, para el psicoanálisis, la consecuencia de una mala resolución del complejo de Edipo. El individuo rechazaría el peso de la ley, la exigencia cultural (Freud, 1930/1970) de renunciar a la satisfacción de ciertas pulsiones, y buscaría un tipo de satisfacción narcisista de naturaleza sádica, que supone la negación y aun destrucción de los otros.

En 1969, dos psicoanalistas franceses publicaron, bajo el pseudónimo de "André Stéphane", un análisis de los fenómenos que tuvieron lugar en Francia y otros países europeos en 1968 (Stéphane, 1969). El título de la obra, El universo contestatario o los nuevos cristianos, insinúa ya la línea de interpretación psicoanalítica ofrecida, por cierto, de carácter notoriamente mecanicista. La idea fundamental de "Stéphane" consiste en que la contestación o protesta juvenil de 1968 representa la versión social de un Edipo mal resulto, la versión contemporánea del cristianismo como el intento sistemático por eludir el conflicto edípico. "La solución cristiana del complejo de Edipo, al negar los instintos y la realidad consiguiente, conduce a una ruptura entre la doctrina y los hechos, a una continua dualidad, a incesantes contradicciones y, en síntesis, a la inautenticidad" (Stéphane, 1969, pág. 11). "El contestatario, al rechazar al padre, rechaza la realidad y quiere sustituirlos

por un ideal narcisista irrealizable por esencia" (pág. 293). En cambio, según Stéphane el verdadero revolucionario ataca la realidad a la que quiere sustituir por otra. Pero el terrorista tendría más de contestatario que de revolucionario, ya que mediante la generalización de la violencia pretendería ahogar la razón y, por tanto, el principio de realidad, en una forma característica de la "analidad sádica" (Stéphane, 1969, págs. 202-211).

3.2 El carácter social como construcción cultural-interpersonal.

Para algunos autores, la construcción de lo social que se realiza a través de las relaciones interpersonales tiene como presupuesto la existencia de un marco de referencia, de una cultura, que incluye unos símbolos o significaciones compartidas y una organización. Toda interacción genera significaciones que pueden entenderse como el tipo de respuesta que las personas dan a un objeto, estímulo o situación (Mead, 1934/1972). Los símbolos son significados compartidos socialmente y una cultura se compone fundamentalmente de un conjunto de símbolos. Por supuesto, una cultura no es estática, y significados individuales o colectivos están en continua evolución a través de los múltiples procesos de interacción. En este sentido, la interacción representa la fuente de donde brotan continuamente nuevos significados así como el proceso fundamental que confirma y fortalece los significados y símbolos ya existentes. A este enfoque se le suele conocer en psicología social como el interaccionismo simbólico.

Cada individuo se inserta en un contexto social a través de los grupos primarios. Un grupo primario es aquél en que

sus miembros mantienen relaciones personales, estrechas, por lo general con una fuerte carga afectiva (ver Cooley, 1909). El grupo primario (la familia u otro) constituye el marco en el que cada individuo se vuelve plenamente humano, adquiriendo su identidad personal y social. A través de la interacción con las personas más significativas de su medio (los "otros significativos") que, por lo general, pertenecen a su grupo primario, el individuo va adquiriendo una visión sobre sí mismo, visión que le viene reflejada de los otros. En los otros el individuo encuentra significados constantes, actitudes compartidas hacia la realidad en general, y hacia él en particular. Esas actitudes comunes y constantes constituyen lo que Mead (1934) llamó "el otro generalizado" que el individuo internaliza y a partir del cual edifica su propio yo. Una manera más sencilla de afirmar lo mismo consiste en indicar que el individuo va asumiendo aquellos papeles que su contexto le asigna: de hijo, de varón, de católico, que corresponde al lugar que él ocupa al interior del grupo y los significados fundamentales que constituyen la cultura de ese grupo.

Lo social en el ser humano es, según el interaccionismo simbólico, la necesaria pertenencia a un grupo o comunidad por un lado y, por otro, la incorporación del "otro generalizado", de las actitudes básicas de su medio, como la materia prima de su propio yo. La pertenencia a un grupo no sólo entraña la necesaria interacción con los demás miembros del grupo, sino que a través de esa interacción (concreta, histórica) el individuo va constituyendo su propia realidad personal.

Una de las teorías más recientes sobre la delincuencia e incluso la patología psíquica es la teoría de la rotulación (Becker, 1963). Según esta teoría, el delincuente es generado por la sociedad misma que establece la regla que lo rotula o define como tal; la definición genera la delincuencia o la patología, ya que el individuo se ve socialmente obligado a asumir el rol correspondiente al rótulo recibido. En la medida en que la instancia social que impone el rótulo tenga más capacidad de sancionar su definición y el consiguiente comportamiento del individuo, es decir, tenga más poder, el rótulo será más definitivo en producir lo que nombra. El acto social de rotular no es simplemente una acción nominal, sino que hay que entenderlo en el sentido antes señalado de la actitud básica que el individuo encuentra en los otros hacia la realidad y hacia él mismo, actitud estructurada en normas y que, por consiguiente, le asigna un lugar y un papel social. Así, alguien se vuelve terrorista cuando empieza a formar parte de un grupo en el cual se le ve y se le exige el actuar como tal y, por consiguiente, se le identifica o rotula como terrorista. Por supuesto, este proceso suele tener lugar en un contexto no sólo de progresivo aprendizaje a través de la interacción, sino en un contexto cultural cuyos símbolos dan sentido y justifican ideológicamente el quehacer que otros, desde el poder social y político, consideran "terrorista". De ahí que, por lo general, el calificativo de terrorista no provenga del propio grupo, sino del sistema o clase social a los que el grupo "terrorista" se opone.

3.3 El carácter social como construcción grupal-interpersonal.

El último enfoque de psicología social que aquí consideramos corresponde a la visión marxista del ser humano. Según la famosa sexta tesis de Marx sobre Feuerbach, "la esencia humana no es una abstracción inherente a cada individuo en particular; en su realidad es el conjunto de las relaciones sociales" (Marx y Engels, 1845/1974, pág. 667).

Según esta visión, la individualidad de la persona es dada por lo biológico, pero la personalidad misma, la realidad humana como tal es formada históricamente como encarnación de los influjos sociales que de modo específico influyen en la individualidad. No se trata por tanto de considerar al ser humano como un puro efecto mecánico resultante de una confluencia de fuerzas sociales; son más bien los vínculos del individuo con su circunstancia y su medio social los que van estructurando la concreción de su persona. Desde esta perspectiva lo social es el carácter fundamental del ser humano, y está constituído primero y sobre todo por la ubicación objetiva del individuo en un punto concreto de la red de relaciones estructurales de una determinada sociedad, pero está constituído también por el proceso que la propia persona como sujeto va realizando desde ese punto de partida.

Este último aspecto es esencial para no caer en un sociologismo mecanicista. Ciertamente, el individuo hunde sus raíces vitales en un grupo y en una situación que determinan sus posibilidades objetivas y configuran su entorno y dintorno tanto cognoscitivo como afectivo. Sin embargo, es el propio sujeto quien en dialéctica con esas fuerzas sociales va construyendo su propio ser actuando de una u otra manera ante los condicionamientos de su clase social. La persona humana no puede ser comprendida de modo adecuado sino a

partir de estos determinismos fundamentales de clases, ya que ella constituye la estructura portadora de los principales influjos humanos: relaciones, necesidades, intereses, hábitos, ideas, sentido de la propia identidad. Pero cada individuo asume consciente o inconscientemente estos determinismos y a partir de ahí elabora su historia y se produce a sí mismo o es elaborado y producido por las fuerzas históricas.

Una forma concreta de enfocar el carácter social del ser humano desde esta perspectiva consiste en analizar las necesidades de los grupos y personas no como un dato previo, universal y jerarquizado biológicamente, sino como una construcción histórica. Cada grupo, cada hombre, a partir de un mínimo de exigencias para la conservación de la vida, va elaborando su estructura de necesidades como producto de su actividad concreta. Al actuar así y no de otra manera, al optar por este tipo de actividad y no otra, al escoger este particular estilo de vida, surgen las necesidades, es decir, la exigencia subjetiva de aquellos requisitos objetivos sin los cuales no se puede actuar así, realizar ese tipo de actividad, mantener ese estilo de vida. Con razón Sève ha podido señalar que para entender históricamente el quehacer humano no sirve el esquema homeostático Necesidad-Actividad-Necesidad, sino que hay que postular un esquema Actividad-Necesidad-Actividad (Sève, 1973).

En esta perspectiva el individuo no es visto sólo como una persona con sus características particulares, más o menos compartidas por otras personas; el individuo es visto ante todo como miembro de un grupo o clase social, del cual es una corporalización concreta sin dejar por ello de ser

una persona particular. Así, en el individuo se descubre una forma particular de cómo la realidad del grupo social se hace persona, cómo los intereses y exigencias del grupo toman carne y voz, consciente o inconscientemente, en la persona. La persona es portadora de la contradicción social fundamental que separa a la población en clases o grupos contrapuestos, ya que en cuanto persona es miembro de una clase y, por consiguiente, negación y afirmación de la clase antagónica. En la práctica, la presencia de estas contradicciones en cada individuo asume múltiples formas, desde las posibilidades abiertas o cerradas objetivamente a su conciencia (el máximo de conciencia posible), hasta las formas de su percepción y pensamiento, sus afectos y actitudes y, en última instancia, la frecuente dualidad de su acción que, buscando la propia realización humana, constituye una verdadera fuente de deshumanización para sí mismo y para otros.

No resulta difícil comprender que este enfoque tendrá una evaluación mucho menos individualista del terrorismo. El terrorismo no es primero ni fundamentalmente un problema de individuos y menos un problema psicológico; el terrorismo es ante todo un complejo problema social y político. La misma conceptualización del terrorismo y de quién es terrorista debe ser desideologizada, es decir, vista en sus conexiones con los intereses sociales de quienes así la califican. La pregunta sobre qué es el terrorismo remite necesariamente a la pregunta más fundamental sobre quién define lo que es el terrorismo y establece la norma que rotula a los terroristas. De no ser así nos encontramos con absurdos como el que se considere terrorista la lucha liberadora del pueblo salvadoreño, pero no se considere terrorismo los ataques contra Cuba por parte de los refugiados cubanos en

Miami; o que se considere una ayuda al terrorismo el facilitar armas a los insurgentes salvadoreño, pero no se considere terrorismo suministrar armas a las fuerzas progubernamentales del mismo país.

El replanteamiento de la pregunta sobre el terrorismo apunta ya a la explicación que sobre el terrorismo ofrece este enfoque psico-social: supuesto un conflicto fundamental de clases sociales, son las fuerzas e intereses de los grupos inmersos en ese conflicto los que van haciéndose carne en las personas. Habrá que seguir entonces la historia de los grupos o de las personas al interior de las clases sociales, su toma de conciencia, la asunción de su realidad social, su organización, para comprender cómo pueden llegar en un momento determinado a optar por la actividad calificada desde el poder establecido como terrorista. Sólo desde esta perspectiva histórica se podrá distinguir en cada caso si se trata realmente de una rebeldía individualista, de una actividad bandoleril o puramente delincuencial, o más bien es parte de una opción razonable, verdaderamente revolucionaria.

En buena medida y a pesar de que utiliza también categorías psicoanalíticas, el análisis de Frantz Fanon (1963) sobre el revolucionario argelino tiene aplicación directa a muchos grupos e individuos que los medios de comunicación de nuestros países presentan y califican como terroristas. Terroristas fueron para esos medios de comunicación los sandinistas hasta que derrotaron a Somoza y pasaron a formar un gobierno nuevo, legitimado por el respaldo masivo del pueblo nicaragüense. Pero, como indica Fanon, el hecho de que la violencia que los oprime no pueda ser rota sino mediante

una nueva violencia contraria, califica y cualifica socialmente su comportamiento (la actividad "terrorista") con un sentido ética, política y aun psicológicamente muy distinto que el del simple bandolerismo o de la psicopatía antisocial.

El Cuadro 2 recoge una síntesis comparativa de los cinco enfoques examinados aquí sobre el carácter social del ser humano en la psicología social (ver, también, Deutsch y Krauss, 1970; Gamson y Modigliani, 1974, págs. 1-10). De estos enfoques muy posiblemente sean el cultural-interpersonal y el conductista-ambientalista los que cuentan en la actualidad con más seguidores. Por supuesto, incluso al interior de un mismo enfoque existen notorias diferencias entre los autores, y todos los enfoques cuentan con representantes cualificados. Entre los cinco enfoques hay, sin duda, algunos puntos de contacto y algunos aspectos integrables; con todo, globalmente representan enfoques distintos, no conciables entre sí.

Las maneras indicadas como estos cinco enfoques podrían tratar de analizar y comprender el fenómeno del terrorismo no constituyen sino sugerencias sobre un análisis que, obviamente, sería siempre mucho más complejo y matizado. Sin embargo, las notas señaladas nos permiten vislumbrar los límites de los diversos enfoques y la dificultad conceptual de algunos de ellos para captar problemas sociales importantes. Nuestro enfoque personal se sitúa en la perspectiva grupal-interpersonal, aunque trataremos de incorporar elementos de otros enfoques, sobre todo los de carácter histórico. Precisamente la definición de la psicología social como la ciencia encargada de desenmascarar las raíces ideológicas de la acción humana lleva a un análisis de los procesos histó-

CUADRO 2

ENFOQUES EN PSICOLOGIA SOBRE EL CARACTER SOCIAL DEL SER HUMANO

	LORENZ	SKINNER	FREUD	MEAD	SEVE
Importancia de raíces biológicas.	Esenciales	No son consideradas	Muy grande	Pequeña	Fundamento y límite
Conflicto entre necesidades individuales y exigencias sociales.	Tendencia a equilibrio por mecanismos internos.	Superable (no necesario)	Inevitable	En principio ninguno	Vinculado a clases y grupos sociales.
Actividad del ser humano.	Más respuesta que acción	Respuesta	Respuesta y acción (más pasivo)	Acción y respuesta (más activo)	Acción y respuesta
Maleabilidad del ser humano.	Muy limitada	Muy grande (casi total)	Relativamente pequeña	Grande	Muy grande
Semejanza con animales.	Muy grande	Muy grande	Sólo parcial (raíces biológicas)	Poca en lo esencial	Ninguna en lo esencial
Explicación del comportamiento.	Instintos	Aprendizaje por refuerzos	Satisfacción necesidades individuales	Normas y roles	Personalidad y clase social
Enfasis en	Disposición interna	Situación	Rasgos internos	Interacción	Acción en contexto

cos a la luz de los conflictos concretos que dinamizan a una sociedad y en cuyo interior surgen y actúan grupos y personas.

CAPITULO TERCERO

LAS ESTRUCTURAS SOCIALES Y SU IMPACTO PSICOLOGICO

1. TRES NIVELES DE REFERENCIA SOCIAL.

La perspectiva de la psicología social nos lleva a mirar a los factores sociales para comprender más adecuadamente el ser y el quehacer de personas y grupos. Sin embargo, lo social es un ámbito complejo, y una referencia global y genérica poco ayudaría al conocimiento científico. Es importante, entonces, saber a dónde orientar específicamente la mirada, qué aspectos o factores concretos de lo social deben ser considerados primero a fin de satisfacer la exigencia psicosociológica.

Puesto que hemos entendido lo social como la relación o referencia a otros, el punto crucial consiste en determinar cuál de las relaciones o referencias son más determinantes respecto a lo que los seres humanos somos y hacemos. En otras palabras, lo que se necesita es precisar qué estructuras sociales, qué esquemas de relación humanos son más importantes en la determinación de los procesos psíquicos. Una vez identificadas esas estructuras, son ellas las que deben constituir el polo de lo social en el análisis sociopsicológico. Surge entonces una pregunta complementaria: ¿qué unidades de análisis utilizar para captar esas estructuras? ¿Qué instrumentos conceptuales son más adecuados para definir las estructuras sociales y poderlas referir a la acción de los seres humanos? Examinemos esta cuestión con un ejemplo concreto.

El Recuadro 5 presenta una descripción sobre lo que se ha dado en llamar el síndrome del machismo, es decir, aquellas características y comportamientos que determinados grupos y personas consideran propios del varón y a los que corresponde un esquema de rasgos y comportamientos propios de la mujer. El machismo es una forma particular de actuar en las relaciones interpersonales tipificado según el sexo del actor. En alguna modalidad más moderada, el machismo ha sido entendido como una caracterización de los rasgos naturales del hombre, pretensión ideológica asumida por el propio síndrome. Esta visión psicologista del machismo aparece con más o menos claridad en algunas "caracterologías sexuales" que pretenden tipificar los rasgos "naturales" del hombre y de la mujer. La psicología social, por el contrario, trata de comprender estos rasgos comportamentales en la vinculación de la acción de las personas con las estructuras sociales y no como determinismo fijos surgidos de la diferenciación cromosómica. Pero ¿a qué estructuras sociales referirse? Se pueden señalar tres posibilidades: el machismo puede ser entendido a la luz de las relaciones primarias, de las relaciones funcionales, o de las relaciones estructurales.

1.1. Las relaciones primarias.

Por relaciones primarias se entienden aquí aquellos vínculos humanos que se producen al interior de los grupos primarios y que tienen un carácter personalizante. El concep-

RECUADRO 5

EL MACHO

El padre manda y la madre obedece; si él se enoja puede retarla y golpearla; ella debe ser sumisa y soportar en silencio, es el "destino" de las mujeres, ellas han nacido para el sacrificio. El padre pasa la mayor parte del tiempo fuera de casa, cuando está en ella es exigente y pone énfasis en sus derechos, delegando en la mujer los deberes. Y si a ella no le gusta, puede irse de la casa. La mujer no se rebela porque él la echaría, porque "todos los hombres son iguales"... Antes de casarse, su madre y otras mujeres le aconsejaron lo que ella ya sabía: debía ser sumisa y "aguantadora". Además hay que tener cuidado con otras mujeres, no para evitar que él ande con otras, pues eso es inevitable, sino para cuidar que él no tenga muchos hijos por otro lado y traiga la plata a la casa. A su vez, ella debe tener cuidado con otros hombres, pues si él sabe algo podrá llegar a herirla seriamente y a echarla de la casa. Los hermanos cuidarán que sus hermanas no anden solas, frecuentemente deberán golpearlas para cuidarlas bien. Ellos saben muy bien lo peligroso que es que ellas anden solas, pues una de sus ocupaciones preferidas es cazar niñas, y luego contar sus hazañas sexuales en el grupo de amigos. Por eso ellos deben cuidar de sus hermanas, para que otros no hagan con ellas lo que ellos hacen con las hermanas de otros... Así, el niño aprende desde pequeño a ser él también muy macho. No debe llorar ni quejarse, debe reprimir todo sentimiento afectuoso, debe mandar y perseguir mujeres y ser agresivo con los rivales.

Jorge Gissi Bustos,
Feminidad, machismo:
mitos culturales.

to de grupo primario fue acuñado por Charles H. Cooley (1909), un sociólogo norteamericano de comienzos de siglo, para el cual el ser humano se forma al asumir una identidad en la relación con las personas de su círculo inmediato. El grupo primario es ese conjunto de personas que determinan en lo fundamental la identidad de una persona, y se caracteriza por las relaciones estrechas y afectivas, por una comunicación personal y frecuente, y porque tiende a generar el sentimiento de una unidad común vivida como "nosotros".

Cuando la referencia social fundamental es la de las relaciones primarias, se pueden utilizar varias unidades de análisis. Quizá la unidad más utilizada sea la de interacción, entendida como intercambio entre personas (Homans, 1974; Thibaut & Kelley, 1959). Otra unidad frecuentemente usada es la de rasgo de la personalidad, entendido como parte de aquella identidad personal lograda en los grupos primarios. Este es el enfoque utilizado por Freud, quien asume el triángulo familiar como fundamento de la personalidad. Según Freud, la comprensión de la acción humana ha de referirse a la personalidad del sujeto en cuanto conformada en las relaciones primarias con el padre y la madre.

Aplicado al caso del machismo, este tipo de referencia social apunta a un tipo de relaciones primarias caracterizado por la lejanía o ausencia del padre, así como la idealización de la madre, lo que, en términos psicoanalíticos, lleva a una mala resolución del complejo de Edipo, es decir, a no lograr un desarrollo armonioso de la propia personalidad. Santiago Ramírez (1971) mantiene, por ejemplo, que el machismo latinoamericano se origina durante el período de la conquista, ya que el conquistador toma a la mujer

indígena como botín y objeto de placer, y la abandona con el hijo de ese contacto pasajero. La madre abandonada se compensa afectivamente con el hijo, quien a su vez magnificará al padre ausente y minimizará a la madre presente, pero idealizará su imagen. El machismo, dice Ramírez, no es sino el intento prolongado del hijo por lograr una identificación con la figura paterna y así recuperar en su totalidad la fuente del amor maternal. El machista, en su búsqueda incansable de nuevos contactos sexuales, repite una y otra vez el proceso de abandonar a la mujer conquistada.

1.2. Las relaciones funcionales.

La satisfacción de las necesidades en sociedad exige un orden en el cual las personas se diferencien laboralmente a fin de que cada una atienda a alguno de los múltiples aspectos y exigencias de la vida humana: la alimentación o el vestido, la educación, el entretenimiento o el cultivo espiritual. La especialización lleva a la diferenciación de grupos funcionalmente distintos, es decir, grupos que realizan tareas diferentes al interior del sistema social. Las estructuras sociales así generadas se pueden llamar funcionales porque muestran relaciones y vínculos interpersonales determinados por las diferentes especializaciones y tareas cumplidas, es decir, por la función en cada caso desarrollada. Entre los grupos funcionales más característicos están los profesionales, o sea, aquellos determinados por la profesión (médico, abogado y, en sentido más amplio, campesino, comerciante) y los organizativos, que son aquellos determinados por la organización o institución a la que se pertenece (director, asistente, patrón, colono).

Cuando las relaciones funcionales son el polo social asumido por el análisis psicosociológico, las unidades conceptuales utilizadas pueden centrarse en la persona o grupo que actúa, en la acción misma o en los principios reguladores de la acción. Si la unidad de análisis se centra en la persona, tendremos las actitudes o algún concepto equivalente; si se centra en la acción, tendremos los papeles o roles; y, si se centra en los principios, se tendrá las normas. La perspectiva funcional parte del presupuesto de que existe algo así como una conciencia colectiva (Durkheim, 1895/1964), es decir, asume que existe un saber supraindividual que se impone a las personas desde fuera con el carácter de exigencia y que es compartido por los miembros de un determinado grupo o sociedad. Por ello, es importante conocer el grupo o los grupos a los que las personas se sienten vinculadas, es decir, sus grupos de referencia. El sentido de las relaciones funcionales como elemento social configurador del ser y quehacer de las personas debe entenderse siempre al interior de su grupo o sistema social de referencia.

La referencia a las relaciones funcionales es uno de los esquemas más usados actualmente para entender el machismo. Muchos autores consideran que el machismo es un conjunto de características comportamentales tipificadas que se exigen al hombre como parte de su rol en determinados ambientes (Unger, 1979; ver Martín-Baró, 1980). El machismo es así la consecuencia del papel que le toca desempeñar al hombre al interior de un determinado orden social, donde se le asigna la función económica externa (conseguir el sustento del hogar mediante el trabajo), mientras que a la mujer se le asigna la función de mantenimiento del sistema mismo (la crianza y educación de los hijos al interior del hogar).

En este sentido, Sandra L. Bem (1975) ha hipotetizado que en algunas sociedades contemporáneas, donde en buena medida se ha diluido esta división de funciones, lo más conveniente es poseer rasgos tradicionalmente asignados a uno y otro sexo, lo que permite a la persona adaptarse a cualquier tipo de situación social. Pero sea el machismo o la "androginia" lo que se trate de entender, estos enfoques refieren los comportamientos sexuales a las relaciones funcionales: si el hombre es macho o andrógino es porque así se lo exige la tarea que desempeña al interior de su grupo social, en este caso el papel masculino, el rol de ser simplemente "hombre".

1.3. Las relaciones estructurales.

Si es cierto que la satisfacción de las necesidades humanas en sociedad requiere un orden en el cual las personas se diferencian laboralmente, también es cierto que en el proceso de satisfacer las necesidades se produce otro tipo de diferenciaciones sociales. Sin duda, la más importante es aquella que separa a quienes se apropian los medios fundamentales de los que depende la satisfacción de las necesidades (los grandes medios de producción), de quienes no poseen más que su inteligencia y sus manos para lograr su subsistencia. Esta división es tan crucial que genera dos grandes grupos o clases sociales, la burguesía y el proletariado, cuyos intereses resultan antagónicos y moldean la totalidad de la organización social. Por supuesto, la diferenciación entre clases sociales no es algo mecánico, sino que debe ser entendida a la luz de la historia de cada sociedad concreta. Esto significa que el carácter de burguesía y proletariado o las formas intermedias que puedan darse dependerá en cada caso del sistema o sistemas de producción exis-

tentes en una determinada sociedad, es decir, la manera como cada sociedad se organiza para satisfacer sus necesidades. Ahora bien, esta división en clases sociales es de tal profundidad que influye en todas las relaciones humanas que se producen al interior de la sociedad. En este sentido se afirma que las relaciones determinadas por la diferenciación en clases sociales son relaciones estructurales, ya que tienen la fuerza de estructurar los esquemas fundamentales de la convivencia humana.

Cuando la psicología social asume en su esquema de análisis las relaciones estructurales como el polo de lo social, la referencia suele hacerse a la pertenencia de clase o a la conciencia de clase. Estos dos conceptos no se identifican con pertenencia a un grupo y conciencia grupal o grupo de referencia, términos más familiares a la psicología social en uso, aunque tampoco se oponen a ellos. Ambos conceptos, que son de naturaleza sociológica, pueden usarse como unidades de análisis, aunque su manejo puede resultar nada sencillo y a menudo engañoso. En una perspectiva más psicológica, algunos autores pretende recuperar el concepto de necesidad como unidad de análisis (Sève, 1973). Cuando se concibe la necesidad como un producto en el hombre de la actividad social posibilitada y exigida por su clase, la necesidad constituye una expresión de esa pertenencia de clase del individuo así como el canal personal de los intereses objetivos de la propia clase social. Otra forma de referencia a las relaciones estructurales consiste en examinar las acciones a la luz de los procesos históricos que las posibilitan y exigen (Gergen, 1973); las acciones, en este caso, no serían examinadas con una simple unidad conceptual (rasgo, actitud, rol o necesidad), sino como el producto de un proceso histórico, que es a la vez social y personal.

Algunos movimientos de liberación de la mujer contemporáneos han descubierto que el sistema social capitalista se ha valido de la diferenciación social como un mecanismo de discriminación. El machismo es entendido entonces como una ideología que encubre con el manto de determinismos biológicos lo que son simples necesidades de la clase social dominante. Bajo el pretexto de la "función femenina", se encierra a la mujer en el hogar y su trabajo es socialmente ignorado, lo que quiere decir socialmente explotado (ver Castilla del Pino, 1971). El machismo puede cumplir también una función compensatoria, sobre todo en el proletariado, donde se manifiesta en forma más aguda. Según Gissi (1976), los hombres oprimidos compensan cotidianamente su sometimiento social sintiéndose los señores del hogar ya que, como lo insinúa una conocida canción ranchera, el sexo les permite seguir creyéndose "los reyes".

Relaciones primarias, funcionales y estructurales no son excluyentes, sino que expresan distintos niveles del mismo proceso social. Un análisis centrado en uno de estos tres niveles no tiene por qué negar en principio la validez de análisis diferentes que apunten a otros niveles. Precisamente porque los procesos sociales son muy complejos se puede hablar de múltiples niveles de determinación, y la afirmación de causalidad a un nivel no niega por lo mismo la causalidad a otros niveles. Un análisis será tanto más rico cuanto más logre integrar los diversos niveles de determinación. La exclusión surge sólo cuando se hacen planteamientos reduccionistas, que pretenden limitar las causas de los procesos sociales a un nivel único de determinación y sentido. Un grupo primario como la familia o el círculo de amistades íntimas no niega, sino que, por el contrario, suele ocurrir al interior de los grupos funcionales (los vínculos matrimoniales y las amistades suelen producirse al interior del propio gremio) que, a su vez, se asientan sobre los esquemas determinados por las exigencias de los grupos estructurales o clases sociales. Por tanto: Grupo primario $\subset$ Grupo funcional $\subset$ Grupo estructural. La clase social constituye así el nivel de determinación más básico, aunque no por ello el más inmediato, mientras que la familia es ciertamente el nivel de determinación más inmediato, aunque no necesariamente el más fundamental. De hecho, es bien sabido que la familia suele concretar en su existencia los principios y valores de una determinada clase social, principios y valores que trasmite a los hijos. Pero entre la familia y la clase social, los grupos funcionales (profesionales, organizativos u otros) sirven como canales peculiares de los intereses de la clase social, principalmente asumidos a través de las exigencias de los roles.

El machismo puede representar así una forma concreta como los intereses de la clase dominante canalizan su dominio social y lo justifican como inherente a la naturaleza humana, mediante la definición social de los valores que deben caracterizar al individuo viril. A la familia competirá no sólo la trasmisión de esos valores, sino su concreción en la organización de la estructura familiar y en la consiguiente división de tareas.

2. REALIDAD PSICOSOCIAL DE LAS CLASES SOCIALES.

Para los sociólogos de orientación marxista, la clase social constituye la unidad de análisis fundamental en la comprensión de los fenómenos y procesos sociales. Sin embargo, lo que a nivel de los macroprocesos históricos aparece con bastante claridad queda oscurecido cuando no diluido en el análisis de los microprocesos, hasta el punto de que aquellos elementos que en principios serían mediaciones y concreciones históricas de las clases sociales (instituciones, grupos ocupacionales, etc.) parecen adquirir entidad propia y aun hacer innecesaria la referencia a la dimensión estructural de clase. Esta reducción progresiva de la referencia social y, más específicamente, de la referencia a la realidad de clase resulta muy llamativa en el análisis psicológico, donde las más de las veces los elementos psicológicos parecen agotar la causalidad y el sentido de los fenómenos estudiados.

El problema puede plantearse de la siguiente manera: ¿tienen las clases sociales alguna entidad psicológica? ¿Cabe esperar que el hecho de pertenecer a una u otra clase social sea determinante de la forma concreta en que se presentan las acciones, modos de pensar y sentir de las personas? La pregunta no sólo se plantea a nivel global, es decir, en la comparación entre grupos, sino incluso al nivel del individuo en quien la psicología suele centrar su perspectiva. Se trata de verificar si, psicológicamente hablando, las clases sociales son reales, y, en caso afirmativo, qué impacto tiene esa realidad en las personas.

2.1. Clase social y realidad psíquica.

Aunque Marx nunca trató detenidamente el problema teórico de las clases sociales, sí dejó apuntados suficientes elementos en su obra como para precisar su definición. Posiblemente la fuente más rica para conocer el pensamiento de Marx a este respecto sea El 18 Brumario de Luis Napoleón (1852/1959), donde aplica a una situación concreta el instrumental analítico de las clases sociales. Al examinar al sector de los campesinos poseedores de una pequeña parcela (minifundistas), Marx afirma que, a pesar de que estas personas se encuentran en condiciones similares, no constituyen una clase social ya que no están vinculadas en una comunidad de intereses ni menos aún en algún tipo de organización que defienda y canalice esos intereses. Así, pues, una clase social no se forma por una simple relación local ni por una identidad de problemas, sino que se forma por una estructura de relaciones determinada por el sistema de producción imperante, y que aflora en formas de vida, intereses y esquemas culturales comunes. Es importante subrayar que, aun cuando para Marx la determinación de las clases sociales depende del sistema de producción de una sociedad, esta determinación no constituye un proceso mecánico. Objetividad no es lo mismo que mecanicismo: el determinismo económico ni es automático ni es unidimensional, sino que se da en un proceso histórico en el que se manifiesta la peculiaridad de cada situación concreta.

Tres son, en última instancia, los elementos característicos de una clase social, según Marx:

(1) el papel fundamental de los modos de producción existentes en cada sociedad: es el sistema de producción

RECUADRO 6

LAS CLASES SOCIALES SEGUN MARX

En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su modo de vivir, por sus intereses y por su cultura de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil, aquéllas forman una clase. Por cuanto existe entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, no forman una clase.

El 18 Brumario de Luis Napoleón. (Marx, 1852, pág. 177).

En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.

Prólogo de la contribución a la crítica. de la economía política. (Marx, 1859, pág. 187).

el que divide a las personas en grupos con intereses opuestos, determinando las relaciones más importantes entre ellos así como sus modos de vida característicos;

(2) las clases sociales sólo existen en cuanto enfrentadas unas a otras, es decir, en cuanto se da una lucha de clases; si hay clases o grupos contrapuestos entre sí es porque hay factores que dividen y oponen a la población en grupos; es el enfrentamiento histórico de intereses grupales el que define en cada formación social concreta lo que son las clases en esa sociedad, su particularidad y peculiaridad;

(3) la realidad de la clase social así como la pertenencia de un individuo a ella son hechos objetivos, que no dependen en principio de la conciencia ni de la voluntad subjetiva de las personas.

Si se acepta esta concepción de clase social, se acepta por lo mismo su realidad irreductible a factores individuales. Una importante consecuencia de esta concepción es que las clases sociales pueden existir en una sociedad aunque su existencia no sea consciente a los individuos ni se pueda inferir inmediatamente de la actividad de la persona en cuanto sujeto individual. La realidad de la clase social como tal sólo empieza a aparecer a nivel colectivo, en el todo comunitario y no en la parte del individuo.

Los autores suelen distinguir entre pertenencia de una persona a una clase social y conciencia social de clase de esa persona. Todo individuo se inserta de determinada manera en el modo de producción dominante en una sociedad y así ocupa un lugar en ella, una posición que es, objetiva-

mente, una posición de clase. Cada persona pertenece así, por el hecho de ser parte de la sociedad, a una clase social. Pero esa pertenencia objetiva no significa por lo mismo que su actividad sea consecuente con los intereses sociales de la clase a la que pertenece. De hecho, la práctica de las clases dominadas puede y suele estar regida por las pautas, normas y valores que operativizan en una ideología los intereses de las clases dominantes. Sólo se habla de práctica de clase cuando la praxis o actividad intencional de una persona expresa, concretiza y promueve los intereses de la clase social a la que objetivamente pertenece.

La práctica de clase es parte y consecuencia de la conciencia de clase. La conciencia que un individuo tiene - acerca de las clases sociales en su situación o de su particular pertenencia a una u otra clase social no es sin más y por lo mismo conciencia de clase. Se habla de conciencia de clase sólo cuando el saber y hacer consciente ponen de manifiesto la realidad e intereses de la propia clase social. Puede darse el caso de que una clase social exista en realidad como tal (clase en sí) sin que sus miembros tengan conciencia de lo que son, por qué lo son y cuáles son los determinismos e intereses que están a la raíz de su ser social. Sólo cuando una clase tiene esa conciencia y trata de operativizarla organizándose y actuando de acuerdo a sus intereses objetivos se habla de una clase para sí, una clase social que es sujeto de su propia historia. La conciencia de clase no es, por consiguiente, el conjunto de conocimientos, afectos, expectativas y actividades que un individuo concreto tiene por el hecho de pertenecer a una determinada clase social, sino sólo aquellos conocimientos, afec-

tos y acciones que expresan los intereses de esa clase social a la que objetivamente pertenece.

El que la clase social sólo comience a tener realidad como tal a nivel de grupo o comunidad no quiere decir que la clase no tenga ninguna repercusión psicológica. Una cosa es que la clase sólo exista a nivel social y otra que esa existencia no tenga ninguna significación para el psiquismo de las personas. Porque lo que es real a nivel grupal tiene que tener algún efecto a nivel individual ya que el individuo es en su vida concreta miembro de alguno de los grupos que llamamos clases sociales. La pregunta es: ¿cómo repercute en el psiquismo de las personas su pertenencia objetiva a una u otra clase social?

El efecto de las clases sociales en el psiquismo humano puede concebirse por lo menos de tres maneras diferentes:

(a) la clase social puede influir como un elemento individual más, una variable que diferencia a los individuos en manera semejante a como los diferencia el sexo, la raza o el idioma;

(b) el efecto de la clase social puede concebirse circunstancialmente, es decir, como si la clase social fuera una variable más del medio en el que el individuo tiene que moverse y actuar, semejante al influjo del campo o la ciudad, el hogar o la escuela, el barrio o la fábrica;

(c) finalmente, la clase social puede concebirse como una variable estructural, un factor que condiciona todas las demás variables (personales y ambientales), determinando el sentido y las relaciones entre todas ellas en cada situación concreta.

Cada una de estas concepciones lleva a un enfoque distinto y en algunos casos a enfoques excluyentes.

2.2. La clase social como una variable individual.

Una de las formas más comunes como se suele considerar la clase social en el análisis psicosocial es como un factor propio de los individuos, es decir, como una variable que diferencia a los individuos entre sí. Así entendida, la manifestación psíquica de la clase social habría que buscarla o bien en un saber consciente de los individuos (las personas son conscientes de que pertenecen a una u otra clase social, lo que influye en su ser y actuar) o bien como un rasgo o característica propia de los individuos (las personas de cada clase social mostrarían formas de ser o actuar específicas y distintas entre sí).

2.2.1. La clase social como un saber consciente.

Es un hecho que la conciencia de pertenecer a uno u otro grupo afecta lo que las personas son y hacen. Así, por ejemplo, la conciencia que se tiene de pertenecer a una determinada familia puede condicionar muy esencialmente la actividad de sus miembros: "los González siempre hemos colaborado con la Iglesia"; "en nuestra familia intentamos mantener alto el sentido del honor". En manera semejante, cabe pensar que la pertenencia a una determinada clase social influya conscientemente en el actuar de los grupos y personas. La clase social influiría así psíquicamente en la medida en que las personas conozcan que hay distintas clases sociales, sepan que ellas pertenecen a una u otra clase social, y esta conciencia condicione su comportamiento.

La forma como empíricamente se ha examinado esta concepción es mediante lo que Maritza Moreno llama una metodología "subjetiva" (Montero, 1979, pág. 305): se pregunta a los individuos si existen clases sociales y a cuál de ellas pertenecen. La metodología es subjetiva porque el dato obtenido no refleja directamente la existencia o no existencia objetiva de clases, ni siquiera la pertenencia del individuo a alguna clase, sino que refleja la conciencia verbalmente expresada del individuo sobre si existen o no clases sociales en su sociedad y si considera que pertenece o no a alguna de ellas.

Existen numerosos estudios considerados ya "clásicos" en los que la clase social es considerada como una variable individual. Los más conocidos de esos estudios han sido realizados en Estados Unidos. Así, por ejemplo, en 1949 August B. Hollingshead publicó una serie de estudios acerca de una pequeña comunidad estadounidense a la que llamó "Elmtown" (la ciudad de los olmos). Hollingshead quería verificar si en Elmtown había clases sociales y si éstas tenían algún impacto en el quehacer de las personas, sobre todo en la vida de los adolescentes. Como se trataba de una población pequeña, el supuesto era que la gente se conocía entre sí y podía determinar el status social de las diversas familias. Así, Hollingshead obtuvo los nombres de treinta familias bien conocidas y solicitó a diversas personas que calificaran a esas treinta familias según su categoría social. De este modo, Hollingshead obtuvo un acuerdo significativo en cinco estratos sociales. Después, estos cinco estratos pudieron ser reducidos a tres clases sociales, en las cuales los habitantes de Elmtown pudieron ubicar a la mayoría de las familias de la población. Hollingshead llegó así a la conclu

sión de que en la conciencia de los habitantes de Elmtown se reflejaba la existencia de tres estratos o clases sociales distintas, y que las personas desarrollaban los aspectos principales de su vida social (amistad, familia, etc.) en relación con personas de su mismo estrato o clase.

En un estudio similar en una población de California, otro sociólogo norteamericano, S. S. Sargent, llegó a una conclusión algo distinta. Sargent (1959) preguntó a los habitantes de Ventura cuáles eran las principales diferencias que encontraban entre sí, y tan sólo un 17% de las personas entrevistadas mencionó las distintas clases o estratos sociales. Por tanto sólo una pequeña parte de los habitantes de esa población estaría conscientemente influída por la realidad de las clases sociales.

Al discutir estos resultados aparentemente contradictorios, Brown (1972) afirma que este tipo de estudios lleva a la conclusión de que existe algún tipo de estratificación entre los habitantes de las poblaciones estudiadas, pero que esa estratificación no es percibida por todos de la misma manera y muchos ni siquiera la consideran un factor significativo en su existencia. Por ello, si se afirma que el principal impacto de la clase social en el psiquismo de las personas tiene lugar a través de su saber consciente sobre la existencia de clases, los resultados empíricos parecen indicar como señala Brown, que este influjo es relativamente pequeño, que no afecta a todas las personas y que, a las que afecta, lo hace en modo diferente.

Una forma complementaria de analizar el influjo de la clase social en las personas como saber consciente consiste en preguntarles directamente a qué clase social creen pertenecer. El estudio quizá más tradicional al respecto es el realizado antes de la Segunda Guerra Mundial por el antropólogo social W. Lloyd Warner y sus colaboradores en una ciudad del noresta de Estados Unidos a la que bautizaron con el nombre de "Yankee City" (Warner y Lunt, 1941). A través de entrevistas no estructuradas, Warner llegó a la conclusión de que Yankee City podía ser descrita como una población con seis clases sociales: Alta-Alta, Alta-Baja, Media-Alta, Media-Baja, Baja-Alta y Baja-Baja.

En 1945, Richard Centers (1949) realizó una encuesta entre una muestra rerpresentativa de la población norteamericana de adultos de raza blanca (1,100 personas) a fín de examinar con qué clase social se identificaban subjetivamente así como otras actitudes y opiniones sobre diversos problemas sociales. Centers había observado que el término "clase baja" era considerado peyorativo, y por eso en encuestas anteriores sólo una ínfima parte de la población norteamericana se calificaba de ese modo. Por consiguiente, en su cuestionario añadió el nombre de "clase trabajadora" junto al de las tres clases (alta, media y baja) usadas en otras encuestas. A la pregunta: "Si tuviera que usar uno de los cuatro nombres siguientes para calificar a su clase social, ¿a cuál de ellas diría que usted pertenece?", obtuvo las siguientes respuestas: Clase alta, 3%; clase media, 43%; clase trabajadora, 51%; clase baja 1%; no sabe, 1%; no cree en clases sociales, 1%. Según Centers, estos resultados destruían el mito de que los norteamericanos se sintieran parte de una amplia "clase media"; lo que la mayoría de norteamericanos parecía rechazar era su identificación con las connotaciones peyorativas del término "clase baja".

En una pequeña encuesta corrida en 1975 por el autor entre estudiantes universitarios de San Salvador, se aplicó el método subjetivo para verificar la existencia consciente de clases sociales. A la pregunta de "¿Cuántas clases sociales cree usted que existen actualmente en El Salvador?", las respuestas variaron entre dos clases (4.6%) y siete o más (10.4%). Al preguntar en forma abierta "¿A qué clase social cree que pertenece usted mismo?", se obtuvo una amplia gama de calificativos, la mayoría de ellos distinguiendo alguna modalidad de "clase media", en la que se ubicaba el 89.5% de los estudiantes. En su conjunto, las respuestas apuntaban a la conciencia sobre tres grande estratos sociales ("alto", "medio" y "bajo") en este grupo de universitarios salvadoreños, pero esa conciencia no presentaba una imagen clara sobre la estructura de clases en El Salvador.

Los resultados de estos estudios nos permiten señalar los graves problemas y deficiencias de este enfoque. Cuando el influjo de la clase social pretende encontrarse en el saber consciente de las personas, la realidad objetiva de la clase social pierde sus contornos: sin duda las personas suelen considerar que existen diferencias sociales en el sentido de diversos estratos o grupos diferenciados en la jerarquía social, pero esta diferenciación no constituye ni mucho menos una conciencia de clase en el sentido estricto del término ni coincide frecuentemente con los estratos que se pueden distinguir en base a datos sociales objetivos (los llamados indicadores sociales). Más aún, muchas personas no conceden importancia consciente alguna a la existencia de esas diferencias jerárquicas, que no sienten que tengan influjo en lo que son o en lo que hacen. Puede que el saber consciente sobre las clases sociales sea importante en auqellos que lo poseen y, en este sentido, no haya que menospreciar este dato; pero ¿se puede afirmar que las clases sociales no influyen en el pensar, sentir y hacer de quienes no son conscientes de su existencia o no creen pertencer a alguna de ellas? La respuesta en no.

La metodología "subjetiva" empleada por este enfoque presenta serias dificultades. Se trata de un método propicio a los influjos momentáneos y, como se vió en el trabajo de Centers, el informe verbal resultante no es muy fiable respecto a la forma como los individuos nombran a los estratos o clases sociales. Con todo, el problema más grave de este enfoque está en sus mismos supuestos, ya que se considera que la clase social sólo existe y opera psicológicamente en las personas en la medida en que son conscientes de que existen clases y de que son miembros de alguna de ellas. La diferencia objetiva entre las clases sociales sólo actuaría entonces al convertirse en diferencias asumidas conscientemente por las personas. El supuesto es que las clases sociales sólo influirían en las personas en la medida en que existiera conciencia de clase en sentido estricto. El contraste de esta suposición con los datos empíricos disponibles suele llevar a la conclusión de que o las clases sociales no existen o, si existen, no tienen un influjo importante en la vida de las personas (Brown, 1972).

2.2.2. <u>La clase social como rasgos individuales</u>.

Otra forma de concebir el influjo de la clase social como una variable individual consiste en asumir que la clase social llega a constituirse en un rasgo o característica propia de la persona. Esta característica social de los in

dividuos se manifestaría en diferentes aspectos de su estilo de vida, como su ocupación, su vestuario, su entretenimiento preferido o su lenguaje habitual.

La forma principal como se ha examinado empíricamente el influjo de la clase social en cuanto estilo de vida ha sido tomando como indicador la ocupación de las personas. En este sentido, se ha tratado de verificar si a cada clase correspondía algún tipo particular de ocupaciones. En el estudio anteriormente citado, Centers (1949) encontró que la mayoría de las ocupaciones quedaba predominantemente asignada a una u otra clase social. Por ejemplo, los grandes empresarios, los médicos o los banqueros eran siempre ubicados en las clases alta o media; en cambio, los obreros y agricultores eran situados en la clase trabajadora y a veces la clase media. Sin embargo, Centers reconoció que la relación entre ocupación y clase social no era demasiado clara y que la ocupación no bastaba para determinar la pertenencia de una persona a una u otra clase social.

Con todo, es interesante observar que se da una jerarquía ocupacional bastante consistente incluso entre países con regímenes sociales diferentes, aunque esa jerarquía vaya cambiando con el tiempo. Según un estudio bien conocido de Alex Inkeles y Peter H. Rossi (1956), la escala de prestigio social de las ocupaciones es bastante similar entre países como Estados Unidos y la Unión Soviética, Gran Bretaña y Japón. En la cima de la escala suelen estar ubicados los altos cargos políticos y profesiones como la de médico o juez; en la parte inferior, criados, porteros o braceros. Más aún, Hodge, Treiman y Rossi (1966) hicieron una detenida comparación entre estudios sobre el prestigio de las ocupaciones laborales realizados en veinticuatro países y encontraron que la similitud de los resultados se produce no sólo entre países con distintos sistemas sociales, sino también entre países desarrollados y subdesarrollados. Los autores llegaron a la conclusión de que el paralelismo no es producido, entonces, como se había pensado, por el grado de industrialización de los diversos países, sino más bien por la semejanza de sus estructuras sociales.

Estos resultados parecen indicar que hay al menos una cierta correspondencia entre clases sociales y tipo de ocupación y, por consiguiente, en la medida en que la ocupación va vinculada a un determinado estilo de vida, parecen confirmar la idea de que las clases sociales influyen en el psiquismo de las personas configurando su comportamiento habitual. Sin embargo, un cuidadoso análisis de los datos mencionados no permite llegar a semejante conclusión. De hecho, la correspondencia entre ocupación y clase social es sólo tendencial o probabilística, de tal modo que personas y grupos con diferente origen de clase pueden tener una misma ocupación laboral y un mismo estilo de vida. Este tipo de análisis sobre el impacto de la clase social pasa por alto el sentido estructural de ocupaciones similares en sistemas sociales diferentes y, sobre todo, tiende a confundir el concepto de clase social con el concepto de estratificación. Una clase social no es lo mismo que un estrato y menos todavía que un estrato ocupacional. Si se pretende equiparar ocupación más prestigiosa con "clase alta" u ocupación menos prestigiosa con "clase baja" se incurre en una seria confusión a partir de la conciencia subjetiva (y, en cuanto tal, ideologizada) entre grupos estructurales y grupos funcionales y, por tanto, entre la ubicación a nivel estructu-

ral de una persona (su enraizamiento de clase) y su posición a nivel funcional (su tarea o tareas al interior del sistema).

Esta aclaración no descarta las posibles relaciones entre ocupación y clase social. De hecho, los grupos funcionales se asientan sobre los grupos estructurales propios de cada sociedad, por los que se encuentran condicionados. Así, se puede esperar que en una sociedad tan fuertemente escindida como la de El Salvador los polos de la escala ocupacional correspondan claramente a las dos principales clases contrapuestas generadas por el sistema de producción dominante. En otros términos, es claro que no va a haber miembros de la burguesía salvadoreña ocupados como obreros, colonos o cuidadores de carros, y no resulta aventarado afirmar que quienes de hecho desempeñan ese tipo de labores pertenecen a la clase prletaria o a algún sector de las clases dominadas.

2.3 La clase social como una variable situacional.

Una manera distinta de concebir el influjo de la clase social en el psiquismo de las personas consiste en situar este influjo en las circunstancias del medio en que se encuentran las personas y grupos. Este enfoque no sólo tiene una larga tradición sociológica, sino que confluye con el énfasis conductista en las estimulaciones inmediatas que controlan el comportamiento de los individuos y con el modelo ecológico de la psicología ambiental, que se centra en las posibilidades de acción abiertas y aun exigidas por el contexto material y social.

A diferencia del enfoque que examina la clase social como una variable individual, la metodología utilizada desde esta perspectiva es más "objetiva": se trata de recoger detos verificables de la situación en que se encuentran las personas. Estos datos pueden ser tanto las características objetivas de cada situación -la disponibilidad de dinero o de objetos, la organización del medio ambiente- como las acciones material o socialmente posibilitadas en esa situación.

A pesar de su intrínseca alergia al análisis de carácter social el conductismo ofrece bases para un enfoque situacional sobre el influjo de las clases sociales. Es conocido el ensayo utópico de Skinner (1976) sobre el diseño de una sociedad que sería idealmente feliz al controlar en forma planificada las contingencias ambientales que determinan el comportamiento de los individuos. Cabe pensar, entonces, que las clases sociales podrían estar influyendo en el ser y quehacer de las personas mediante una determinación de las contingencias que controlan los comportamiento socialmente significativos. Esta idea es desarrollada en parte por James G. Holland (1975, 1978). Según Holland, en un sistema estratificado como el de la sociedad capitalista, el sector dominante, que es una pequeña minoría, impone sus intereses condicionando a los sectores oprimidos por los medios más diversos que actúan como refuerzo (positivos o aversivos) en cualquier situación de la vida real. Las contingencias sociales determinan los comportamientos que van a ser posibilitados y estimulados en cada situación real, y esas contingencias son definidas por quienes tienen el poder social.

Otra posible forma de examinar el influjo de la clase social como una variable situacional la ofrece la psicología ecológica. Roger Barker (1968) ha acuñado el concepto de "escenario comportamental" para describir la organización espacio-temporal de una serie de objetos vinculada a unas determinadas reglas y que reclama un determinado tipo de comportamiento de las personas.

Las reglas de un escenario comportamental no dependen de las personas y no siguen los principios que gobiernan la conducta individual. Aplicando esta concepción podría postularse que las clases sociales determinan un conjunto de escenarios comportamentales y a través de ellos regulan el comportamiento de sus miembros. El influjo fundamental vendría así a partir de los datos objetivos que configuran una situación y reclaman una determinada forma de actuar. En esta línea ecológica, Urie Bronfenbrenner (1979a, 1979b) ha puesto de manifiesto recientemente la importancia de un enfoque ecológico del desarrollo humano, en el sentido de lo que los diversos contextos en que se encuentra la persona le permiten, potencian y exigen.

Para presentar la situación social de las personas, se suelen utilizar los llamados indicadores sociales: ingreso per cápita, escolaridad, salud (acceso a los servicios médicos), vivienda, etc. Estos indicadores muestran una clara estratificación de la población en todos los estudios conocidos. Sin embargo, un gran número de países han socializado en mayor o menor grado servicios como la educación o la salud y, en general, el rango discriminador de estos índices es mucho menor en los países socialistas que en los países con sistema capitalista.

En El Salvador, cualquiera de los indicadores sociales comunmente usados refleja una patética distribución de los bienes sociales, con una minoría de la población disfrutando niveles materiales de vida equivalentes a los de un país como Estados Unidos, y la gran mayoría careciendo de los bienes más esenciales para la supervivencia. La Tabla 1 ofrece la distribución del ingreso per cápita familiar en 1977. Desde entonces, y a causa de la prolongada guerra civil que vive el país, la situación se ha agravado. La distribución presentada en la Tabla 1 indica la existencia de estratos socioeconómicamente diferenciados, estando el abismo mayor entre el 76.6% de la población que dispone de 85 o menos colones por persona al mes (34 dólares), y el 5.8% que dispone de 195 colones o más (78 dólares).

Es evidente que la disparidad en la distribución de los bienes de una sociedad afecta las oportunidades de desarrollo y acción que se abren a los miembros de los diversos grupos. En este sentido, no cabe duda de que si la clase social queda bien reflejada por la distribución de bienes sociales ha de afectar lo que sus miembros son y hacen. Se trata no sólo de las posibilidades subjetivas, sino primero y fundamentalmente de posibilidades objetivas de acción. El niño obrero o campesino que tiene un serie grado de desnutrición (situación en la que se encuentra el 75% de los niños en El Salvador) se encuentra ya seriamente limitado en cuanto a sus posibilidades objetivas de tener éxito escolar, sin contar adicionalmente con la accesibilidad y calidad de los servicios escolares de que dispone así como con las exigencias de su hogar de que contribuya desde temprano al mantenimiento de la familia.

TABLA 1

DISTRIBUCION DEL INGRESO PER CAPITA FAMILIAR

EN EL SALVADOR EN 1977

INGRESO MENSUAL EN COLONES*	No. DE FAMILIAS	No. DE PERSONAS	% PARCIAL	% ACUMULADO
0.00 - 50.57	399,057	2,486,443	57.9	57.9
50.58 - 85.00	159,485	801,701	18.7	76.6
85.01 -195.00	167,576	754,117	17.6	94.2
195.01 -297.00	39,986	144,626	3.4	97.2
297.01 -593.33	23,910	78,011	1.8	99.4
593.34 - más	8,193	24,023	0,6	100.0

* Los límites en colones de cada nivel están determinados por la presentación de los datos en la fuente utilizada.

Fuente: El Salvador, Ministerio de Planificación, Unidad de Investigaciones Muestrales, Distribución del ingreso por deciles de familias. San Salvador, abril de 1978, pág. 6.

Las condiciones objetivas de la existencia suelen condicionar también el marco social del quehacer de los individuos, en el sentido de que las personas tienden a interactuar con personas de su misma condición social. En general, los estudios empíricos ponen de manifiesto que las personas establecen sus relaciones familiares y sus amistades en el círculo relativamente estrecho de quienes pertenecen a su mismo status(para un análisis, ver Brown, 1972, págs. 131-139). Edward O. Laumann (1966) entrevistó a una muestra estratificada de 422 hombres de raza blanca de Cambridge y Belmont (Massachusetts, Estados Unidos) y halló que, aunque las personas tienden a indicar su vinculación con individuos de un nivel socioeconómico superior (distancia social subjetiva), en la vida real (distancia social objetiva) se vinculan con personas de su mismo nivel ocupacional. Así, según Laumann, mientras las preferencias subjetivas reflejan la ideología norteamericana sobre la estratificación social (pág. 87), la realidad objetiva es menos igualitaria, sobre todo en los extremos de la distribución jerárquica. Laumann, que utiliza un modelo de sistemas, llega a la conclusión de que su estudio no le permite concluir que existan clases sociales en el sentido de grupos bien definidos, con una clara identidad común, pero que sí parece haber clases en el sentido de estructuras latentes (latentes en cuanto no conscientes para la mayoría de la población) más diferenciadas (pág. 143).

Uno de los estudios contemporáneos más característicos sobre el influjo de la estructura social en el psiquismo de las personas a partir de las condiciones situacionales objetivas lo constituye el análisis sobre modernismo de Alex Inkeles (1960, 1969; Inkeles y Smith, 1974). Según Inkeles,

sociedades e instituciones con estructuras similares tienden a inducir estructuras o regularidades psíquicas comunes en la personalidad de sus miembros. Estas regularidad psíquicas comunes serían producidas por la situación del individuo en una determinada posición de la estructura social (entendida como el conjunto de relaciones sociales al interior de un sistema social), y configurarían el síndrome del individuo moderno: abierto a la novedad, independiente respecto a la autoridad tradicional, lleno de confianza en la ciencia y con una fuerte ambición y deseo de superación. Inkeles dirigió un estudio sobre seis sociedades "en desarrollo" (Argentina, Paquistán del Este, hoy llamado Bangladesh, Chile, India, Israel y Nigeria) y encontró grandes semejanzas en la personalidad de las personas sometidas al influjo de las fuerzas modernizantes, como el trabajo en la fábrica, la escolaridad o los medios de comunicación masiva. Inkeles subrayó que este parecido no se debía tanto a un cambio cultural de ideas o valores, cuanto a que las mismas estructuras sociales obligaban a las personas a ver el mundo y a actuar de manera semejante. El influjo de las estructuras sociales es así conceptualizado primordialmente por Inkeles como un influjo situacional. Sin embargo, es importante indicar que Inkeles no asume el esquema de clases sociales; más aún, su distinción entre los aspectos "culturales" y "estructurales" de una sociedad no es del todo clara.

Un estudio de la ciudad de San Salvador podría mostrar la diferenciación ecológica, de orden espacial y temporal, que separa a los diversos grupos sociales. En términos generales, se puede decir que la ciudad se encuentra dividida en dos grandes zonas: la nororiental, propia de los sectores más populares, y la suroccidental, propia de los sectores más burgueses. Existe una zona intermedia, de tránsito y comercio, utilizada por ambos sectores sociales. Evidentemente, esta división ecológica de San Salvador tiene que ser matizada en muchos respectos; sin embargo, parece claro que los sectores poblacionales organizan su vida en el contexto de su respectiva zona, lo que en buena medida determina sus relaciones, su marco de referencia y las posibilidades objetivas abiertas a su quehacer. Sólo así se entienden juicios aparentemente dispares de los capitalinos salvadoreños sobre una misma circunstancia, cuando los unos afirman que "todo el mundo estaba en la calle" o que "había una gran tranquilidad", mientras otros indican que "las calles estaban desiertas" o "existía una gran agitación". Casi todas las ciudades modernas y ciertamente las ciudades latinoamericanas presentan una división zonal más o menos clasista, similar a la de San Salvador. En la medida en que se produce este fenómeno, el marco urbano está ya generando situaciones diferentes que condicionan las posibilidades ofrecidas al quehacer de los miembros de los diversos grupos.

A pesar de que el análisis del influjo de la clase social en el psiquismo de las personas como una variable situacional ofrece resultados interesantes, en conjunto constituye un enfoque insatisfactorio. Teóricamente, abstrae a la persona de la clase social, como si una y otra pudieran ser concebidas independientemente. Por otro lado, al utilizar los indicadores sociales como índices de la clase social, se puede llegar a confusiones importantes. Así, por ejemplo, ciertos profesionales o ciertos técnicos pueden obtener en un momento dado ingresos mayores que un te-

rrateniente, sin que ello altere de por sí su pertenencia objetiva de clases. Segundo Montes (1979, pág. 317) ha señalado cómo en El Salvador los sectores medios tienden a adquirir una educación escolar más elevada que la de los sectores de la oligarquía y la alta burguesía, lo que les permite buscar por medio de la ocupación laboral un status (status logrado) que la "clase alta" recibe como herencia familiar (status asignado). Así, pues, los indicadores sociales pueden poner de manifiesto la estratificación ocupacional más que la división de clases, lo que resulta particularmente confuso referido a los "sectores medios".

Por otro lado, el enfoque situacional-ecológico tiende a quedarse en la formalidad de la interacción social, con el peligro de dejar de lado el producto de las acciones sociales. Habría que distinguir relaciones funcionales y relaciones estructurales de modo similar a como se ha distinguido entre grupos funcionales y grupos estructurales. La diferencia esencial no depende tanto de con quién se relaciona uno, cuanto en el sentido y en el producto de la interacción. Una señora puede relacionarse intensamente con su sirvienta, pero esa interacción no niega, sino que afirma y confirma la diferencia estructural existente. Lo mismo se diga de una buena cantidad de relaciones cotidianas, como la del jefe con su secretaria (relación que puede incluso convertirse en amistad y hasta en amorío), la del terrateniente con su capataz o la del dirigente político con su chofer.

Todas éstas son relaciones funcionales, pero que expresan y fortalecen la distancia estructural de clase. Por supuesto que la amistad íntima o el establecimiento de vínculos familiares son interacciones de orden distinto que las

relaciones laborales o comerciales, pero ello mismo subraya la necesidad de no quedarse a nivel de la interacción social, sino de examinar su sentido estructural y el producto último de esa interacción.

En el fondo de este enfoque late una concepción estática de clase social, cuando no un reduccionismo más o menos explícito del concepto de clase al concepto de estrato social.

Lo que se busca con los indicadores y con la estructura de interacciones son los bordes o límites de las clases, la frontera que separa las relaciones entre miembros de una misma clase y las interacciones entre miembros de distintas clases, como si las clases fuesen totalidades fijas, perfectamente definidas, y no realidades históricas que se constituyen dialécticamente en su confrontación.

2.4. La clase como una variable estructural.

Una última forma de concebir el influjo de la clase social en el psiquismo de las personas es conceptualizándola como una variable estructural. El supuesto, entonces, es que la clase social es un aspecto o elemento que influye a la totalidad de la realidad humana y, por consiguiente, que determina el sentido de todo quehacer humano, aunque obviamente no todo el sentido del quehacer de las personas. En términos más simples, la clase social afectaría al individuo en su personalidad y en su medio, en su circunstancia y en la estructura de sus relaciones sociales. Cada clase social es vista así como un "mundo" de fuerzas y de significaciones peculiares, lo que no quita para que puedan existir elementos comunes a diversos "mundos".

El método para estudiar el influjo de la clase social sobre el psiquismo como variable estructural debe ser el histórico, que requiere el conocimiento tanto de los elementos objetivos de la situación como de los elementos subjetivos de la percepción y vivencia de las personas a fin de lograr el sentido de la totalidad. No hace todavía mucho, Kenneth J. Gergen (1973) causó un gran revuelo en el ámbito de la psicología social con su afirmación de que las teorías sobre el comportamiento social eran fundamentalmente reflejos de las realidades históricas de cada momento y, por consiguiente, más que buscar leyes generales sobre lo que en buena medida es irrepetible, deberían intentar hacer inteligibles los diversos fenómenos sociales, clarificar el sentido de las experiencias históricas (ver, también, Gergen, 1978, 1980). Captar el sentido de los procesos psicosociales es captar su totalidad; por ello, si el influjo de la clase social es enfocado estructuralmente, hay que seguir la evolución concreta de las acciones sociales en su vertiente objetiva y subjetiva. Se trata de examinar cómo la clase social va condicionando históricamente el quehacer de las personas, tanto configurando su personalidad como determinando el marco y las posibilidades objetivas para su acción.

2.4.1. Un planteamiento deficiente: la personalidad de base.

Uno de los planteamientos más tradicionales para examinar el influjo de las estructuras sociales en el psiquismo de las personas es el enfoque de "la cultura y la personalidad". La idea fundamental consiste en que la sociedad constituye un molde común donde se forjan sus miembros y, por consiguiente, los miembros de cada sociedad llevan su sello

característico, tienen un "carácter nacional", distinto al de cualquier otra sociedad (ver Recuadro 7).

La teoría de la personalidad de base fue propuesta por Abraham Kardiner en 1939. Kardiner intentaba realizar una síntesis de la idea psicoanalítica de que la personalidad del individuo se va formando en los primeros años de la infancia, en su interacción al interior de la estructura familiar, con la idea antropológica de que cada sociedad tiene su propia cultura, que configura un universo de significaciones peculiares. Para Kardiner, el yo individual es el resultado de la confluencia entre individuo y cultura: la cultura propia de cada sociedad, principalmente a través de sus instituciones primarias (sobre todo las prácticas de crianza), ejerce un control sobre las exigencias del individuo, obligándole a desarrollar las formas adecuadas de comportamiento que le permitan adaptarse a la sociedad en que vive. Este proceso de configuración individual o socialización tiene lugar en los primeros años de la vida humana y da como resultado la formación de la "personalidad de base", es decir, el conjunto de comportamientos "medios" en una sociedad y, por consiguiente, el modo de comportarse adaptado a la peculiar cultura de cada organización social. La personalidad de base en precisamente aquella "base" o elementos básicos de la personalidad, comunes a todos los miembros de una cultura, elementos requeridos por la sociedad para su propia supervivencia. Como dice Mikel Dufrenne (1959, pág. 15), la personalidad de base constituye la matriz dentro de la cual se desarrollan los rasgos de carácter y los individuos bordan sus variantes singulares.

RECUADRO 7

CARACTER NACIONAL

Pues fíjese que el gringo dice que al pueblo le han envenenado el alma. Le han lavado el cerebro. Esto es algo científico, pero por estos lados por ser países atrasados no lo entendemos. No es que seamos majes sino que somos un país de analfabetas, como quien dice brutos; bueno, porque ya nacimos haraganes. Tuvimos la mala suerte de ser conquistados por españoles que eran nada más que grandes bebedores, mientras que allá arriba, en el norte, llegaron los ingleses que son grandes trabajadores. Además los ingleses acabaron con los indios mientras que los españoles no. Ese fue el gran error. Porque usted sabe, y no es por hablar mal de la raza de uno, pero los indios somos huevones, todo queremos que nos caiga del cielo. Somos muy conformistas, mire yo, pues, si no hubiera tenido el valor de irme a la ciudad estaría como usted, no es por ofenderlo compradre, pero estaría viviendo coyol quebrado coyol comido y además coyoles de mierda, pues esto que ustedes comen no puede llamarse comida; fíjese pues que por ejemplo en Estados Unidos el maíz sólo es para los chanchos y los caballos, y pensar que nosotros aquí nos conformamos con solamente comer tortilla con sal.

Manlio Argueta, Un día en la vida.

Para Dufrenne, la personalidad de base es al mismo tiempo una realidad psicológica y una realidad moral, ya que el individuo llega a desear y proponerse como tarea aquel comportamiento medio que es norma social y requisito para la supervivencia de la sociedad. En este sentido, "la sociedad sólo puede durar si no es demasiado exigente, si no violenta demasiado al individuo" (Dufrenne, 1959, pág. 180).

Esta última afirmación nos da una muestra de lo equívoco de este planteamiento culturalista sobre el influjo de lo social en lo psíquico ya que, en definitiva, culmina en una especie de biologismo. Porque, ¿cuál sería el índice o criterio que señalaría cuándo una sociedad es demasiado exigente y cuánto no? ¿Qué es lo que indicaría ese "demasiado" de violencia? Obviamente, no lo social, que sería lo aceptado o rechazado . Por tanto, lo biológico. Así, lo biológico se constituiría en norma final de aquello que la personalidad humana puede ser o puede no ser. Ahora bien, un breve repaso a la historia de las sociedades contemporáneas muestra palmariamente lo erróneo de este planteamiento. Países como los latinoamericanos ven perpetuarse generación tras generación de regímenes opresivos, que prolongan un orden social en el que el comportamiento "medio" exigido a las mayoría para su adaptación no logra dar respuesta a sus necesidades más fundamentales. Las personas a veces se resignan a esta situación y a veces se rebelan. Pero el poder social se encarga de mantener la rebeldía a raya y prolongar históricamente situaciones de grave opresión. Ciertamente, la sociedad hace grave violencia al individuo y no por ello desaparece. Con razón entonces señala Sève (1973, pág. 225) que "admitir la noción de personalidad básica es aceptar que se conciba la sociedad como simple medio, como

ambiente portador de pautas culturales generales, a las que el individuo, así definido en forma previa y por lo tanto naturalizado, se opone desde afuera".

Si se toma este enfoque como la manera de examinar el influjo de las clases sociales en el psiquismo de las personas, ciertamente se está asumiendo un modelo estructural, ya que se acepta que lo social configura la matriz o base que va a influir al todo de la personalidad humana y su quehacer concreto. Sin embargo, el hecho mismo de hablar de comportamiento "medio", propio de una sociedad, que se plantearía como exigencia moral al individuo, denota un supuesto básico de este enfoque. Si se presume la existencia de un comportamiento medio es porque se asume que hay una misma normatividad, común a toda una sociedad. Se prescinde así de los diversos grupos o sectores que constituyen la sociedad e incluso de los influjos exógenos. El supuesto es el de una sociedad unitaria y homogénea y, en ese sentido, un todo estático y "cerrado", previo a la realidad de los individuos. Esta es la razón de que este planteamiento no hable del influjo de una clase ni de un grupo, sino del influjo de una "cultura". La imagen ofrecida es la de una sociedad "sobreintegrada" a la que corresponde un individuo "sobresocializado" (Wrong, 1961). La Figura 2 ofrece un esquema del paradigma teórico de "la cultura y la personalidad", que incluye los elementos comunes a los diversos modelos así como algunos elementos no comunes pero de importancia teórica.

Más allá del aparente atractivo que para el sentido común puede tener el hablar de una personalidad de base salvadoreña, norteamericana o japonesa, este enfoque diluye el influjo de lo social precisamente por partir de una concep-

ción idealista de la realidad social e ignorar que los determinismos sociales más profundos en la configuración de las personas ni son los mismos ni operan de la misma manera para los diversos miembros de una sociedad. Así, puede haber más semejanza "básica" entre un burgués de San Salvador y uno de Miami que entre ese burgués de la capital salvadoreña y un campesino de Chalatenango.

Una variante importante del enfoque de "la cultura y la personalidad" lo constituye la teoría del carácter social. Este enfoque fue inicialmente desarrollado por Wilhelm Reich (1933/1965) al intentar una síntesis de psicoanálisis con marxismo y ulteriormente ha sido proseguido por algunos autores de la escuela de Frankfurt, principalmente por Erich Fromm (1941/1964, 1947/1957). En lugar de asumir la visión de la antropología cultural sobre la sociedad, Fromm parte de la visión marxista de clases sociales. Desde esa perspectiva, el psiquismo de las personas no sería condicionado por lo social en una forma global, sino a través de las formas históricas concretas que en cada sociedad adquieren los diversos grupos. El impacto social en lo personal se realiza a través de la socialización que va conformando el carácter y cuyas vicisitudes Fromm analiza con el esquema psicoanalítico. Para Fromm, el carácter es la estructura individual en la que se hacen concretas las exigencias sociales, "la necesidad social transformada en motivación psíquica" (Fromm, 1971, pág. 71). El carácter constituye la forma relativa permanente como la persona se relaciona con el mundo exterior, y representa el sustituto humano del aparato instintivo animal (Fromm, 1941/1964).

FIGURA 2

PARADIGMA TEORICO DE LOS ANALISIS SOBRE "CULTURA Y PERSONALIDAD" O SOBRE "CARACTER NACIONAL"

Ecología o ambiente

Sistemas de mentenimiento (por ej., economía, estructura social, cultura

Otras experiencias de socialización infantil y adulta (por ej., escuelas, socialización ocupacional)

Prácticas de crianza infantil

Necesidades biológicas, pulsiones y capacidades.

Personalidad infantil

Conducta infantil, productos culturales (por ej. juegos, diversiones, fantasías)

Personalidad adulta

Conducta adulta y productos culturales (por ej., trabajo, recreación, desviación, religión, leyendas populares, etc.)

Adaptado de House, 1981, pág. 533.

El enfoque de Fromm del carácter social parece eludir en un primer momento las críticas hechas al enfoque de la personalidad de base. Sin embargo, a la hora del análisis concreto la dialéctica histórica de clases adquiere fuertes tintes culturalistas y, en la síntesis entre psicoanálisis y marxismo, el individualismo psicoanalítico acaba por diluir el realismo social marxista, con lo que las relaciones interpersonales a nivel familiar pasan a ser más significativas que las relaciones integrupales a nivel de clase para la configuración del carácter social.

2.4.2. La perspectiva dialéctica.

La forma más satisfactoria de examinar el influjo de las clases sociales en el psiquismo humano como variable estructural consiste en aplicar el enfoque dialéctico. Desde esta perspectiva, y según la sexta tesis de Marx sobre Feuerbach, ya mencionada en el capítulo anterior, "la esencia humana no es una abstracción inherente al individuo aislado. En su realidad es el conjunto de las relaciones sociales" (Marx 1845/1974, pág. 667). La esencia humana no se encuentra, por consiguiente, en la individualidad heredada genéticamente, sino que se encuentra en las relaciones que configuran al individuo como persona humana. De este modo, aunque la realidad psicológica sólo adquiere concreción en los individuos, su origen está en la estructura social. Al definir el tipo de relaciones sociales que se producen en cada caso, la clase social define también las posibilidades concretas de humanización y las formas concretas que pueden adquirir las personas en un determinado contexto social. Ahora bien, las relaciones sociales no denotan simplemente la existencia de clases, sino que expresan la forma concreta que la dialéctica de clases presenta en cada sociedad (los diver

sos modos y formas de producción que ofrece cada formación social concreta) y aun las diversas vicisitudes y coyunturas de los procesos sociales. De ahí que no baste con referirse a las clases sociales, sino que sea necesario ver las formas concretas a nivel situacional y aun coyuntural (Dos Santos, 1974) para entender su impacto estructurador en el psiquismo humano.

En lo que respecta al origen de cada persona, la determinación clasista tiene lugar primordialmente a través del proceso de socialización. Ahora bien, este proceso psicosocial debe entenderse cómo algo mucho más profundo y configurador que la interiorización de normas y valores El proceso de socialización, en cuanto influjo moldeador de las estructuras sociales de clase en la personalidad humana, abarca tres aspectos:

(a) la determinación objetiva del contexto de la persona: el individuo es ubicado en una sociedad, en un grupo social, en una situación concreta, con unas posibilidades materiales y sociales bien definidas;
(b) la formación histórica de las necesidades personales según la actividad propiciada, estimulada y exigida por las relaciones sociales, necesidades que se expresan en un determinado estilo de vida;
(c) la transmisión de un marco de referencia ideológico de normas y valores asumido psicológicamente como actitudes ante las diversas realidades. Este marco ideológico sirve de justificación a las necesidades personales y a los intereses de la propia clase que en ellas encuentran asiento.

En el próximo capítulo desarrollaremos ampliamente este enfoque dialéctico. Pero es importante insistir que el análisis del influjo de la clase social en cuanto variable estructural debe seguir las vicisitudes históricas de los procesos psicosociales en cada situación concreta, sin que el uso de un mismo término como "clase social" permita presuponer una identificación de la realidad social significada en cada caso.

2.5. Psicología de clase.

El análisis empírico del comportamiento de los miembros de una determinada clase social lleva a la comprobación de formas generalizadas y características de actuar. Así, por ejemplo, es muy posible que un análisis sobre el comportamiento psicosexual del obrero salvadoreño llegue a la verificación de que en él se dan ciertos rasgos comportamentales machistas más notorios que en los miembros de los sectores burgueses o pequeño burgueses. Si no se analiza el sentido estructural de ese "síndrome machista" en la situación concreta del proletariado salvadoreño, se puede llegar a la conclusión de que "el machismo es una característica del proletariado", como si esta clase social asumiera históricamente el machismo como una forma propia de expresar su realidad y sus intereses de clase. Este tipo de conclusión comete el mismo error que el llamado análisis sobre la "cultura de la pobreza" (Valentine, 1972), que atribuye a las personas o al grupo la causa de sus propios males (Ryan, 1976). Aunque fuera cierto que el machismo caracteriza al obrero salvadoreño actualmente, lo único que eso significaría es que el comportamiento machista es propio de su actual psico

logía de clase, pero no que el machismo sea producido por las exigencias de sus intereses de clase.

La psicología de clase consiste en aquellas formas de pensar, sentir, querer y actuar propias de los individuos que pertencen a las diversas clases sociales históricas. La psicología de clase es un producto histórico constituído por formas empíricas que dependen de la situación en que se encuentra una clase en un determinado momento y que, por tanto, pueden manifestar o no, según los casos, los intereses de esa clase social.

Que la psicología de una clase exprese realmente sus intereses depende en gran medida de la conciencia de clase de sus miembros. Aquí es donde las metodologías subjetivas pueden resultar engañosas porque la conciencia de un individuo perteneciente a cualquier clase social no es por lo mismo conciencia de esa clase, aun cuando el individuo expresamente la refiera a ella. La conciencia individual es primero y ante todo una conciencia psicológica hecha posible en un individuo de una clase social a partir de los condicionamientos de esa clase en una determinada formación social. Así, por ejemplo, que un grupo de campesinos del Departamento de Ahuachapán (El Salvador) opine en octubre de 1981 que sería mejor que el país volviera a la situación anterior no es necesariamente una conciencia de clase campesina, aunque sí es un factor psicológico propio de un grupo campesino en medio de la guerra civil que asola a El Salvador en 1981 y que ha resultado particularmente costosa para el campesinado. Que el obrero capitalino actúe en forma machista no quiere decir que el machismo exprese los intereses del proletariado salvadoreño, pero sí que el machismo es

parte de la psicología del proletario urbano salvadoreño en una formación social donde el capitalismo más explotador se mezcla a formas de dominación social cuasifeudales.

La psicología de los individuos puede corresponder a interesee inmediatos de grupos funcionales que no se identifican con su clase social, pero que pueden ocupar su conciencia con sus exigencias concretas en una determinada situación. De este modo, la psicología de clase de una persona y aun de un grupo puede presentar contradicciones entre los intereses inmediatos que ocupan el campo de su conciencia, y los intereses objetivos de su clase social. Por lo general, en los momentos de relativa estabilidad social, la psicología de clase suele deformar la visión de las clases oprimidas tienen sobre sus intereses de clases, que confunden con ganancias o beneficios inmediatos suministrados por el sistema. Por el contrario, en momentos de crisis, cuando un determinado orden social entra en cuestión o se desmorona, las personas y grupos tienden a percibir con más claridad los intereses objetivos de su clase social, con lo que psicología y conciencia de clase tienden a confluir.

Cuando un psicólogo analiza la psicología de los individuos, el material con que se encuentra es la psicología de clases. El análisis de los datos empíricos puede mostrar, por ejemplo, que el obrero salvadoreño suele ser fuertemente machista. Ahora bien, la psicología de clase puede o no corresponder a los intereses de la clase social a la que pertenecen las personas analizadas, puede coincidir o no con la conciencia de clase. La pertenencia a una u otra clase es un dato objetivo que no depende de determinismos psicológicos. El análisis de lo que piensa y siente una persona no nos lleva por lo mismo a sus raíces de clase.

La relación entre pertenencia objetiva a una clase y psicología de clase puede mostrar una importante dimensión social en la existencia de las personas: su grado de autenticidad o su grado de alienación. En este punto es esencial un análisis psicosocial que muestre el carácter ideológico de la psicología de clase, es decir, que examine en qué medida la psicología de clase de una determinada persona o grupo expresa la realidad o intereses de su propia clase social o está mediatizada a los intereses de otra clase (la dominante), con todas las contradicciones que ello puede entrañar en la vida de esa persona o grupo. En la medida en que la ideología mantenida por una persona exprese una distancia entre sus rasgos psicológicos y su pertenencia a una clase social, entre sus necesidades y los intereses objetivos de esa clase, de los que es estructuralmente inconsciente, en esa misma medida se está determinando su grado de alienación social.

El concepto de alienación tiene una larga tradición filosófica, y expresa uno de esos fenómenos donde lo social necesariamente echa raíces en los psicológico y viceversa (según el punto de vista adoptado). Para Marx, la alienación es el estado que el capitalismo produce en el ser humano al despojarle del producto de su trabajo, reificar sus relaciones interpersonales y ocultar las raíces de su realidad histórica, desintegrando así su esencia humana (ver Ollman, 1976). Actualmente, el concepto de alienación es empleado con sentido diferente en psicología y en sociología, lo que se presta a lamentables confusiones.

Melvin Seeman ha sido uno de los psicólogos sociales que más ha tratado de estudiar el fenómeno de la alienación. En un primer momento, Seeman (1959) identificó cinco posibles significados de la alienación: (1) la impotencia, consistente en el sentimiento acerca de la falta de control sobre los hechos; (2) la insignificancia, que es la falta de comprensión sobre los sucesos personales y sociales; (3) la carencia de normas, consistente en la creencia de que hay que usar medios socialmente rechazados para conseguir los objetivos socialmente deseables; (4) el aislamiento axiológico (más tarde llamado extrañamiento cultural), que es el rechazo por parte del individuo de los valores comúnmente aceptados en su sociedad; y (5) el extrañamiento respecto a sí mismo, consistente en que el individuo se dedica a actividades que no se acoplan a sus ideales y aspiraciones personales. Años después, Seeman (1972, 1975) añadió una sexta categoría: (6) el aislamiento social, consistente en el sentimiento de ser rechazado por la sociedad.

Como se puede ver, los sentidos incorporados por Seeman al concepto de alienación incluyen tanto algunas ideas de Marx, como el concepto de anomia de Durkheim, recibido en la versión de Merton, y otros aspectos de autores menos significativos. Es importante subrayar que se trata de un análisis fundamentalmente psicológico, ya que asume la perspectiva del fenómeno desde su vertiente individual. Así, por ejemplo, la impotencia no es vista como el despojo objetivo de poder social de una clase social por otra, sino como el sentimiento individual de que es imposible controlar los sucesos, visión muy cercana al control interno-externo de los refuerzos de Julian B. Rotter (1966). Seeman aplica su análisis de la alienación en el contexto de lo que llama

una teoría sobre la sociedad de masas, que supone que ciertas tendencias estructurales de la sociedad contemporánea desencadenan determinados tipos de comportamiento precisamente porque producen alguna forma de alienación en las personas. La alienación es considerada en este esquema como una variable intermedia entre los factores de la estructura social y en comportamiento de los individuos. Seeman (1972, pág. 469) sintetiza en el siguiente cuadro sumario esta visión (ver Cuadro 3).

La concepción sociológica de la alienación se sitúa a un nivel diferente. Para Alain Touraine, por ejemplo, la alienación es parte del conjunto de relaciones de clase que se da en un sistema social: "la alienación es la adopción por la clase dominada de orientaciones y de prácticas sociales y culturales determinadas por los intereses de la clase superior que enmascaran las relaciones de clases, planteando la existencia de una situación social y cultural reconocida como el campo común a todos los actores y definible sin recurrir a las relaciones de dominación. La alienación es la negación de la dominación. Es la participación dependiente" (Touraine, 1973, pág. 62). El carácter objetivo, más que el subjetivo, de la alienación es fuertemente subrayado por Touraine, quien afirma que la alienación "no es la conciencia de privaciones, sino la privación de conciencia" (1977, pág. 169).

La psicología de clase, que es precisamente el dato inmediato que el psicólogo encuentra al examinar a las personas, puede expresar precisamente la alienación tal como la define Touraine: las clases dominadas asumen como propios los intereses y valores de la clase dominante, sin que ello se traduzca necesariamente en una conciencia subjetiva de impo

CUADRO 3

EL MODELO DE LA SOCIEDAD DE MASAS

Tendencias estructurales contemporáneas	Formas de alienación	Consecuencias comportamentales
1. Del parentesco a la impersonalidad.	1. Impotencia	1. Pasividad política (por ej., no votando).
2. De las formas tradicionales a las racionales.	2. Insignificancia.	2. Huelgas salvajes.
3. De la homogeneidad a la heterogeneidad.	3. Carencia de normas.	3. Movimientos de masa.
4. De la estabilidad a la movilidad.	4. Aislamiento axiológico. (extrañamiento cultural).	4. Prejuicios étnicos.
5. Masificación (crecimiento de la escala).	5. Extrañamiento de sí mismo.	5. Desorden mental.
	6. Aislamiento social.	6. Ausentismo escolar.
		7. Bajo nivel de información.
		8. Suicidio.

El cuadro asume que los factores estructurales producen el desarrollo de una o más formas de alienación, que llevan a alguna de las consecuencias comportamentales. Sin embargo, el cuadro no pretende indicar una relación entre los numerales de las tres columnas (es decir, que la impotencia esté ligada necesariamente a la impersonalidad y a la pasividad política).

(Adaptado de Seeman, 1972, pág. 469).

tencia o de insignificancia. Más aún, la alienación tal como la presenta Touraine supone la aceptación de los valores dominantes, lo que sería una característica contraria al extrañamiento cultural señalado por Seeman. Alguien puede considerarse integrado a la sociedad, puede sentirse plenamente identificado con sus valores, y en ello estar mostrando precisamente su alienación. El espectáculo de un consumismo voraz de objetos superfluos por parte de sectores sociales dominados, no puede menos de conceder razón, a nivel de observación preliminar, al planteamiento de Touraine.

En un estudio acerca de las aspiraciones del pequeño burgués salvadoreño (Martín-Baró, 1981), se encuestó a una muestra representativa de 1114 personas de los "sectores medios" del área metropolitana de San Salvador, definidos en términos socioeconómicos. Los resultados muestran que los sectores más diversos de la pequeña burguesía metropolitana aspiran a lograr un estilo de vida que objetivamente el país no puede satisfacer. Así, por ejemplo, el 94% de estos sectores siente que necesita disponer de teléfono y el 83.5% aspira a poseer un carro propio, aspiraciones que obviamente la mayoría de estos sectores verá frustradas en su vida (ver Tabla 2). La elevada necesidad de objetos que indican estos datos corresponde a una falsa conciencia de que es posible, mediante el esfuerzo, lograr esas aspiraciones que objetivamente definen el estilo de vida propio de la alta burguesía salvadoreña. Más aún, los resultados de la encuesta indican que cuanto más identificada se encuentra una persona con esas aspiraciones de consumo suntuario, más tiende a aceptar como algo natural una concepción discriminatoria de la sociedad, que destribuya desigualmente sus beneficios.

TABLA 2

NECESIDAD SENTIDA DE OBJETOS
POR LOS SECTORES MEDIOS DE SAN SALVADOR
(En porcentajes)

OBJETOS	NECESIDAD Nada	Poco	Bastante	Muy	N Total
Aire acondicionado	34.4	50.8	11.8	3.0	1097
Batidora	20.6	38.8	28.3	12.3	1099
Carro	3.5	13.0	41.1	42.4	1111
Grabadora	20.6	48.7	22.0	8.7	1099
Lavadora eléctrica	31.8	40.1	20.6	7.5	1105
Radio	1.0	14.6	41.8	42.6	1109
Refrigeradora	0.8	5.4	30.2	63.6	1110
Reloj	1.6	12.5	37.7	48.2	1111
Teléfono	1.0	5.0	28.0	66.0	1108
Televisión	4.4	24.5	39.5	31.6	1110
Tocadiscos	18.2	49.0	22.1	10.7	1097
Porcentaje promedio	12.5	27.5	29.4	30.6	

Fuente: Martín-Baró, 1981, pág. 780.

El nivel de aspiraciones de la pequeña burguesía metropolitana salvadoreña es un ejemplo de un sector social cuyos rasgos psicológicos se apartan de sus intereses objetivos de clase para asumir como propios los valores y principios de la clase dominante, lo que los va a mantener uncidos al carro de una estructura y un orden social que los manipula y explota en beneficio ajeno. La alienación es entendida, así, como impotencia e insatisfacción objetivas, como carencia y despojo real, pero unidos a una falsa conciencia de que esa situación no es sino una fase transitoria, dentro de un proceso de ascenso social que corresponde al desarrollo natural de la persona.

Es importante señalar aquí que cada grupo y las personas que lo forman tienen un máximo de conciencia posible respecto a la realidad y a los procesos sociales. Ningún grupo puede lograr una conciencia mayor sobre los procesos sociales y sobre sus propias raíces que aquella que le permite su particular perspectiva social, sus particulares condicionamientos históricos y, sobre todo, aquella conciencia que es compatible con su propia subsistencia como grupo. Se da socialmente un fenómeno análogo al que descubrió Freud en los individuos y los psicólogos tienden a conceder mucha importancia, según el cual el individuo reprime (rechaza al inconsciente) u "olvida" aquellos pensamientos y recuerdos que le generan un estado de angustia intolerable. Esto no quiere decir que los grupos y las personas siempre tengan el máximo de conciencia social que es posible en sus circunstancias particulares y por eso frecuentemente es posible un progreso en la conciencia social compatible con el sistema social imperante. Ahora bien, hay momentos en que

la conciencia social sólo puede progresar mediante alguna forma de cambio social, lo que supone algún tipo de transformación del propio grupo. En este sentido, una crisis social abre una brecha en la estructura ideológica dominante por donde puede avanzar la conciencia de clase de los grupos oprimidos. En esos momentos, como se dijo más arriba, psicología de clase y conciencia de clase tienden a confluir.

Paulo Freire (1970) ha propuesto una tipología psicosocial que muestra bien el carácter enajenado de los rasgos psicológicos fundamentales de las personas en las sociedades capitalistas latinoamericanas. El Cuadro 4 presenta una visión sintetizada de esta tipología, contraponiendo las características de opresor y oprimido. Para entender adecuadamente la tipología de Freire, conviene tener presentes tres observaciones.

En primer lugar, el análisis de Freire utiliza el método dialéctico. Esto significa, ante todo, que hay que ubicar todas sus afirmaciones en el contexto concreto de las sociedades latinoamericanas contemporáneas; pero significa, también, que así como las clases sociales sólo existen en su contraposición, en su lucha histórica, el opresor y el oprimido sólo existen en su mutua referencia, en su confrontación concreta. Opresor y oprimido se generan mutuamente en su negación respectiva, aunque sea el opresor quien instaura históricamente la situación de opresión.

En segundo lugar, la tipología de Freire es una tipología de clases sociales. Es, ante todo, una tipología ya que presenta dos "tipos ideales" (Weber), como caracterizaciones puras de maneras de ser y de actuar que se dan en la

CUADRO 4

UNA TIPOLOGIA DE CLASE

OPRESOR		OPRIMIDO	
Características	Percepción	Características	Percepción
Instaura situación de violencia (Gestor de la historia).	Todo lo es debido por naturaleza. (Dueño del mundo).	Sufre situación de violencia. (Objeto de la historia).	Todo le es negado por naturaleza. (Fatalismo).
Se cree hombre por excelencia.	No oprimir es ser oprimido.	Dualidad existencial.	No ser oprimido es oprimir.
Ser hombre es ser como él.	(Concepto burgués de libertad).	Ser hombre es ser como el opresor.	(Concepto burgués de liberación).
(Superioridad ontológica).	Sus intereses como criterio y medida del todo.	(Inferioridad ontológica).	El opresor como criterio y medida del todo.
Conciencia posesiva (ser es tener).	Todo se puede comprar y vender. (El es el sujeto del mercado).	Conciencia dependiente (ser es ser tenido).	Autodevaluación. (El es un objeto en el mercado).

Adaptado de P. Freire, 1970, págs. 37-72.

realidad concreta. Pero es además una tipología de clases que, como tal, corresponde a las dos clases sociales fundamentales que engendra en los países de América Latina el modo de producción capitalista, dominante en la actualidad. Es importante tener en cuenta este carácter tipológico del planteamiento de Freire, ya que sería un error absolutizar psicológicamente esta tipología, como si el tipo del opresor y del oprimido fueran reales fuera de la historia y de las relaciones sociales concretas que engendran opresores y oprimidos en las sociedades latinoamericanas.

La tercera observación está vinculada con la segunda. En la situación actual de los países latinoamericanos, hay una cierta superposición de modos de producción, lo que origina, a nivel de formación social, la existencia de diversas clases sociales. En otras palabras, no cabe esperar que en los países latinoamericanos se pueda encontrar una forma social "pura", una perfecta dualidad de clases (burguesía y proletariado), como si existiese un único modo de producción. A nivel psicológico, esto quiere decir que una tipología como la de Freire tiene que ser contrapuesta a la complejidad de cada formación social, lo que en buena medida ya es señalado por Freire cuando indica, por ejemplo, la unión de opresor y oprimido en una misma persona, o la identificación del oprimido con la psicología del opresor.

El mismo Freire ha propuesto la concientización como una forma de propiciar la desalienación de las personas y el cambio social. Concretamente, Freire (1971) diseñó un método de alfabetización con el que las personas y los grupos aprendían a leer y escribir al mismo tiempo que aprendían a "decir su palabra" social, lo que suponía la toma de concien-

cia o concientización sobre las raíces de su situación de opresión. La experiencia histórica ha mostrado que la concientización podía despertar en el oprimido una conciencia de su dignidad y de sus derechos históricos sin facilitarle, al mismo tiempo, las formas prácticas de su liberación. Freire fue progresivamente comprendiendo que la liberación histórica de la opresión exigía formas de organización y praxis política capaces de cambiar las estructuras básicas de la organización social explotadora. El proceso de concientización supone el paso de la alienación a la identidad social, es decir, el paso de una conciencia presentista, cuyo único horizonte es la satisfacción individual de las necesidades inmediatas, a una conciencia de clase, orientada a la formación y satisfacción de necesidades sociales que respondan a los intereses de toda la comunidad social (lo que sólo es posible orientándose por los intereses fundamentales de los oprimidos, de los "condenados de la tierra"). Y este paso exige no un simple cambio de valores o aspiraciones, sino primero y fundamentalmente una actividad organizada, grupal, que haga posible las necesarias transformaciones de las estructuras sociales objetivas.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Adorno, T. W., Frenkel-Brunswik, Else, Levinson, Daniel J. y Sanford, R. Nivett, La personalidad autoritaria. (Traducción de D. y Aída Cymbler.) Buenos Aires: Proyección, 1965. (Originalmente publicada en 1950.)

Allport, Floyd H. [Psicología social.] Boston: Houghton Mifflin, 1924.

Allport, Gordon W. [El transfondo histórico de la moderna psicología social.] En G. Lindzey y E. Aronson (Comps.), [Manual de psicología social.] 2a. edición. Volumen I. Reading, Mass.: Addison-Wesley, 1968.

Althusser, Louis, La revolución teórica de Marx. (Traducción de M. Harnecker.) México: Siglo XXI, 1968.

Argueta, Manlio, Un día en la vida. San Salvador: UCA/Editores, 1980.

Armistead, Nigel, [Introducción.] En N. Armistead (Comp.), [Reconstruyendo la psicología social.] Harmonsdworth, Middlesex: Penguin, 1974.

Arroyo Lasa, Jesús, Reflexiones sobre psicología social. San Salvador: Departamento de Psicología, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, 1971.

Asplund, J., Dreier, O. y Morch, S. [Psicología social e integración social.] Udkast, 1975, 1, 3-4.

Banuazizi, Ali y Movahedi, Siamak, [Dinámica interpersonal en una prisión ficticia. Un análisis metodológico.] American Psychologist, 1975, 30, 152-160.

Barker, Roger G. [Psicología ecológica: conceptos y métodos para el estudio del medio de la conducta humana.] Stanford, Ca.: Stanford University Press, 1968.

Basaglia, Franco, La institución negada. Informe de un hospital psiquiátrico. (Traducción de J. Pomar.) Barcelona: Barral, 1972.

Becker, Howard, [Los apartados. Estudios sobre la sociología de la desviación.] New York: Free Press, 1963.

Bem, Sandra L. [Adaptabilidad del rol sexual: una consecuencia de la androginia psicológica.] Journal of Personality and Social Psychology, 1975, 31, 634-643.

Berger, Peter L. y Luckmann, Thomas, La construcción social de la realidad. (Traducción de S. Zuleta.) Buenos Aires: Amorrortu, 1968.

Berkowitz, Leonard, [Una revisión de la psicología social.] Hinsdale, Ill.: The Dryden Press, 1975.

Berlinguer, Giovanni, Psiquiatría y poder. (Traducción de F. Mazía.) Buenos Aires: Granica, 1972.

Billig, Michael, [Psicología social y relaciones entre grupos.] London: Academic Press, 1976.

Binet, Alfred, [El estudio experimental de la inteligencia.] Paris: Schleicher, 1903.

Borden, Richard J. [Influencia del público.] En Paul B. Paulus (Comp.), [Psicología del influjo grupal.] Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum, 1980.

Braustein, Néstor A., Pasternac, Marcelo, Benedito, Gloria y Saal, Frida, Psicología: ideología y ciencia. México: Siglo XXI, 1975.

Bronfenbrenner, Urie, [Contextos de crianza infantil. Problemas y perspectivas.] American Psychologist, 1979, 34, 844-850. (a)

Bronfenbrenner, Urie, [La ecología del desarrollo humano.] Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1979. (b)

Brown, Roger, Psicología social. (Traducción de F. González y J. Morales.) México: Siglo XXI, 1972.

Carpio, Salvador Cayetano, Secuestro y capucha. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio: EDUCA, 1979.

Cartwright, Dorwin y Zander, Alvin (Comps.), Dinámica de grupos. Investigación y teoría. (Traducción de F. Patán López.) México: Trillas, 1971.

Castells, Manuel, [La cuestión urbana.] Paris: François Maspero, 1976.

Castilla del Pino, Carlos, Dialéctica de la persona, dialéctica de la situación. Barcelona: Península, 1968.

Castilla del Pino, Carlos, Cuatro ensayos sobre la mujer. Madrid: Alianza Editorial, 1971.

Castilla del Pino, Carlos, Un estudio sobre la depresión. Fundamentos de antropología dialéctica. Barcelona: Península, 1972.

Castilla del Pino, Carlos, Introducción a la psiquiatría, I. Madrid: Alianza Editorial, 1978.

Centers, Richard, [Psicología de las clases sociales.] Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1949.

Collingwood, R. G. [La idea de historia.] London: Oxford University Press, 1956.

Cooley, Charles Horton, [La organización social.] New York: Charles Scribner's Sons, 1909.

Cottrell, Nickolas B. [Actuación en presencia de otros seres humanos: la mera presencia y los efectos del público y de la afiliación.] En E. C. Simmel, R. A. Hoppe y G. A. Milton (Comps.), [Facilitación social y conducta imitativa.] Boston: Allyn & Bacon, 1968.

Cottrell, Nickolas B. [Facilitación social.] En C. G. McClintock (Comp.), [Psicología social experimental.] New York: Holt, 1972.

Chateau, J., Gratiot-Alphandéry, H., Dron, R. y Cazayus, P. Las grandes psicologías modernas. (Traducción de J. Llopis.) Barcelona: Herder, 1979.

Danziger, K. [Los orígenes sociales de la psicología moderna.] En A. R. Buss (Comp.), [La psicología en el contexto social.] New York: Irvington, 1979.

Deleule, Didier, La psicología, mito científico. (Traducción de N. Pérez y R. García.) Barcelona: Anagrama, 1972.

Deutsch, Morton y Krauss, Robert M. Teorías en psicología social. (Traducción de S. Zeigner.) Buenos Aires: Paidós, 1970.

Dos Santos, Theotonio, Concepto de las clases sociales. Bogotá: Calarcá, 1974.

Dufrenne, Mikel, La personalidad básica. Un concepto sociológico. (Traducción de J. García.) Buenos Aires: Paidós, 1959.

Durkheim, Emile, Las reglas del método sociológico. Buenos Aires: Dédalo, 1964. (Originalmente publicada en 1895.)

El Salvador, Ministerio de Planificación, Unidad de Investigaciones Muestrales, Distribución del ingreso por deciles familiares (Agosto, 1976 - Julio, 1977). San Salvador: Ministerio de Planificación, abril de 1978. (Mimeo.)

Escobar, Francisco Andrés, En la línea de la muerte (la manifestación del 22 de enero de 1980). Estudios Centroamericanos, 1980, 375-376, 21-35.

Fanon, Frantz, Los condenados de la tierra. (Traducción de J. Campos.) México: Fondo de Cultura Económica, 1963.

Freire, Paulo, La educación como práctica de la libertad. Montevideo: Tierra Nueva, 1971.

Freire, Paulo, Pedagogía del oprimido. (Traducción de J. Mellado.) Montevideo: Tierra Nueva, 1970.

Freud, Sigmund, Más allá del principio del placer. (Traducción de L. López-Ballesteros.) Madrid: Alianza Editorial, 1969. (Originalmente publicada en 1920.)

Freud, Sigmund, Psicología de las masas. (Traducción de L. López-Ballesteros.) Madrid: Alianza Editorial, 1972. (Originalmente publicada en 1921.)

Freud, Sigmund, El malestar en la cultura. (Traducción de L. López-Ballesteros.) Madrid: Alianza Editorial, 1970. (Originalmente publicada en 1930.)

Fromm, Erich, El miedo a la libertad. (Traducción de G. Germani.) Buenos Aires: Paidós, 1964. (Originalmente publicada en 1941.)

Fromm, Erich, Etica y psicoanálisis. (Traducción de H. F. Morck.) México: Fondo de Cultura Económica, 1957. (Originalmente publicada en 1947.)

Fromm, Erich, Psicoanálisis de la sociedad contemporánea. Hacia una sociedad sana. (Traducción de F. M. Torner.) México: Fondo de Cultura Económica, 1971.

Gamson, William y Modigliani, Andre, [Concepciones sobre la vida social. Un texto con lecturas para psicología social.] Boston: Little, Brown, 1974.

Garfinkel, Harold, [Estudios de etnometodología.] Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1967.

Geen, Russell G. [Efectos de ser observado mientras se actúa.] En P. B. Paulus (Comp.), [Psicología del influjo grupal.] Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum, 1980.

Geen, Russell G. y Gange, J. J. [La teoría pulsional de la facilitación social: doce años de teoría e investigación.] Psychological Bulletin, 1977, 84, 1267-1288.

Gergen, Kenneth J. [La psicología social como historia.] Journal of Personality and Social Psychology, 1973, 26, 309-320.

Gergen, Kenneth J. [Hacia una teoría generadora.] Journal of Personality and Social Psychology, 1978, 36, 1344-1360.

Gergen, Kenneth J. [Hacia la audacia intelectual en psicología social.] En R. Gilmour y S. Duck (Comps.), [El desarrollo de la psicología social.] London: Academic Press, 1980.

Gissi Bustos, Jorge, Feminidad, machismo: mitos culturales. Mensaje, 1972, 212, 512-520.

Goffman, Erving, Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales. (Traducción de M. A. Oyuela.) Buenos Aires: Amorrortu, 1970.

Goffman, Erving, La presentación de la persona en la vida cotidiana. (Traducción de H. B. Torres y F. Setaro.) Buenos Aires: Amorrortu, 1971.

Guiton, M., Bettelheim, Bruno y otros, Psicología del torturador. Buenos Aires: Rodolfo Alonso, 1973.

Henchy, T. y Glass, D. C. [Aprensión evaluativa y facilitación social de las respuestas dominantes y subordinadas.] Journal of Personality and Social Psychology, 1968, 10, 446-454.

Herrera Morán, Aída y Martín-Baró, Ignacio, Ley y orden en la vida del mesón. Estudios Centroamericanos, 1978, 360, 803-828.

Hobbes, Thomas, Leviathan. Oxford, 1946. (Originalmente publicada en 1651.)

Hodge, Robert W., Treiman, Donald J. y Rossi, Peter H. [Estudio comparativo del prestigio ocupacional.] En R. Bendix y S. M. Lipset (Comps.), [Clase, status y poder. La estratificación social en una perspectiva comparativa.] New York: Free Press, 1966.

Hofstätter, Peter R. Introducción a la psicología social. (Traducción de Versum.) Barcelona: Luis Mirable, 1966.

Holland, James G. [La modificación de la conducta de los prisioneros, pacientes y otras personas como una receta de la sociedad planificada.] Mexican Journal of Behavior, 1975, 1, 81-95.

Holland, James G. [El conductismo, ¿es parte del problema o parte de la solución?] Journal of Applied Behavior Analysis, 1978, 11, 163-174.

Hollingshead, August B. [La juventud de Elmtown.] New York: Wiley, 1949.

Homans, George C. [La naturaleza de las ciencias sociales.] New York: Harcourt, Brace and World, 1967.

Homans, George C. [Las formas elementales de la conducta social.] New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1974.

Hovland, Carl, Janis, Irving y Kelley, Harold, [Comunicación y persuasión.] New Haven: Yale University Press, 1953.

Hovland, Carl y Rosenberg, Milton (Comps.), [Organizacion y cambio de actitudes.] New Haven: Yale University Press, 1960.

House, James S. [La estructura social y la personalidad.] En M. Rosenberg y R. H. Turner (Comps.), [Psicología social. Perspectivas sociológicas.] New York: Basic Books, 1981.

Hull, Clark L. [Principios de la conducta.] New York: Appleton-Century-Crofts, 1943.

Inkeles, Alex, [El hombre industrial: relación entre el status y la experiencia, la percepción y los valores.] American Journal of Sociology, 1960, 66, 1-31.

Inkeles, Alex, [Estructura social y socialización.] En D. A. Goslin (Comp.), [Manual de teoría e investigación sobre la socialización.] Chicago: Rand McNally, 1969.

Inkeles, Alex y Rossi, Peter H. [Comparaciones nacionales sobre el prestigio ocupacional.] American Journal of Sociology, 1956, 61, 329-339.

Inkeles, Alex y Smith, David H. [Modernización: cambios individuales en seis países en desarrollo.] Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1974.

Israel, Joachim, [Del nivel de aspiración a la disonancia (o las preocupaciones de la clase media).] En A. R. Buss (Comp.), [La psicología en el contexto social.] New York: Irvington, 1979.

Jones, Edward E. y Davis, Keith E. [De los actos a las disposiciones: el proceso de atribución en la percepción personal.] En L. Berkowitz

(Comp.), [Avances en la psicología social experimental.] Volumen 2. New York: Academic Press, 1965.

Kardiner, Abraham, El individuo y su sociedad. México: Fondo de Cultura Económica, 1945. (Originalmente publicada en 1939.)

Kardiner, Abraham, Fronteras psicológicas de la sociedad. México: Fondo de Cultura Económica, 1955. (Originalmente publicada en 1945.)

Lana, Robert E. [Presupuestos de la psicología social.] New York: Appleton-Century-Crofts, 1969.

Lasch, Christopher, [La cultura del narcisismo. La vida norteamericana en una época en que disminuyen las expectativas.] New York: Warner Books, 1979.

Laumann, Edward O. [Prestigio y asociación en una comunidad urbana. Un análisis de un sistema urbano de estratificación.] Indianapolis: Bobbs-Merrill, 1966.

Lerner, Melvin J. y Simmons, Carolyn H. [Reacción del observador a la "víctima inocente": ¿compasión o rechazo?] Journal of Personality and Social Psychology, 1966, 4, 203-210.

Lewin, Kurt, [Fuerzas a la base de los hábitos alimenticios y métodos de cambio.] Bulletin of the National Research Council, 1943, 108, 35-65.

Lewin, Kurt, [La teoría del campo en ciencias sociales.] New York: Harper, 1951.

Lippitt, Ronald, Kurt Levin. En D. L. Sills (Comp.), [Enciclopedia internacional de las ciencias sociales.] Volumen 9. New York: Macmillan & Free Press, 1968.

Liungman, Carl G. El mito de la inteligencia. (Traducción de D. Persson.) Barcelona: Martínez Roca, 1972.

Lorenz, Konrad, [Ensayos sobre el comportamiento animal y humano.] München: R. Piper & Co. Verlag, 1965.

Lorenz, Konrad, Sobre la agresión: el pretendido mal. (Traducción de F. Blanco.) México: Siglo XXI, 1971.

Lukes, Steven, [Reconsideración del individualismo metodológico.] En A. Ryan (Comp.), [Filosofía de la explicación social.] London: Oxford University Press, 1973.

Marcuse, Herbert, El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada. (Traducción de A. Elorza.) Barcelona: Seix Barral, 1969.

Martín-Baró, Ignacio, Del cociente intelectual al cociente racial. Estudios Centroamericanos, 1977, 345, 485-494.

Martín-Baró, Ignacio, La imagen de la mujer en El Salvador. Estudios Centroamericanos, 1980, 380, 557-568.

Martín-Baró, Ignacio, Aspiraciones del pequeño burgués salvadoreño. Estudios Centroamericanos, 1981, 394, 773-788.

Marx, Karl, El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte. En K. Marx y F. Engels, Obras escogidas. Moscú: Progreso, 1969. (Originalmente publicada en 1852.)

Marx, Karl, Contribución a la crítica de la economía política. En K. Marx y F. Engels, Obras escogidas. Moscú: Progreso, 1969. (Originalmente escrita en 1859.)

Marx, Karls y Engels, Frederick, La ideología alemana. (Traducción de W. Roces.) México: Ed. de Cultura Popular, 1974. (Originalmente escrita en 1845.)

Marx, Karl y Engels, Frederick, Manifiesto del Partido Comunista. En K. Marx y F. Engels, Obras escogidas. Moscú: Progreso, 1969. (Originalmente publicada en 1848.)

McClelland, David C. La sociedad ambiciosa. Factores psicológicos en el desarrollo económico. 2

tomos. (Traducción de J. Cazorla.) Madrid: Guadarrama, 1968.

McDougall, William, [Una introducción a la psicología social.] London: Methuen, 1908.

Mead, George H. Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social. (Traducción de F. Mazía.) Buenos Aires: Paidós, 1972. (Originalmente publicada en 1932.)

Merton, Robert K. y Rossi, Alice S. [Contribuciones a la teoría sobre la conducta del grupo de referencia.] En R. K. Merton, [Teoría social y estructura social.] New York: Free Press, 1968.

Milgram, Stanley, [Obediencia a la autoridad. Un enfoque experimental.] New York: Harper & Row, 1974.

Montero, Maritza, La clase social: sus derivaciones psicosociales. En J. M. Salazar, M. Montero, C. Muñoz, E. Sánchez, E. Santoro y J. F. Villegas, Psicología social. México: Trillas, 1979.

Montes, Segundo, Estudio sobre estratificación social en El Salvador. San Salvador: Departamento de Sociología y Ciencias Políticas, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, 1979.

Moreno, J. L. Fundamentos de la sociometría. (Traducción de J. García y S. Karsz.) Buenos Aires: Paidós, 1962.

Moscovici, Serge, [Sociedad y teoría en psicología social.] En J. Israel y H. Tajfel (Comps.), [El contexto de la psicología social. Una evaluación crítica.] London: Academic Press, 1972.

Ollman, Bertell, [La alienación. La concepción del hombre en la sociedad capitalista según Marx.] Cambridge, Mass.: Cambridge University Press, 1976.

Parsons, Talcott, La estructura de la acción social. 2 volúmenes. (Traducción de J. J. Caballero y J. Castillo.) Madrid: Guadarrama, 1968.

Peters, R. S. [El concepto de motivación.] London: Routledge & Kegan Paul, 1960.

Ramírez, Santiago, El mexicano. Psicología de sus motivaciones. México: Pax-México, 1971.

Reich, Wilhelm, Análisis del carácter. (Traducción de L. Fabricant.) Buenos Aires: Paidós, 1965. (Originalmente publicada en 1933.)

Reich, Wilhelm, ¿Qué es la conciencia de clase? (Traducción de P. García.) México: Roca, 1974.

Ross, Edmund A. [Psicología social. Un esquema y manual.] New York: Macmillan, 1929.

Rotter, Julian B. [Expectativas generalizadas de control interno o externo de los refuerzos.] Psychological Monographs, 1966, 80 (todo el número 609).

Ryan, William, [La culpa es de la víctima.] New York: Random House, 1976.

Salvat, Henri, La inteligencia. Mitos y realidades. (Traducción de C. Vilaginés.) Barcelona: Península, 1972.

Sargent, S. S. [Clase y conciencia de clase en un poblado de California.] Sociological Problems, 1953, 1 (junio).

Seeman, Melvin, [Sobre el significado de alienación.] American Sociological Review, 1959, 24, 783-791.

Seeman, Melvin, [Alienación y compromiso.] En A. Campbell y P. E. Converse (Comps.), [El sentido humano del cambio social.] New York: Russell Sage Foundation, 1972.

Seeman, Melvin, [Estudios sobre la alienación.] Annual Review of Sociology, 1975, 1, 91-123.

Seve, Lucien, Marxismo y teoría de la personalidad. (Traducción de M. A. Payró.) Buenos Aires: Amorrortu, 1973.

Shaw, Marvin E. Dinámica de grupo. Psicología de la conducta de los pequeños grupos. (Traducción de I. Antich.) Barcelona: Herder, 1980.

Sherif, Muzafer, [Psicología de las normas sociales.] New York: Harper, 1936.

Skinner, B. F. Ciencia y conducta humana. (Traducción de M. J. Gallofré.) Barcelona: Fontanella, 1970.

Skinner, B. F. [Walden dos.] New York: Macmillan, 1976.

Spencer, Herbert, [Sobre la evolución social.] (Editado por J. D. Y. Peel.) Chicago: The University of Chicago Press, 1972.

Stéphane, André, [El universo contestatario o los nuevos cristianos. Estudio psicoanalítico.] Paris: Payot, 1969.

Stouffer, Samuel A. y otros, [El soldado norteamericano.] Princeton: Princeton University Press, 1949.

Testimonio del reo político Reynaldo Cruz Menjívar. Estudios Centroamericanos, 1978, 360, 850-858.

Thibaut, John W. y Kelley, Harold H. [La psicología social de los grupos.] New York: John Wiley & Sons, 1959.

Thomas, William I. y Znaniecki, Florian, [El campesino polaco en Europa y América.] Boston: Badger, 1918-1920.

Toulmin, Stephen, [Los conceptos y la explicación de la conducta humana.] En T. Mischel (Comp.), [La acción humana. Problemas conceptuales y empíricos.] New York: Academic Press, 1969.

Touraine, Alain, Las clases sociales. En Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, Las clases sociales en América Latina. México: Siglo XXI, 1973.

Touraine, Alain, [La producción de la sociedad.] (Traducción al inglés del original francés por D. Coltman.) Chicago: The University of Chicago Press, 1977.

Travis, L. E. [El efecto de un público pequeño sobre la coordinación entre el ojo y la mano.] Journal of Abnormal and Social Psychology, 1925, 20, 142-146.

Travis, L. E. [Influjo del grupo sobre la velocidad del tartamudo en una asociación libre.] Journal of Abnormal and Social Psychology, 1928, 23, 45-51.

Triplett, N. [Factores dinamizantes en el correr y en la competición.] American Journal of Psychology, 1897, 9, 507-533.

Turner, Roy (Comp.), [Etnometodología.] Harmondsworth, Middlesex: Penguin, 1974.

Unger, Rhoda Kesler, [Hacia una redefinición del sexo y del género.] American Psychologist, 1979, 34, 1085-1094.

Valentine, Charles, La cultura de la pobreza. (Traducción de L. Wolfson.) Buenos Aires: Amorrortu, 1972.

Verón, Eliseo, Conducta, estructura y comunicación. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1972.

Warner, W. Lloyd y Lunt, Paul S. [La vida social de una comunidad moderna.] New Haven: Yale University Press, 1941.

Watson, John B. El conductismo. (Traducción de O. Poli.) Buenos Aires: Paidós, 1972. (Originalmente publicada en 1925.)

Weber, Max, La ética protestante y el espíritu del capitalismo. (Traducción de L. Legaz.) Barcelona: Península, 1969. (Originalmente publicada en 1904-1905.)

Weber, Max, Economía y sociedad. (Traducción de J. Medina, J. Roura, E. García, E. Imaz y J. Ferrater.) 2 volúmenes. México: Fondo de Cultura Económica, 1964. (Originalmente publicada en 1925.)

Weiss, R. F. y Miller, F. G. [La teoría pulsional de la facilitación social.] Psychological Review, 1971, 78, 44-57.

Wrong, Dennis H. [La concepción sobresocializada del hombre en la sociología moderna.] American Sociological Review, 1961, 26, 183-193.

Wundt, Wilhelm. Elementos de psicología de los pueblos. Madrid: Daniel Jorro, 1926. (Originalmente publicada en 1904.)

Zajonc, Robert B. Facilitación social. En D. Cartwright y A. Zander (Comps.), Dinámica de grupos. Investigación y teoría. (Traducción de F. Patán.) México: Trillas, 1971.

Zajonc, Robert B. [Conducta social animal.] Morristown, N. J.: General Learning Press, 1972.

Zajonc, Robert B. [La co-presencia.] En P. B. Paulus (Comp.), [Psicología del influjo grupal.] Hillsdale, N. J.: Lawrence Erlbaum, 1980.

Zimbardo, Philip G., Haney, C., Banks, W. C. y Jaffe, D. [La mente es un terrible carcelero: una prisión pirandeliana.] The New York Times Magazine, 8 de abril de 1973, págs. 38-60.

Zúñiga, Ricardo B. La sociedad en experimentación y la reforma social radical. El papel del científico social en la experiencia de la Unidad Popular de Chile. En I. Martín-Baró (Comp.), Problemas de psicología social en América Latina. San Salvador: UCA/Editores, 1976.